

CUESTIONES ORIENTALES

Polémica con José P. Ramírez

Cuentas claras

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

Un pueblo gana siempre con una discusión en el tono elevado y digno con que usted la sostiene, y esta consideración me obliga a sobreponerme al desagrado de ocuparme de mí mismo, no siempre compensado por la esperanza de que despierte en la conciencia pública el sentimiento de la verdad.

No, yo no me encuentro « solo afiliado en la escuela de los que no han hecho concesiones al mal y a la mentira, ni por decretarme los honores de la victoria y aparecer sobre el pedestal de una inquebrantable austeridad de principios, » he rechazado con indignación el cargo de ser inaccesible a los estímulos del patriotismo.

El tiro no era a mí, que no soy candidato a la presidencia de la República, que no hago sombra a las mediocridades sin corazón, incapaces de conmoverse por las desgracias de un pueblo, víctima de sus nulidades, que se preparan a continuar sacrificando a torpes intereses de explotación personal, cuando brilla en su horizonte una de esas oportunidades de encaminarlo a los altos destinos que son debidos a sus grandes cualidades y a sus varoniles virtudes, de que dan testimonio las dos homéricas epopeyas de los 33 y de la Nueva Troya.

Por mí no habría mojado en tinta una pluma. Tengo plena confianza en el criterio de los hombres de bien, alto desprecio a las vociferaciones de opinión de los malos círculos, y la satisfacción de mi propia conciencia me responde del juicio definitivo que he de merecer de mis conciudadanos, sin necesidad de justificaciones ni apologías.

Pero no soy de los hombres de causa que dejan herir a sus compañeros forzados al silencio por su posición especial, y sé quebrar en la cara de los opresores embozados el arma pérfida con que se les busca el corazón en las tinieblas.

¿Vive usted en el mundo de la luna? Me induciría a creerlo el olvido total de los hechos que en usted sorprende, y la buena fe con que desconoce el verdadero propósito de la polémica en que soy el aparente blanco.

La cuestión es ésta, y no otra: « Candidato a la presidencia de la República un hombre que se haya embarrado en el lodo del caudillaje Flores y

del tripotaje Batlle, y no un hombre que haya protestado con la abstención, cuando no ha podido de otra manera, contra esos escándalos y esos bochornos. » En una palabra, y perdóneme la frase vulgar por pintoresca: ¡siga el can-dombe!

¡Ay del país si no lo comprende así, si se deja embaucar de nuevo por los que lo han llevado a mendigar en las antesalas de las cortes europeas y en las antecámaras del autócrata americano unas migajas de favor con qué satisfacer a los caciquillos de departamento, convertidos en columnas de la estabilidad de la República!

Tiene usted razón; plantear una cuestión es resolverla. Desde que usted me regaló la doctrina de la *abstención absoluta* en toda lucha, para el bien como para el mal, usted tiene razón, y así es muy fácil a cualquiera ponerla de su parte.

La fracción política a que pertenezco, y yo en ella, jamás ha profesado ni practicado semejante doctrina, y usted lo sabe.

La fracción política que la ha profesado y practicado es la que me negó su concurso en 1857, a pretexto de que reconocía un jefe y no tenía de él órdenes para luchar por nuestra bandera, concluyendo por levantar contra mí la bandera del Club Medina bajo los auspicios de la alianza brasileña, y cargar los fusiles que debían ultimar a mis compañeros en Quinteros.

La fracción política que ha practicado la doctrina de la abstención en las luchas por el bien, es la que indujo al general Díaz a dirigir sus desacertados pasos al Río Negro, con la seguridad de un concurso que en vano dirigió la vista a los confines para buscarlo.

¿Por qué consiente usted, misionero de verdad, atado por el voto del periodismo a evidenciarla en todas las ocasiones, que se adulteren los hechos y se oscurezcan los actos?

¿Ignora usted quiénes levantaron del suelo al poder, en 1853, al partido de la libertad, anonadado por las felonías de la fusión política y de las trapisondas del caudillaje? ¿quiénes impidieron la restauración de Manuel Oribe, trepada en hombros del Ministerio de Bernardo P. Berro con su tradición de confiscaciones?

¿Ignora usted quiénes en 1855 protestaron a balazos contra la presencia de Manuel Oribe en las plazas de la legendaria Montevideo, y que no fué mi culpa llegar momentos después de ese luctuoso desenlace, por más que apresuré mi viaje?

¿Ignora usted quiénes en 1857 enarbolaron la antigua bandera de libertad, arriada por la liga de los caudillos?

¿Ignora usted, actor en los sucesos, que en 1863 una exclusión sistemada por los hombres del caudillaje nos apartó de una revolución justa y necesaria, para traficarla a una intervención extranjera?

Desterrado usted a esta ciudad por su oposición a las imbecilidades del Gobierno de Batlle, conversamos íntimamente sobre las cosas de nuestro país, yo sosteniendo la necesidad de levantar una vez por todas la bandera de nuestra fracción política, y hacer el proceso y alcanzar la condenación de la fracción política herencia del caudillaje Flores, más funesta al país que el mismo Partido *Blanco*, porque al menos el partido del degüello y de la confiscación, con las atrocidades de sus crímenes enciende las pasiones generosas y subleva las enérgicas resistencias, mientras que la fracción florista desmoralizando y

corrompiendo, enerva y corroe todos los sentimientos que dan vigor y temple al alma de los pueblos. No habrá olvidado usted que ofrecí mi cooperación para esa lucha, dispuesto a transportar mis penates a esa orilla.

Sabe usted, pues, que mis amigos y yo no hemos vacilado jamás en participar de toda lucha en que combatiésemos con nuestro propio estandarte, no llevando por pendón el trapo de un caudillo; y sabiéndolo, ha debido usted decirlo y no hacer coro a los que están mintiendo al país por propia conveniencia.

Plantear la cuestión es resolverla, como usted lo afirma: ¿es mejor luchar a sabiendas de producirse el mal, que abstenerse de concurrir al mal, protestando en favor del bien con la palabra y el ejemplo? Esta es la cuestión que usted debió plantear y darse la respuesta.

Yo fuí visto para redactar el manifiesto del general Flores, y me negué a ello porque sabía que tal manifiesto sería un engaño al país, una mentira, un fraude, que iba a costar sangre y lágrimas. Me abstuve de hacer un mal a mis conciudadanos.

Usted redactó el manifiesto, bellissimo por las ideas elevadas que proclamaba, por los nobles sentimientos en que abundaba, y por esa brillantez de estilo con que usted acostumbra poner de relieve sus ideas. El país lo creyó, discernió la dictadura al caudillo revestido de tan suntuoso ropaje, y nadie mejor que usted puede retratar esa ominosa dictadura de que fué usted cómplice, que usted contribuyó a imponer, y cuyos estragos no repararemos en medio siglo. Usted no se abstuvo.

Cuando el caudillo de la revolución de 1863 se alió a la intervención brasileña, la fracción a que yo pertenezco, y con ella, protestamos y nos separamos de la revolución; no pudiendo hacer otra cosa en obsequio de nuestros principios, nos abstuvimos.

Usted no se abstuvo; aceptó o se resignó a la intervención, la defendió o la excusó, y ella dió a Paysandú — el baldón del partido — la única gloria del Partido *Blanco*, que nunca había tenido una.

Plantear la cuestión es resolverla.

¿Es mejor luchar bajo bandera enemiga, con la esperanza de hacerla arriar después del triunfo, que salvar del cataclismo sus dioses para erigirles más tarde un templo?

Bajo bandera enemiga lucharon Favre y Gambetta, los unitarios que se unieron a Urquiza por haber derribado a Rosas, los colorados que se sometieron a Flores, aunque había abrazado a Oribe.

La historia nos da los resultados. Sin la fracción unitaria que se separó en Septiembre de 1852 y se batió nueve años hasta quebrar en Pavón a la fracción disidente del mismo partido, Buenos Aires se encontraría en la misma situación que Montevideo. Y si la fracción oriental que se separó del caudillo en 1853 hubiera tenido la constancia de haberlo combatido sin descanso, Montevideo se encontraría hoy en la misma situación que Buenos Aires, gozando el pueblo de sus libertades, el hombre de sus derechos, el país de sus riquezas, la sociedad de su civilización y de su cultura.

Basta de engaños y de mentiras. Es tiempo de decir las verdades. Ha llegado la ocasión de que el pueblo se reconcentre en su propia conciencia, se dé cuenta de sí mismo, de su deber y de su dignidad, labre sus propios destinos, forme su propio Gobierno y se considere autor de sus bienes y responsable de sus males.

Tres elementos políticos encierra el pueblo oriental en su seno: el Partido *Blanco*, inhabilitado para el gobierno en todas sus fracciones por haberse hecho todas solidarias de horribles tradiciones, de funestas y atrasadas ideas, de un sistema personalísimo, en el cual no podrán jamás germinar los principios de la libertad y de la democracia, sobre los cuales tiene necesariamente que basarse la paz y el orden y la prosperidad de la República. Inútil es estudiar las fracciones en que ese partido se divide, desde que todas están viciadas por la misma tacha. Insensatez, torpeza, hasta vileza del pueblo sería buscar en ese partido su gobierno.

Los otros dos elementos políticos son las dos fracciones en que desde el tiempo del general Rivera ha estado dividido el Partido *Colorado*.

En la una están los caudillos, los medios del gobierno personal, las explotaciones del tesoro público, las fusiones políticas, las inconsecuencias de conducta, las intervenciones extranjeras, los días de luto y de vergüenza de la patria. En los últimos tiempos esta fracción ha gobernado al país con la dictadura del general Flores y con la herencia de poderes que legó a su muerte. Hoy se trabaja por formar el futuro gobierno con los hombres de esta fracción política, que se pretenden los únicos campeones de un partido arrastrado por ellos a la ruina y al oprobio. ¡Pobre pueblo oriental si consiente en entregarse a esta falange!

La tercera fracción política está compuesta de los hombres que jamás hicieron concesiones de sus principios, jamás arriaron su pabellón, jamás lo traicionaron en apostasías y en defecciones, que han dado ejemplo de probidad, de laboriosidad y de abnegación personal en todo instante. Sólo en esta fracción política puede encontrar el pueblo un gobierno inteligente, moral, enérgico, con propósitos definidos y camino trazado. Sólo un gobierno de esta fracción política puede reparar el desquicio del pasado, dar sosiego al presente y esperanzas al porvenir.

El pueblo lo cree como yo. Estoy seguro de que no hay en la República un ciudadano que, puesta la mano sobre su conciencia, no se diga que tengo razón. Apelo a usted mismo.

¿Y por qué, si todos lo sienten, nadie lo dice? ¿Por qué? Voy a explicárselo.

Porque los partidos personales son hábiles comediantes, conocen todos los ardidés y todos los amaños con que se extravía y se seduce. Ellos saben aterrar a los débiles y corromper a los fuertes, sembrar las inquietudes y las zozobras en las masas inconscientes y los intereses asustadizos, derramar sombras, forjar fantasmas y correr a los pueblos con la *vaina del cuchillo*, treta que el caudillo aprendió del indio.

Con esto, y con multiplicarse como las comparsas de teatro, pasando y repasando, se dan los aires de una inmensa mayoría, de un número infinito, de un irresistible poder, y se imponen con el aparato de la fuerza. Usted mismo, y muchos de sus amigos en esa, van a reprocharme esta carta con el estribillo de que comprometo el triunfo del partido, de que voy a precipitar la fracción personal a reunir sus fuerzas, a organizarse sola, a convertirse en un gran poder; o si se siente débil, a aliarse al Partido *Blanco*, a otro pacto Flores y Oribe, que nos regale otro Gabriel Pereira.

Déjelos que se organicen, déjelos que se alienen. Organizados y aliados tuvieron que ir a buscar la alianza brasileña para vencer en 1857 a la fracción

política que yo representaba, y con la cual no se atrevieron a entrar en lucha, porque sabían de antemano nuestra victoria.

Aunque desterrado del país hace quince años, estudiando día a día sus hechos y sus hombres, conozco bien sus fuerzas, y tengo la seguridad de que en 1872 sucederá lo que en 1857. Si la lucha se define, el Partido *Blanco* y la fracción heredera del caudillaje colorado en vano golpearán a las puertas de la opinión pública, y concluirán por entrar en razón, por someterse a la necesidad de concurrir al bien del país, dejando al pueblo buscar su gobierno en donde lo buscan los pueblos: en lo más alto y en lo más digno que tienen en su seno, en lo que constituye su bien y su honra.

No tengo más que decirle, a no ser que soy uno de los admiradores de su talento, y que lo estimo y lo quiero porque estoy persuadido de la sanidad de las intenciones que lo han animado en sus errores como en sus aciertos.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 17 de Setiembre de 1872.)

El pueblo sano y los hombres sin fe

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

Lejos de creer intempestiva la discusión en que, involuntariamente, nos encontramos, es, a mi juicio, muy oportuna y muy conveniente, porque son muy decisivos los momentos por que atraviesa nuestra patria, porque un error en esta oportunidad que se le presenta de reparar el pasado y de constituir el porvenir, nos hundirá en una serie de calamidades.

Creo, como usted, que la razón pública sube continuamente, y alcanzando y excediendo el nivel de los hombres más altos, los deja bajo de ella, rezagados en su época o en la época a que se anticiparon, y viene a ser, a su turno, pasada.

Creo, como usted, que para esta alta marea de la razón pública concurren todas las corrientes, así las de limpios arroyos que ruedan sobre arenas blancas, como las de cenagosos riachos saturados de hediondos miasmas. No porque la tiranía de Rosas produzca la democracia en el Río de la Plata, igualando a los hombres con derribar cabezas que descollaban, habría razón para dar a Rosas y a sus sicarios el mérito de habernos democratizado.

Sí, la razón pública ha subido mucho en el Estado Oriental, y la moral pública, lejos de extinguirse, retoña con nueva savia.

Usted conoce una carta mía, escrita en Noviembre de 1870, porque sé que usted la leyó y me probaron sus artículos que la había leído. Y puede volver a leerla, porque está muy a su mano. En ella escribía yo estas palabras: « Em-

piezo por manifestar a usted que no soy de los que creen a mi país profunda e incurablemente enfermo. Por el contrario, lo creo muy sano, muy joven, muy vigoroso, y esa podredumbre que otros ven en su ser político, sólo es para mí una enfermedad cutánea que de ninguna manera afecta su constitución ni compromete su porvenir.»

Con esta convicción, usted comprende que no puedo, que no debo concurrir, por impaciencia, a una solución que, trayendo un alivio momentáneo del mal, mantuviese su causa y crease el peligro, que hoy no existe, de un crismo incurable.

Y sin embargo, usted que conoce esta opinión mía, me imputa ver en todo egoísmo, miseria y prostitución en mi patria desde que la abandoné, exigir que emigrase en masa el pueblo, desdeñarlo y maldecirlo.

Espero de usted que rectifique esos equivocados conceptos y reconozca que yo no abandoné mi patria, sino que me arrojaron de ella; que estuve privado de toda acción política con las fracciones de mi partido, desde el 1857 hasta el 1863, en que imperó sin oposición el Partido Blanco; que en 1863 estuve pronto a concurrir a la revolución con lo poco o nada que valía, y que fui sistemáticamente excluido por los íntimos del general Flores; que sólo me abstuve de aceptar concursos extraños y de reconocer al caudillo otro carácter que el de jefe revolucionario. Reconocidos en buena fe estos hechos, como cumple a su altura, para eliminar del debate los argumentos *ad-hominem* que lo extravían, entremos en materia.

Hay dos existencias en los pueblos: la revolución, la legalidad.

Cada una de estas existencias obedece a su ley y a su lógica.

Ninguna de ellas es arbitraria.

Ambas están subordinadas a principios que no pueden violarse impunemente, sin pagarlo con lágrimas, con sangre y con ruinas.

Mi creencia es que jamás ha existido verdadera legalidad en el Estado Oriental, que hemos llevado siempre una vida revolucionaria, y que debemos salir cuanto antes de la revolución al gobierno de las instituciones. Pero mi país ha aceptado como legalidad una Constitución a que tenía el deber de someterme como hecho, porque usted sabe que la ley es un hecho, aunque salvase la prerrogativa de mi conciencia de trabajar por que sea el derecho.

En la existencia de la revolución ningún principio queda comprometido porque se acepte la dirección de un caudillo, de un jefe militar, de una inteligencia superior, de un consejo de ciudadanos, y así en 1853 como en 1863, pudimos, sin menoscabo de nuestras creencias, dejarnos guiar por un triunvirato de generales o por las inspiraciones de un caudillo.

Las revoluciones de 1853 y 1863 eran justas y necesarias, y, lejos de merecer el menor reproche, son acreedores a elogios los ciudadanos que las secundaron.

Pero toda revolución, como toda tormenta, debe producir resultados benéficos, ir a fines elevados por medios legítimos.

Una revolución busca la libertad, busca una situación de garantías, una cosecha de instituciones, y las busca por el respeto del derecho individual, superior a toda ley escrita, nacido con el hombre, incrustado en la naturaleza e inviolable para toda fuerza por el respeto a la vida, a la propiedad, a la dignidad, al patrimonio irrenunciable de cada uno.

Estos son los principios a que la existencia de la revolución está subordinada.

Los que han violado estos principios, los que en vez de llevar la revolución de 1863 a la libertad la llevaron a la tiranía; en vez de encaminarla a la conquista de las instituciones la empujaron al abismo del caudillaje y procedieron a sabiendas, son criminales ante la patria.

Los que concurren con buena intención, sin echar de ver el término del camino, haciendo concesiones de conciencia que esperaban ver compensadas, éstos padecieron un error deplorable, que les haría más honor confesar que excusar, y servirían mejor al país arrepintiéndose que persistiendo.

Los que practicaron y apoyaron los fusilamientos de Paysandú y de la Florida y la usurpación de propiedades a pretexto de enemigos, éstos violaron los principios de la existencia revolucionaria y son criminales, y deben apresurarse a no confundirse con ellos los que acallaron su conciencia temiendo acarrear mayores males, con la energía de una franca protesta.

Usted ve, pues, que estoy muy lejos de condenar la acción revolucionaria ni a los actores de la revolución, cuando la necesidad o la justicia la exigen; que estoy muy lejos de predicar la abstención en la revolución cuando la patria la reclama; pero sí sostendré siempre que todo ciudadano tiene el deber de abstención de concurrir a la violación de los principios de la existencia revolucionaria de un pueblo, cuando no tiene los medios o la oportunidad de resistirla.

La existencia de la legalidad obedece a principios no menos fijos, y es el fundamental de ellos que toda legalidad debe emanar de la soberanía del pueblo. Autorizar a un caudillo a ejercer esta soberanía, erigirlo en su personificación y entregarle todos sus poderes, consagrando como legalidad del pueblo su obra, es la burla más atroz que se puede hacer del derecho y de la libertad de los pueblos y de los hombres, y no hay razón alguna que excuse o atenúe el error de concurrir a esa burla, directa o indirectamente, porque en el mejor de los casos no sería más que un acto de la debilidad de ánimo o de corazón.

No podrá usted negarme que hay en nuestro partido político una fracción que a sabiendas ha violado los principios de la revolución, empeñada en labrar una tiranía y pisoteando el derecho cada vez que un obstáculo se le sublevaba.

Sepárense de ella los hombres que por un error, mortificando su conciencia, pudieron concurrir a su funesta obra; agrúpanse a la fracción política que la resistió hasta donde pudo y se abstuvo de concurrir cuando más no pudo, y enarbolan la bandera en torno de la cual se reunirá el verdadero pueblo anhelante por fundar sus instituciones.

A esto llama usted abstracciones, idealidades, y se cree usted más práctico contrayéndose a la « labor activa de que todo el partido en que militamos concurre a la regeneración política del país, iniciada bajo felices auspicios después de la pacificación de Abril. »

Pero olvida usted, *hombre práctico*, que un gobierno no representa otra cosa que sus representados, y que lo que signifique el partido elector, eso, y no otra cosa, representará el gobierno elegido. En 1853 yo declaraba al general Flores que él era nuestro candidato a la presidencia, y le exigía que se sujetase a la organización regular del partido para alcanzar un verdadero resultado de soberanía popular y que su Presidente fuese la genuina expresión del voto del pueblo.

El general Flores comprendió muy bien que, Presidente en tales condicio-

nes, tendría que observar la ley, que ceñirse a un presupuesto, que acatar las decisiones de los Tribunales, que responsabilizarse por todos sus procederes. Más perspicaz que los que piensan como usted, él prefirió ser el candidato de los que representaban el desorden y el despilfarro, ser nuestro contrario a ser nuestro símbolo, en la lucha política.

La unión del partido como usted la explica, es el subordinamiento de los principios a los antecedentes y circunstancias de ciertos hombres y de ciertos círculos, cuyo concurso quiere usted conquistar para la regeneración del país.

No divisa usted que son ellos los que se conquistan el concurso de usted y de sus amigos, y no ustedes el concurso de ellos; que son ustedes los que arrian su estandarte, y que son ellos los que lo clavan en el tope del mástil.

¿Mendigaría usted ese concurso que se pondera sonoramente con la hueca frase de *unión del partido*, si usted lo creyese insignificante? No, sino porque usted lo cree fuerte, porque le da una importancia que no tiene, porque lo eleva a una categoría que no merece.

¿Y por qué lo tiene usted en tal concepto? Porque no tiene usted fe en su país, porque no confía usted en el pueblo, porque cree usted que el pueblo los quiere, los estima y los sigue; porque usted, y no yo, juzga a nuestro país bastante desmoralizado y bastante corrompido para no distinguir el bien del mal, los abnegados ciudadanos de los explotadores de posiciones oficiales.

Y esa falta de fe de ustedes, esa triste creencia sobre nuestro pueblo, es la que retarda y la que impide la regeneración.

Ustedes se hacen cómplices por desfallecimiento, temen la lucha definida y clara, bajan a la arena, como los conspiradores venecianos, con el rostro enmascarado; y el pueblo, que busca a sus hombres y no los reconoce, se abandona desalentado a una entidad colectiva y misteriosa de que se le refiere una gloriosa leyenda.

Piense un momento, mi estimado amigo, en las ulterioridades de la falta de fe y resolución en los hombres políticos a quienes da el destino la dirección de los sucesos en especiales circunstancias; destierre el amor propio de esa oración del huerto que le pidió haga; no se engría con la idea de ser más práctico que los que han encanecido en el estudio de los hombres y de las cosas y suelen tener esa vista clara y segura de los acontecimientos por esa especie de intuición que da la experiencia y hace repetir, con razón, al vulgo, que más vale el diablo por viejo que por diablo.

Y detengo aquí mi contestación, esperando la segunda carta que usted me promete, para continuar desarrollando ideas que no pueden explanarse cumplidamente en un solo artículo de periódico, escrito precipitadamente, bajo la espuela de otras atenciones, y con la nostalgia del alma, que hacía exclamar al poeta:

*Qu'un vent l'emporte
au sol où je suis né;
l'arbre déraciné
donne une feuille morte.*

Juan Carlos Gómez.

La unión del partido y la historia de la fracción florista.

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

Las revoluciones políticas son acontecimientos que se elaboran lentamente en el corazón de las sociedades humanas, resultado de la acción colectiva de las ideas de muchos hombres, de las pasiones de muchas almas y de los intereses de muchos individuos, que en su largo choque buscan la armonía y acaban por encontrarla.

No está en la mano de ninguna personalidad, por alta que sea, producir una revolución. Un tribuno elocuente, un soldado audaz pueden hacerla abortar y esterilizar su fruto, pero jamás alcanzar su resultado. En vano subirá Graco al monte Aventino, pasará César el Rubicón y esgrimirá Bruto el puñal en el Senado, porque ninguno de ellos verá realizar su expectativa.

Esto lo sabe usted, a quien Dios dotó de una alta inteligencia, que ha estudiado y meditado, y entendido los libros y los hombres; pero esto lo ignoran todas esas mediocridades que, sin inteligencia, sin estudio, sin preparación, creyéndose poseedores de una ciencia infusa, se meten a directores de los pueblos y a enseñadores de política en los circos y en las canchas.

Una revolución viene elaborándose desde tiempo atrás en el Río de la Plata, y marcha adelante, deteniéndose algunas veces por el obstáculo, como los ríos, pero como ellos también precipitándose con más fuerza y con más estrépito al derribar el obstáculo.

Estos accidentes, estos arranques de la corriente revolucionaria contra los obstáculos de su camino, han sido, entre nosotros, las que se han llamado revoluciones de 1853, de 1855, de 1857, de 1863, y hasta cierto punto merecense nombre, porque son pequeñas revoluciones comprendidas en la grande, como encierra un árbol otros tantos árboles en cada una de sus semillas.

En 1853, la revolución venía creciendo por la lucha entre la mayoría y la minoría de la Asamblea, en la prensa diaria y en los comicios públicos, en cada una de las elecciones parciales que se sucedían.

El obstáculo se llamaba don Juan F. Giró, que trataba de engrosarse con los elementos reaccionarios del Cerrito, pero que carecía de vigor para darles cohesión. No había necesidad de las vías de hecho todavía, porque no asomaba el peligro de los golpes de Estado. Es probable que su oportunidad llegase; pero anticiparse a los sucesos era desencaminarlos y descarrillarlos.

El partido de Flores se manifestaba convencido por nosotros, y el general Flores nos prometió su concurso para imposibilitar las vías de hecho y mantener la acción política de nuestro partido el mayor tiempo posible en el campo del debate y del sufragio.

De repente, en la noche del 14 de Julio, que jamás olvidaré, el general Flores se presentó en mi casa con el rostro demudado, declarándome, delante de varios amigos, que se separaba de nosotros y que se lanzaba a las vías de hecho.

Y la única explicación que me dió de esta súbita y extraña resolución, fué

que había pasado todo el día *boleando ladrillos* y que su situación le era ya insoportable. Yo me di otra explicación de su conducta, y era que si el general Pacheco y Obes sería el jefe militar de una *revolución militar*, — permítame esta impropia calificación, — el partido florista comprendía bien que no podía ser su candidato político, su jefe de Estado, porque Pacheco y Obes había nacido en Buenos Aires, y correspondería al general Flores el legado de la presidencia.

¿Qué importaba abrir un abismo a que empujar un país recién salido de un cataclismo de diez años? ¿Qué importaba esterilizar un acontecimiento político que debía poner la libertad y las instituciones de la República en manos del partido que podía consolidarlas, si por todo lo que el país y el partido perdían, ganaba la recta la presidencia del general Flores?

El hecho militar se produjo el 18 de Julio.

Las provocaciones y las torpezas del Partido *Blanco* nos privaron de los medios de estorbarlo. El general Pallejas, hombre en cuerpo y alma de Flores, procedió por sí y ante sí, bajo las inspiraciones de su círculo.

Pero en la misma tarde del 18 de Julio los generales Flores y Pacheco y Obes venían a buscarme a mí y a mis amigos para que consiguiésemos una solución que salvase al partido del desborde del día siguiente, del desborde de una soldadesca y de una muchedumbre, que en pocas horas se sentían ellos quebrados e impotentes para dominar, y que faltaba poder de ley, poder de autoridad, poder de opinión pública que pudiese dominar al otro día.

Vaya usted cosechando, mi estimado amigo, la lección de tales antecedentes, y haga un poco de justicia a los que se pusieron de frente a esas situaciones espantosas.

Ella fué dominada en la noche del 18 de Julio, el peligro fué desviado y el mal reparado, y se ganó el período de tiempo hasta Septiembre, en que se desarrollaron, aunque precipitadamente, los sucesos que habrían dado paz y estabilidad a la República dejándolos seguir su curso natural, dejándolos completar su evolución necesaria.

Abandonado el Gobierno por don Juan F. Giró y sus Ministros, y por la Asamblea, a quien se dirigió el general Flores por una nota que yo le aconsejé y redacté, fuí opuesto al gobierno de los tres caudillos que contra mi opinión y mi voto organizaron los hombres preponderantes en aquel momento. Acepté, sin embargo, los Ministerios de Gobierno y de Relaciones Exteriores al lado de ellos, porque en el interior estábamos amenazados con la reacción del Partido *Blanco* y en el exterior con las intervenciones de la Francia y el Brasil, y porque yo tenía el convencimiento de que en el choque de los intereses de los tres caudillos y en la discordia de sus pretensiones, me era posible dominar la situación y encaminarla a mis propósitos.

Y no me engañé, porque mientras vivieron los generales Rivera y Lavalleja, no se produjo la reacción del Partido *Blanco*, al extremo de volver a su hogar el ex Presidente Giró bajo nuestro Gobierno; la amenaza de la Francia se convirtió en un *entente cordiale* con su Ministro, y la intervención brasileña echó su sueño sobre el césped de nuestras fronteras, esperando mejores días.

Si el general Lavalleja hubiera vivido algunos meses más, hubiera alcanzado hasta la organización de los Poderes públicos, la revolución de 1853 se habría detenido ahí, y la política habría continuado en medio de la paz y de la prosperidad la marcha que le cumplía.

Pero el general Lavalleja falleció; Flores quedó dueño absoluto del poder oficial, y el mismo día buscó pretexto para romper lanzas con nosotros, excluirnos de toda dirección y encaminar las cosas por donde él y sus afiliados querían. Las reacciones sobrevinieron, las complicaciones exteriores renacieron, cuatro mil soldados extranjeros acamparon en las calles de Montevideo, el cielo de la patria se cubrió de nubes, su atmósfera se cubrió de rayos, y se desencadenaron las tormentas que nos azotan hace veinte años, todo porque para ciertos hombres era forzoso que Flores fuera Presidente por diestro o siniestro, y gobernase por ellos y para ellos, por fas o por nefas.

Vaya usted preparando sus comentarios, mi estimado amigo; échese a descubrir el arte de hacer decir a estos sucesos: 1.º que el partido Flores no ha inmolado a sabiendas preponderancia del Partido *Colorado* y felicidad de la patria a sus personas; 2.º que no quedó dueño absoluto del Poder público en 1853, con todos los medios de realizar el bien, y que los resultados de su Gobierno no fueron el oprobio de la ocupación del país por un ejército extranjero y de una existencia a sueldo de un monarca, la bancarrota de la Hacienda y el cáncer de la deuda del Estado, la desmoralización de los hombres y el apocamiento del pueblo, la reacción y el triunfo del elemento y de la tradición de Rosas.

Diez años después, en 1863, dió a luz el partido Flores el segundo tomo de su obra, y espero que usted me demuestre que no es la repetición del primero.

Desengañado el general Flores de no poder invadir el Estado Oriental después de Pavón con un ejército argentino, que el general Mitre tuvo la cordura de no proporcionarle, se retiró a la vida privada, y permanecía, como todos, en la abstención política, a que nos forzaba la situación de la patria.

Sólo yo pensaba entonces en una revolución, sólo yo la veía prepararse en nuestro país, y estaba atento a su desarrollo.

Voy a transcribir a usted una carta mía, y la inserto íntegra porque ella es una fotografía de la época, un retrato al natural del estado de los ánimos, de las respectivas actitudes y opiniones, que se han desnaturalizado y calumniado. Ella está en poder de persona de su relación, y usted puede verificar que dice así:

« Buenos Aires, Marzo 10 de 1863. — Mi estimado amigo: Como tengo un momento desocupado empiezo esta contestación a su carta de ayer, que no sé si podré acabar, como Irigoyen sus cuadros, de un solo rasgo.

« Usted no me ha entendido.

« *No me hable usted de política* no quiere decir: no me hable usted de patria ni de causa. Siempre he estado lejos de esta abstención. No soy yo de los que se desencantan cuando no tienen posición personal. Creo en el triunfo de mis principios, y no he dejado de trabajar por ellos un solo minuto, les consagro todas mis fuerzas.

« *No me hable usted de política* quiere decir: usted no necesita preguntarme cómo yo pienso; mi vida entera está ahí para decir a usted cuál es mi opinión en toda emergencia política que sobrevenga; mis amigos no necesitan escribirme cartas, ni distraerme de otros trabajos, también por mis principios, para que les repita lo que hartos saben ellos de antemano.

«Pero es que tienen el derecho de distraerlo, añade usted; porque hace cinco años que usted no les presta concurso alguno.

«¿El solo destierro, la sola privación de la patria y de las afecciones no es un gran servicio a la causa? ¡Qué! ¿por ventura es usted de los que creen que pueda compensarme del destierro el lucro, es decir, el producto de un trabajo de changador, que tendría en la patria, como aquí, como en la Siberia? ¿No tengo yo corazón, recuerdos, afectos, no necesitaré refrescar mi espíritu con el aire de los sitios de mi infancia, reposar mi cuerpo cansado debajo de los árboles que plantaron mis abuelos? Flores, Sandes, etc., halagados más que yo con los medios de fortuna, con posiciones de mando, con la facilidad de satisfacer sus necesidades y lisonjear sus ambiciones, no han podido soportar el destierro y han solicitado amnistías que les permitan cambiar las delicias de esta Capua por el retiro en la patria. Y yo, poeta, yo que vivo por la imaginación y el sentimiento, yo que no sé lo que vale una onza de oro sino por la fatiga que me deja el ganarla, ¡yo estoy en un lecho de rosas en el destierro! ¿Por qué no vienen a acostarse en él los que lo hallan cómodo?»

«Después de la muerte, el destierro es lo más que se puede ofrecer a una causa política. Es el mayor servicio que se le puede prestar, después del patíbulo. Es el segundo grado del martirio. El desterrado puede decir al país hospitalario lo que Chactas al español: «tu civilización es muy bella y tú eres muy bueno conmigo, pero yo nací en los bosques y necesito de la vida salvaje del desierto para no morir de tristeza.»

«Fuera de este servicio inmenso del destierro, digna y altivamente sufrido, sin mendigar el pan, pero ganándolo con duro trabajo, sin hacer concesiones a hombres ni cosas, nadie mejor que usted sabe que mi profesión no es para mí un medio de ganar dinero, que ella es en mis manos una palanca de libertad, que me sirve para combatir todos los abusos, todas las inmoralidades, todas las arbitrariedades, todas las aberraciones; que mi vida profesional es una lucha diaria en que dejo todos los días el vellón del lucro en los abrojos de mi camino de principios, haciéndome enemigos desde el más alto juez hasta el más bajo escribano, sufriendo lo que en toda lucha se sufre: caídas y fatigas; nadie mejor que usted sabe que ninguna cuestión de partido, ningún hombre de causa ha dejado de tener en mí un defensor caluroso de sus derechos, que le ha dado su tiempo, su trabajo, su crédito, es decir, su vida, sin esperar por retribución ni aun el reconocimiento, cuando más, la calumnia!

«Y habla usted de que no sirvo a mi causa hace cinco años, que soy uno de sus miembros inútiles... *Tu quoque, Brutus!*

«Francamente, su carta es torpemente injusta; discúlpeme usted, a su vez, la franqueza que usted ha tenido al escribirme con la sinceridad, pero con la ligereza de un mal humor, que yo perdono, como Cristo, porque no ha sabido lo que ha dicho. Le perdono más, y es haberme obligado a llenar un pliego de papel de mí mismo. Vamos a la política.

«Tampoco me ha entendido usted.

«Yo no estoy por coaliciones ni por luchas electorales bajo tiranías, sean sangrientas o sucias.

«En su primera carta usted me decía (textual): «la agitación se ha comunicado también a nuestro partido, principalmente al elemento nuevo, a los muchachos. Hoy la cuestión a la orden del día entre éstos es la siguiente: en

presencia de la situación que se prepara, ¿qué actitud conviene asumir al Partido Colorado? ¿la de la abstención o la de la lucha electoral? Excuso decir a usted que todos ellos, y me atrevo a agregar, sin excepción, están decididamente por el último extremo. A su modo de ver, abstenerse cuando no está probado por hechos prácticos recientes, ocurridos bajo la Administración actual (Berro), que estamos coactos, es suicidarse políticamente, abdicar como partido y resignarse a la condición de parias, condición que ya se les hace insoporable. Por consiguiente, se deciden por la *lucha legal*, y la aceptan con todas sus consecuencias, prefiriendo la derrota a la inacción.»

«Los jóvenes de mi partido, por el órgano de usted, no me pedían, pues, consejo para escoger, para examinarlo, para seguirlo si lo hallaban bueno. Su decisión estaba tomada, según usted; *estaban resueltos a la lucha electoral*, aun cuando supiesen ser derrotados cualquiera que fuese mi opinión. Con tal resolución hecha, pedir consejo es casi una burla, si no es algo peor, si no es querer buscar en la opinión de otro una justificación de un mal proceder; es una burla o una deslealtad, sobre todo cuando se sabe de antemano que la opinión es contra esa resolución, y un consejo contra la opinión sería una traición a la conciencia, cuando se sabe que esa resolución se toma en oposición, y tal vez para hacer oposición a los que, como yo, rechazan una lucha electoral (legal dice usted), que sería una renegación de los principios del partido.

«Sin embargo, con toda humildad, dándome por desentendido de lo que había, en esa resolución a la lucha electoral, de ataque directo y claro a mis conocidas opiniones, queriendo salvar a esos jóvenes de mi partido de un remordimiento o de una vergüenza, para lo futuro, les dí un consejo sobre lo que deberían hacer, en el supuesto de la resolución a la *lucha legal*, como usted la llama: *salvar el principio; proclamar la acefalía del derecho desde Quinteros*, o las elecciones que lo produjeron, tomando el efecto por la causa.

«Les indiqué eso como un medio de cohonestar la lucha que usted me anuncia y yo creo resuelta, y la coalición que usted me dice iniciada, y yo creo consentida, *hoc est in votis*.

«Usted da ahora media vuelta y me imputa que yo estoy por coaliciones con los enemigos que usted se da el placer de combatir.

«¡No, y mil veces no! No puedo estar por coaliciones para luchas electorales, cuando estoy contra la lucha electoral, para lo cual se propone una coalición; y esto lo sabe usted bien, porque usted ha discordado de mi opinión y en sus mismas cartas me lo expresa.

«Por el contrario, considero la lucha electoral como renegación de principios.

«Aparte de la renegación de principios, en reconocer la legalidad bautizada con la sangre de nuestros compañeros por la horrible y cobarde matanza de Quinteros, tampoco veo las conveniencias y los resultados de tales luchas. Francamente, no veo en ellas más que palinodias de débiles, salidas de gallos criollos, de círculos enervados, que no se sienten con energía viril para la revolución tal cual la comprenden los pueblos y los siglos, con el temerario arrojo de los que van a asaltar el poder de César en la inviolabilidad del Senado, aunque deban sucumbir al otro día en Filipos, o con la fuerte paciencia del que sube sin ira al calvario a esperar la tardía cosecha del sacrificio en el andar de los siglos.

« Esos jóvenes que se han sentado la cuestión: ¿qué actitud conviene? ¿abstenerse o luchar electoralmente?, parodian a Berro en su célebre pregunta: «¿cuál es mejor: violar la Constitución o reformarla?»

« Es que entre violarla y reformarla hay lo que es mejor: *cumplirla*.

« Es que entre la abstención y la lucha electoral hay lo que más conviene: *la revolución*.

« Sientan mal la cuestión, para darse una solución a su gusto.

« No la han de hacer, no han de estar por la revolución, no se sienten con coraje, fuerza ni fe para ella. Prefieren luchar electoralmente, con coaliciones o sin ellas, y al presentarse así de guante blanco al salón de esgrima electoral, han de creerse con el derecho de decir a los veteranos de la política: «¿por qué se abstiene usted hace cinco años? ¿por qué no se pone usted una máscara de alambre y viene usted a recibir como nosotros botonazos en el pecho?»

« ¿Cree usted, ahora, que puedo y debo decirle: no me hable más de política?»

« Excuse lo que haya de acritud en esta carta, que ha resollado por la herida, y créame su verdadero amigo. — J. C. G. »

He ahí retratada la situación que empezó en 1863. Flores y sus hombres solicitaban amnistías para albergarse bajo el techo del Gobierno de Berro.

En Montevideo, ocupados en organizar elecciones. Sólo yo y mis amigos en Buenos Aires, creyendo y pensando en la revolución que los sucesos, y no nosotros, elaboraban, porque sabe usted que la revolución, como la poesía, nace, no se hace, son expansiones del alma de los pueblos, y no cálculos de los hombres.

Otro hecho probará a usted que creíamos y pensábamos en la revolución. A principios de ese año vino don Julio Barrios de Corrientes a verme de parte del hoy general José Gregorio Suárez, comunicándome que existían allí reunidos en torno suyo unos doscientos orientales emigrados, preguntándome si convenía dispersarlos o conservarlos, y en el último caso que lo ayudásemos con los medios de sostenerlos. Mi contestación fué que los conservase a todo trance y empeñé todas las relaciones del general argentino Cáceres para que les proporcionase allí los posibles recursos, que creo no fueron desatendidos. El hecho es que el general Suárez mantuvo ese núcleo, que fué el primer elemento de fuerza que encontró el general Flores en el Estado Oriental, y al que debió no ser aprehendido por alguna partida de policía como un aventurero.

El general Flores y sus hombres, con ese natural instinto de la política que suelen tener los partidos personales, se dieron cuenta de que estaba en incubación un acontecimiento, y se apresuraron a explotarlo, *ganándonos el tirón*, según el pintoresco lenguaje del gaucho.

Anduvo inquieto, indeciso, vacilante, el general Flores, esos días. Varias veces solicitó conferencias conmigo, a las cuales me presté sin reserva y él esquivó luego. Me vieron para ello sus amigos don Tomás Rebollo y el coronel don Joaquín Baltar, y recuerdo haber dicho a este último: «estoy pronto a un acuerdo con el general Flores; él es quien lo huye; dígame que no se precipite, que no exponga al partido a una derrota o a una larga guerra civil, que la revolución viene naturalmente y hemos de encontrarnos al lado en la acción.»

El general don Ignacio Rivas supo por el mayor Hubó, que había sido

invitado, que el general Flores andaba con ideas de lanzarse al Estado Oriental, y fué a verlo, ofreciéndose acompañarlo con un fuerte núcleo de oficiales y soldados orientales, y el general Flores agradeció su oferta, rehusándola, con la seguridad de que nada intentaba, de que no abrigaba pensamiento alguno de pasar a la patria.

Y al otro día de esta seguridad, se embarcaba con cuatro hombres, para poder decir, como Luis XIV: *l'État c'est moi*; la revolución soy yo!

Vaya usted viendo que el partido Flores rechazaba todo concurso que pudiese menoscabar la responsabilidad de su caudillo, y que, por consiguiente, no aspiraba a la reposición del Partido *Colorado* en el poder y la influencia, a la reconquista de las libertades perdidas, sino al entronizamiento de su hombre.

El mismo día en que se embarcó el general Flores con sus cuatro hombres, vino a verme de su parte, con una carta suya, don Juan José Aguiar. En la carta me anunciaba haberme nombrado en una Comisión para que le proporcionase recursos.

Yo manifesté al señor Aguiar mi opinión de que no debíamos contrariar la acción del general Flores organizándonos en Comité revolucionario; que él había asumido la dirección y la responsabilidad de los sucesos, no nos daba más papel en ellos que *proporcionarle recursos*, y para esto era innecesaria la Comisión, era indigno andar mendigándolo a extrañas simpatías; que yo me comprometía a remitir al general Flores cuanto él me pidiese en armas, municiones y vestuarios, pues aunque era pobre, tenía amigos y crédito que no me dejarían desairado.

El señor Aguiar se felicitó de encontrarme en tales disposiciones y me prometió que escribiría al general Flores inmediatamente, y que estaba seguro de la aceptación de mi ofrecimiento.

Hasta la fecha estoy aguardando la respuesta.

Muchos de los hombres que fueron de Buenos Aires, fuertes grupos que partieron de Entre Ríos, lo efectuaron por mí y con mi ayuda, y todos fueron mal recibidos por el general Flores.

Don Atanasildo Saldaña vino a Buenos Aires en busca de vestuarios para el ejército de la revolución, que estaba desnudo. Yo le mandé ofrecer, por don Tomás Rebollo, proporcionarle todo el vestuario que necesitase, en una semana. Fuí dos veces a su casa con esta oferta; la primera no lo encontré, y dejé el encargo de trasmitírsela a don Manuel Acosta y Lara, que allí estaba, y la segunda se la hice personalmente. Se prefirió que los pobres soldados de la revolución se muriesen de frío a aceptar mi óbolo.

Desde el primer momento fué sistemática la exclusión de nuestra fracción política, a no ser que pasásemos bajo el yugo, como los vencidos romanos, dejando en las horcas caudinas del caudillaje principios de partido y dignidad de personas. Fueron excluidos los elementos militares llevados por Rivas, los elementos pecuniarios ofrecidos por mí, y eso que empezábamos por aceptar la dirección militar del caudillo que no nos inspiraba gran confianza.

¿Qué sucedió?

Que en vez de una revolución se produjo una guerra civil de montonera, que por querer anticiparse a los sucesos, los sucesos no se anticiparon, porque no por mucho madrugar amanece más temprano.

Sucedió que el partido Flores resultó impotente para operar el restableci-

miento de nuestra causa por sí solo, a pesar de haber arrastrado tras sí mucho concurso individual de nuestra fracción política, muchos militares hostiles al caudillo, muchos jóvenes de invariables principios que no se resignaron a la inacción, que se desesperaban ante la idea de que se les creyese egoístas o cobardes, y corrieron generosamente a inmolar su conciencia, sabiendo que no llevaban su bandera al Capitolio.

Sucedió que Flores tuvo que recurrir a la intervención brasileña y a la traición de los Ministros de Atanasio Aguirre; tuvo que triunfar por dos ignominias, y obligar al Partido *Colorado* a que en el porvenir, cuando las mentiras del presente se disipen, cuando la polvareda de la actual popularidad vuelva al suelo, se cubra la cara de vergüenza al hablar de las glorias de la *Cruzada libertadora*, conquistadas con las bayonetas de Pedro II, e introducida a Jerusalén por la apostasía, en la tierra en que resonarán eternamente los himnos de Sarandí y de la Nueva Troya. ¡Pobre patria mía! ¡cómo te han puesto tus fariseos, abigarrada con los colorines y los oropelos de una reina de *canacán*, a ti, la noble y austera matrona que te enorgullecías de tus hijos, como la Cornelia antigua, y ostentabas por trofeos, a tus plantas, las rotas cadenas de un tirano por ti vencido, el cetro hecho pedazos de un monarca por ti destronado.

El resultado de la revolución de 1863, usted lo sabe, mi estimado amigo. Como diez años antes, el partido Flores quedó dueño absoluto del Poder, con todos los medios de hacer el bien; y como diez años antes, ha sepultado a la República en el caos más espantoso.

En las dos épocas, con intervalos de dos lustros, ha trepado al Poder por el mismo camino, por los mismos pasos, y ha llegado al mismo término.

A la tercera es la vencida. Si el país le consiente que nos dé la tercera edición de su nefanda obra, usted puede educar a sus hijos para otra cosa que para la libertad y la democracia, con otros sentimientos y otras ideas que las de dignidad del hombre y de grandeza del ciudadano.

Empeñado en que eso no suceda, espero patentizar en mi siguiente carta las lecciones de la reseña histórica que en ésta he concluído.

Juan Carlos Gómez.

(LA TRIBUNA de Buenos Aires del 26 de Setiembre de 1872.)

La unión del partido y la historia de la fracción florista

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

I

Empiezo a sentirlo a usted vencido, no por mi inteligencia, que su modestia y su galantería levantaron sin razón sobre la suya, sino por la verdad, que estaba en su conciencia y va desalojando de ella los recelos que allí la tenían presa. Y me prueba que empieza a sentirse usted vencido, su táctica de imputarme ideas distintas de las que sostengo y de mantener la discusión en el terreno de mi persona, esquivando acercarse al terreno adonde yo lo invito. Cuando un atleta de su estatura y de su fuerza recurre a esas artimañas de la polémica, es porque se da cuenta de que vacila ya bajo su planta la arena del estadio.

No me gustaría adolecer de *extravagancias*, porque eso me asemejaría a todos los hombres superiores, siempre caracterizados por alguna, y sentiría que en el nuevo curso de literatura que usted ha de enseñarnos, no alcancen ese rango las licencias literarias, las frases paradójales, los giros figurados que dan su propia fisonomía al estilo de cada hombre de letras.

Siento también que los grandes hombres de la política contemporánea: Bismarck convirtiendo a la Prusia de Nación en Estado, Cavour convirtiendo al Piamonte de Reino en Provincia, le impidan un poco, en su nuevo curso de política, reducir a *extravagancias* ciertos problemas políticos situados en las alturas en donde las cabezas débiles y los corazones apocados sienten el vértigo, y los objetos más reales, confundidos en el remolino de las visiones, aparecen como fantasmas grotescos.

No subamos a esas alturas, dejemos esos problemas para una época más o menos remota, en que la alta marea de la razón pública, de que antes hablabamos, nos obligue a encararlos, y conservémonos en las planicies de la política casera, no sea que dentro de algunos años se ruborice usted de haber explotado las preocupaciones vulgares y los sentimientos ruines con un pensamiento que tal vez hoy juzgue usted digno de la brillantez de su talento.

Recuerde usted cómo ha empezado la discusión, a qué se reduce, y qué importa patentizar en la actual situación de la República.

Se ha condenado en un hombre a una fracción o elemento político, a quien se le culpa de haberse abstenido de luchar y trabajar en favor de la patria, por egoísmo según unos, por cobardía según otros, lo que importa endiosar a la fracción política a quien se dan los honores de haber estado en la brecha por las libertades y los principios.

Hablemos claro: ¿en cuál de las dos fracciones políticas milita usted? Para no aparecer en una de ellas, recuerda usted sus meritorios esfuerzos contra los desmanes de la Dictadura y sus herederos en el Gobierno, que no seré, de cierto, yo quien los amengüe, estimando, por el contrario, su eficacia y reconociendo los sufrimientos y torturas con que han afligido su alma.

Para no figurar en la otra, la reduce y circunscribe usted a media docena de *ausentes* en Buenos Aires; me hace usted decir que sólo entre estos *expa-*

triados hay ciudadanos honorables y dignos, y se da el placer de predicar a un convertido: que en el país hay elementos de reorganización y de reconstrucción política.

Lo veo a usted desconcertado ante la opinión que lo contempla, girar en torno de mi vida, y buscarme un talón de Aquiles en qué hacer ver que me ha herido.

Su táctica es perdida; no he de perder la serenidad de mi razón, no he de decir una palabra más ni una palabra menos de las que quiero decir, no he de tentar siquiera alterar la serenidad de su espíritu con punzadas a su amor propio; he de proclamar en alta voz su talento, su patriotismo, su mérito en los combates de diez años, en que ha salvado usted mucho, si ha cedido más de lo que debía, y me he de felicitar de que volveremos a encontrarnos al lado.

*Nous combatrons en frères
Pour les mêmes foyers et les mêmes autels.*

¿Qué es un partido político?

¿Qué es una religión? ¿Es el conjunto de sus dogmas, de sus principios, de sus propósitos, de sus fines, o es la falange de sus clérigos y de sus frailes?

Si un partido, si una comunión política es el conjunto de sus frailes, usted tiene razón; armonizar los intereses, las conveniencias de esos frailes, distribuir las prebendas y los oficios, arreglarse de manera que todos queden contentos, es mantener la unidad y salvar la religión del cisma.

Si, por el contrario, un partido político es la incolumidad de sus principios, — en el nuestro la verdad del dogma de la soberanía del pueblo, la verdad del derecho, de la justicia, de la dignidad del ciudadano, — la unión del partido no puede hacerse sino sobre la base de la consagración definitiva de estos principios, y de la condenación de todas las apostasías que los han renegado y los comprometerían para lo futuro.

Como usted, yo quiero la unidad de mi partido político, porque cuanto más unido, más fuerzas tendrá para realizar los bienes que tiene el deber de hacer efectivos; pero unión en las buenas tradiciones, unión en torno al lábaro de nuestra religión política. La *crux* o la *media luna* no pueden serme indiferentes. Que los moros y los renegados abjuren el Corán y juren el Evangelio.

Para usted es lo mismo que juren por su profeta Mahoma adhesión al cristianismo.

Esto es todo lo que nos ha separado y nos separa en política, y no el haber vivido usted en Montevideo de su industria de la imprenta, y yo en Buenos Aires de mi profesión de abogado, pasando usted ahí por los inconvenientes de su industria, pudiendo naufragar como el navegante que hace de la navegación su medio de subsistencia y de fortuna, o venirse de un andamio abajo como el albañil que se hace rico construyendo casas, y sin correr yo tantas aventuras por haber escogido un ganapán más tranquilo y sosegado, sin su irradiación y su aureola.

¿Y por qué nos separa ese solo ápice? Porque usted no tiene perfecta conciencia de las dos fracciones que se esfuerza usted en unir, y porque no tiene usted fe en el pueblo, en la masa de creyentes, en la congregación de los fieles, que los frailes del partido trabajan por catequizar en su provecho.

Esto me obliga a descender al terreno de la historia, a recoger los ele-

mentos de la verdad, desfigurados u olvidados, a señalar las desviaciones y completar la conciencia de lo pasado.

II

Uno de los falsos supuestos de los que me combaten en Montevideo, es que yo me ensaño con individualidades, que hiero a los hombres, que niego a cada uno y a todos méritos y cualidades, prescindo de las pasiones y debilidades humanas, y quiero formar patria con arcángeles y querubines.

No, el individuo nada o poco importa en política. El conjunto de individuos con un sistema, con un propósito, esto es lo que importa, y esto es lo que yo combato en unos y defiendo en otros.

Los *blancos* repiten lo mismo que los *floristas*, — y perdóneme esta clasificación de nombre propio, que me disgusta altamente, por no hallar otra con qué designar una fracción política que ha gobernado y desquiciado al país. — Hay entre nosotros muchos hombres de honorables antecedentes, de nobles sentimientos, — dicen los *blancos*; — ¿y qué les contestan ustedes?

Les contestan que puede ser muy cierto, pero que están habituados, educados, incrustados en un sistema de ideas políticas que los inhabilita para el régimen de la libertad, porque no tienen la conciencia de sus medios y de sus prácticas.

Pues esa contestación que dan ustedes a los *blancos*, la vuelvo yo a la fracción del caudillaje colorado, y repito a sus hombres: «La primera condición de poseer la libertad es quererla, la segunda es comprenderla; el pueblo «ateniense amaba con pasión la libertad, y no gozó de ella, porque allí, en «donde la conciencia no elevaba protesta alguna contra la institución de la «esclavitud, en donde se condenaba al ostracismo a Aristides por cansancio «de verlo justo, y a la muerte a Sócrates por no pensar como la muchedumbre, «allí no comprendían, no podían poseer la libertad.» Comprende y posee la libertad el pueblo norteamericano, en donde la protesta contra la esclavitud ha sido enseña de combate desde los primeros días de la República, en donde el viajero lee en el epitafio de Franklin que *arrebato el cetro a los tiranos*, y en donde Washington *vive en el corazón de sus compatriotas!*

Una de las más injustas imputaciones que he soportado en silencio en mi vida política, es la de haber dividido a mi partido en las dos fracciones de *conservadores* y *floristas*.

En Abril de 1846 ya esa división se pronunciaba a balazos en las calles de Montevideo, en presencia del ejército sitiador de Manuel Oribe.

Ya en esa época, la fracción representada y capitaneada por el general Flores excluía de la Defensa de Montevideo a la fracción compuesta de Melchor Pacheco, José María Muñoz, César Díaz, Tajés, Estivao, etc., que era arrojada al destierro en masa, y a la cual se debía el origen y la existencia de la Defensa.

En 1852, cada vez que el Partido *Blanco* flaqueaba, era llamado al Ministerio de Giró el general Flores, y lo apuntalaba con el concurso de su elemento político.

En 1853, esa fracción política empuja al general Flores a precipitar una revolución que venía produciéndose grandiosa, como toda revolución justa y

necesaria, y a convertirla en un motín pretoriano, ensangrentando y enlutando inútilmente a Montevideo, en los días de Julio, con la espada de su hombre Pallejas.

Producida más tarde desconcertadamente la revolución que consiguieron producir en Julio, abandonada la escena política por el enemigo común, la antigua división de 1846 entre las dos fracciones coloradas no podía dejar de pronunciarse y de ocasionar la lucha entre ambas, porque la una quería establecer y afianzar el gobierno de los principios porque la otra quería erigir el gobierno personal con la omnipotencia de un caudillo.

Entonces se reveló el poder respectivo en una y otra fracción en la opinión pública, en la mayoría del pueblo. Aunque la muerte del general Lavalleja reconcentró el poder público en manos del general Flores y de su círculo, asimismo, a pesar de las inmensas ventajas de la posesión del Poder público, tuvo esa fracción política que solicitar la intervención brasileña, que traer un ejército extranjero y recibir un subsidio extranjero para sostenerse.

Y con ejército extranjero y con subsidio extranjero y todo, Flores y su círculo fueron derribados del Poder en 1855.

Y puesto que estoy haciendo la historia, debo recoger aquí y desvanecer un cargo de mala fe que vuelve a hacerse a la fracción a que pertenezco, y es que ella buscó e hizo la alianza con el Partido *Blanco* contra el elemento Flores.

Esto es falso. No hay quien ignore en Montevideo que el Partido *Blanco* sólo apareció en la escena al otro día de derribado Flores de la Presidencia, y apareció para formar a la espalda de la revolución una fusión política con un Gobierno y un programa para escamotear el resultado, y encaramarse en una solución por una intriga. Si algunos de nuestros hombres padecieron el error de someterse a esa fusión, que no creyeron poder dominar, ni ese error fué interesado y egoísta, sino sincero y patriótico, ni jamás un partido entero es responsable de las desviaciones de algunos de sus miembros. Y aunque el error hubiera sido de toda nuestra fracción política, hartó lo reparó con la protesta de sangre de Noviembre, rompiendo a balazos la fusión que asomaba la cabeza de Medusa de Manuel Oribe.

Entretanto, la fracción Flores, separada del Poder público por la acción exclusiva de la nuestra, buscó la alianza de Manuel Oribe, celebró una liga de caudillos, y se lanzó como una fiera a ultimar en las calles de Montevideo todo lo que representaba la tradición gloriosa de la Defensa, los principios del gobierno popular, las esperanzas de un porvenir de libertad.

Interrogue usted a los autores y testigos de esos días de duelo, y todos le dirán a una voz que la ferocidad contra los *conservadores* no nacía de las sugestiones de Manuel Oribe y sus seides.

El Partido *Conservador* fué vencido por la liga de los caudillos, cayó dignamente envuelto en su santa bandera, y una vez más se realizó el dicho del viejo Montaigne: que hay derrotas gloriosas y oprobiosas victorias. ¿Hay uno solo de los miembros del antiguo Partido *Colorado* que se atreva a reivindicar como un timbre del partido el triunfo de don Venancio Flores en Noviembre de 1855? ¿Hay uno solo que no se apresure a lavar las salpicaduras de la sangre derramada en ese día por colorados con la cuchilla del Cerrito?

Días después la fracción florista era a su vez desterrada por sus aliados; don Venancio Flores iba a mendigar un asilo al lado del general Urquiza,

nuestro enemigo, que se aprestaba para ultimar a nuestro partido en Buenos Aires.

La abstención empezó forzosamente así para el Partido *Conservador* como para el Partido *Florista*, ambos excluidos de toda acción política en el Estado Oriental por la prepotencia del Partido *Blanco*.

Sólo yo, a quien se culpa de abstención perpetua, sólo yo no me abstuve, sólo yo luché por el partido entero, que corría riesgo de ser anonadado para siempre en Buenos Aires, porque el triunfo de los federales en Buenos Aires hubiera sido la consolidación definitiva del Partido *Blanco* en Montevideo.

Y recuerde usted que no combatí enmascarado, que no anduve escondiendo mi bandera, que no hice concesiones a la necesidad de la unión de las diversas fracciones que aquí nos dividían, de las distintas individualidades aquí comprometidas con estos o aquellos antecedentes.

Recuerde usted que contra la opinión de mis correligionarios, sobreponiéndome a sus temores, dominando sus vacilaciones, desplegué en alto a todos los vientos el pendón del Partido *Unitario*, y que a esto se debió una solución tan decisiva, que hasta hoy ha vuelto nadie a tentar la resurrección de la tradición de Palermo.

Lo que hoy espero de usted es lo mismo que yo hice en circunstancias más difíciles y en situación más dura.

No predico con la palabra, sino con el ejemplo; no demuestro con la retórica, sino con el resultado.

Asegurado el poder de nuestro partido en Buenos Aires, me transporté sin pérdida de un día a Montevideo. Sólo yo en el partido luché y trabajé durante algunos meses, y cuando el partido respondía a mi llamado, ¿qué hizo la fracción personal del general Flores?

Antes de responderle, permítame recoger en el camino algunas equivocadas insinuaciones de sus artículos.

Puedo haber escrito muchas cartas a entidades de la campaña, puedo haber elogiado algunos actos de caudillejos de departamento, pero desafío a usted a que me pruebe que he elogiado un acto malo, que he escrito una carta tendiente a radicar influencias personales en el Gobierno, a aceptar el concurso individual de alguien, a condiciones de posición personal o de abdicación de principios. Abra usted las páginas de *El Nacional* de esa época, y verifique usted lo que yo escribía sobre *jefes de partido*, proclamando la doctrina de que entre hombres libres el único *jefe de partido posible* es el voto de la mayoría. Yo invitaba, es cierto, a los hombres de la fracción Flores a volver al centro del partido que ellos habían desertado en Noviembre de 1855, como usted puede y debe invitarlos hoy a que vuelvan.

Pero la fracción Flores me respondió, y es ésta la respuesta que iba a darle sobre lo que ella hizo: «que ella reconocía un *jefe de partido*, que no tenía órdenes suyas para secundar mis trabajos, que se abstenía.»

Yo estaba en la brecha solo, desde 1855, y los que hoy se pretenden únicos campeones de nuestro partido, persistían en una abstención absoluta, muy amoldados al Gobierno de Gabriel Pereira y a la proponderancia del Partido *Blanco*.

Ellos rehusaron abiertamente la invitación del honorable don Joaquín Suárez para organizar un centro de partido presidido por él; *se abstuvieron* de concurrir al bien, al triunfo de los principios del partido.

Pero no se abstuvieron de concurrir al mal; desairaron al virtuoso don Joaquín Suárez, y fueron a desenterrar de su rincón de olvido al indio Medina, para erigirlo en símbolo de partido personal; con él a la cabeza, se organizaron en elemento político, se aliaron a Gabriel Pereira y dieron en Quinteros la segunda edición de las jornadas de Noviembre de 1855, arrojando a las corrientes del Río Negro las cabezas que no habían podido tirar a la calle desde las alturas de la casa Hocquard.

He ahí los resultados debidos a la fracción Flores: las jornadas de Noviembre de 1855, con la caída total del partido; Quinteros y la caída total del partido por otro período de años.

Es cierto que el partido Flores, después de vencerme a mí, en quien veía la personificación del Partido *Conservador*, mediante la alianza con los blancos de Gabriel Pereira y la ayuda del Brasil, tentó en 1857 apoderarse del Poder público.

El general Flores fué llamado y vino de disparada de Entre Ríos, anduvo de puerta en puerta, del general Díaz al coronel Tajés, para hacerse el centro del elemento político que él consideraba decapitado por mi ausencia, y consiguió precipitarlos prematuramente a la acción. Ignoro si fué pactado entre él y el general Díaz que mis amigos y yo seríamos excluidos de toda acción en los sucesos.

Lo que sé es que, desterrado el general Díaz, y recién llegado a Buenos Aires, fuí a ofrecerle mi concurso, y me negó que estuviese en ningún plan para cambiar la situación de Montevideo, protestándome que había sido desterrado sin motivo y por una de esas arbitrariedades sin nombre.

Y esto me protestaba el mismo día que solicitaba del Gobierno de Buenos Aires mil fusiles para revolucionar el Estado Oriental y en que comenzaba su enganche de soldados emigrados.

Lo que sé es que no pude verlo más hasta la víspera de su partida, en que me invitó para que lo acompañase, en que le vaticiné el desastre que nos reservaba, y en que le declaré mi resolución de acompañarlo si desembarcaba en las calles de Montevideo, única tentativa en que yo veía una probabilidad de éxito, o una caída digna, y que no mereció la aceptación del general Díaz.

El general Díaz esperaba el concurso de la fracción Flores dentro de Montevideo, y le daba más importancia que al nuestro porque esa fracción disponía del batallón Evia y de algunos otros elementos militares dispersos que debían abrirle las puertas de la ciudad. El batallón Evia y esos elementos militares le hicieron fuego, y esto explica, por el terror de la sorpresa y el abatimiento del desengaño, la desordenada retirada en que se puso.

Escribí entonces a varios de los jefes del ejército que se dirigiesen a la Colonia, que les llevaríamos de aquí algún concurso. Nos pusimos a organizar a toda prisa elementos militares bajo la dirección de Muñoz y Solsona, y hubiéramos estado en la Colonia al otro día de llegar allí el general Díaz; pero éste creyó más en el concurso del general Flores que en el nuestro.

Se le habían ofrecido villas y castillos al Norte del Río Negro, y dirigió allí sus pasos y se encontró con la soledad de las soledades.

El abatimiento del desengaño, el desaliento de la esperanza traicionada, explican en un militar tan valiente como el general Díaz el sometimiento de Quinteros sin tentar la suerte de las armas.

El partido Flores se había abstenido porque no pudo hacer jefe de la revo-

lución al general Flores, porque no se sometió todo el mundo a su pretensión de convertir a nuestro partido en un partido personal, porque a ella no le importa de principios ni de patria, porque lo que busca es el Poder y las ventajas que el Poder derrama entre los afiliados de la secta.

He llegado a Quinteros en esta reseña histórica. He demostrado que nuestra fracción política ha trabajado y luchado sola con la tradición del partido, y sola la ha salvado en la batalla de Montevideo en 1855, y en la hecatombe de Río Negro en 1857; que el partido Flores ha vivido abstenido de toda acción política, muy avenido con Oribe y con Pereira, y cuando ha tomado participación en los sucesos, ha sido para sacrificar su partido a su hombre, traicionando a la causa común y hundiéndola en la derrota o en el martirio.

Continuaré mi reseña histórica, y haré las deducciones que, como yo, estoy seguro, sacaré de ellas cada uno de nuestros compañeros de esperanzas, cada uno de los que con perfecta conciencia del pasado, piense seriamente en lo futuro y tenga la voluntad de cumplir su deber de ciudadano en lo presente.

Juan Carlos Gómex.

(El Siglo del 27 de Setiembre de 1872.)

Un alto en la persona

Señor doctor don José P. Ramírez.

Precisamente si alguna personalidad debe ser discutida, es la suya, me dice usted en su última carta, y sólo para probarle a usted que no temo su discusión, seguro de ganar más que de perder en ella, recojo su guante, hago un paréntesis a mi propósito, y me impongo el disgusto de consagrarme un artículo de periódico por complacerlo; pero a una condición: que no volveré a contestarle una palabra que a mí se refiera.

Los blancos proscibieron mi persona para proscibir mis ideas. Hoy mis antiguos compañeros de causa me amenazan con proscibir hasta mi memoria, pidiendo que se prohíba en todo tiempo llevar mis huesos maldecidos a la patria, y proclamando que *no merezco dormir a la sombra de los árboles que plantaron mis abuelos de Sarandí.*

Los blancos se contentaron con negarme el agua y el fuego, con privarme del hogar; el partido Flores me niega hasta la tumba!

Tiene usted, pues, razón en exigirme que, como los antiguos cristianos, haga confesión pública de mis culpas, aplaque a los Dioses y me haga propicio a los Manes, para que mi sombra no gire errante, perpetuamente desheredada de la religión del sepulcro. Nerón tuvo una mano piadosa que derramase flores

sobre su tumba; Manuel Oribe reposa en sagrado bajo las bóvedas de un templo.

Es justo que para mí no haya la sombra de un árbol de los inmensos y desiertos bosques de la República.

Me dice usted que voy dando una vuelta de mis primeras cartas, y no advierte que es usted, y no yo, quien la dá; como el viajero en una nave o un carruaje se imagina que son los objetos inmóviles los que andan y giran, por esa fascinación de la rapidez de una marcha.

Es que usted leyó mis cartas con anteojos de aumento; usted también, como Luis XIV, se creyó el Estado, el pueblo; Bonifacio Martínez, a su vez, se cree también el pueblo, el Estado. Cada circulito, cada personita se arroga la misma pretensión, y gritan: «nos hiere a todos, hiere a todos los pueblos, a todo el pueblo, sólo él queda exceptuado.»

Pero el pueblo oriental se compone de quinientas mil almas. Deduzca usted los menores de edad, sin voluntad ni conciencia. Deduzca usted, si le place, las mujeres, porque no tienen voto, aunque ejercen una influencia muy directa sobre los hombres, sienten y piensan, son capaces de ser convencidas y convencer. A pesar de todas las deducciones, siempre le quedarán cien mil ciudadanos con el ejercicio de los derechos políticos.

Y en estos cien mil ciudadanos, ¿qué es el circulito José P. Ramírez, el circulito Bonifacio Martínez?

De esos cien mil ciudadanos, tiene usted cien, quinientos, mil, los que usted quiera, que se han revuelto en el remolino político de los últimos tiempos, y hecho concesiones a circunstancias y a personalidades. Quedan noventa y nueve mil que se han abstenido, como yo, de hacerlas, que conmigo han «constituido esa fuerza de inercia que tiene su apoyo inamovible en la conciencia de la verdad y del derecho, y su seguro triunfo y completo éxito en la marcha tranquila y segura de la civilización y del pensamiento humano;» palabras mías que usted leyó en 1870.

A la conciencia de esos noventa y nueve mil ciudadanos es que yo me dirijo, y no con la menor esperanza de convencer a usted ni a Bonifacio Martínez, que no serán convencidos sino por los resultados.

Usted me hace un mérito de la paciencia con que he esperado diez años una espontánea reacción de opinión pública, pero me recuerda que nunca hubiera llegado si otros no hubiesen trabajado eficazmente en ella.

Pero, precisamente, ese trabajo de otros es la reacción de opinión que yo esperaba; ¿o pretende usted que yo debía hacer también que la opinión pública reaccionase, que yo fuese todo en mi país, que yo debía pensar y obrar por todos, ser centro, circunferencia y radio de un pensamiento político? Cae usted, sin advertirlo, en las doctrinas y en las tendencias de los partidos personales que hacen del hombre todo y de la idea nada, para quienes un hombre político es carne y hueso, y no corazón y espíritu.

Y puesto que estoy haciendo confesión paladina de mí mismo, debo declarar a usted que he sidó asediado de tentaciones de encarnarme en personalidad política, que rechacé de mi lado en mi oración del huerto, convenciéndome de que si alguna eficacia podrían tener mis fuerzas en bien de mi país, era indispensable que, imitando a Solón, diese mi idea y quitase a mi persona, renunciase a toda ambición, me confundiese en el pueblo anónimo, levantase sobre mí a los demás y pusiese de relieve otras personificaciones y otras encarnaciones de mi idea.

Puesto que es usted, y no yo, el empeñado en el examen de mi vida, observe usted si es cierto que siempre me he excluído, que siempre me he colocado en la línea en donde figuran los obreros y en donde no se encuentran los jefes de partido.

La reacción esperada por mí con paciencia, germen de una semilla antes sembrada, empezó por usted, y éste es su mérito.

Hanla continuado y avanzado otros jóvenes, unidos con usted unos, en pugna con usted otros. También tienen su mérito ellos. Y después de ustedes, y adelante de ustedes, vendrán otros que han de acelerar el paso de la reacción que llevan ustedes ya con cansancio, y que repetirán a usted lo mismo que hoy me dicen: *Nunca llegaríamos al término, si otros no trabajasen más eficazmente en ese sentido.*

A esos últimos, que llegarán a la cumbre de la reacción por usted empezada *ardua sentencia*; a ellos toca decidir cuál de los dos, usted o yo, habremos traído bajado más *eficazmente*. No se haga usted juez y parte. Espere el fallo de los competentes.

Si despojándose de un exceso de amor propio, hasta cierto punto legítimo, hubiese hecho usted estas reflexiones y reconocido que usted no era el pueblo, sino un núcleo político más o menos pequeño, y que los otros núcleos formados en torno de otras individualidades se hallaban en caso idéntico, en vez de parecerle metafísico, me hallaría muy positivo y práctico, en vez de imaginarse que deprimía al partido y al país poniéndolos debajo de mí, hubiera visto que levantaba al país y al partido elevándolos arriba de ustedes.

Pasemos a las apreciaciones de los hechos. Los que concurrieron a las revoluciones de 1853 y 1863 merecieron bien de la patria si fueron llevados por el propósito de restablecer las libertades, poniendo el Poder público en manos de un partido capaz de hacerlas efectivas. Los que concurrieron a esos hechos con el propósito de levantar a un caudillo que debía pisotearlas, fueron criminales.

Entre unos y otros están los que con buena intención, creyendo evitar mayores males, concurrieron a elevar el caudillo con la esperanza de que las respetase.

Usted acepta y proclama la misma división, pero prohija y predica una doctrina que sería la subversión de toda moral, la catequización de toda culpa, la absolución de todo crimen, y es la doctrina de que todos los que concurrieron al mal deben ser reputados bien intencionados y buenos ciudadanos, mientras no se les pruebe la mala intención con que concurrieron.

Para apreciar su doctrina, aplíquela a los blancos, mi estimado doctor Ramírez: todos los que endiosaron a Rosas, todos los que adoraron a Oribe; amparelos bajo el palio de la buena intención, y tendrá usted que cantar la palinodia y declarar que su fundada propaganda contra los blancos es injusta e insensata, porque «en política, la pasión, la ignorancia, el fanatismo, pueden llevar a los hombres mejor intencionados a servir la causa injusta o a enrollarse bajo una bandera ilegítima, y desgraciados los pueblos y los partidos si fuesen juzgados por los preceptos crueles de otro criterio, que sería falso y arbitrario.»

Falso y arbitrario es el criterio de la moral política por usted predicada, que sería la justificación más acabada del Partido *Blanco* y de la mazorca de Juan M. Rosas, a no ser que admita usted dos morales distintas, dos me-

...didas diferentes para medir a los partidos y a los hombres, y sea para usted santo en Roma lo que es diabólico en Cartago.

La doctrina moral que profesan las sociedades y que consagran las leyes de todos los pueblos, es que al autor de un mal se le haga responsable del mal que practicó, mientras no pruebe él, pesando sobre él la carga de la prueba, la intención o la circunstancia que lo constituía inocente. Al que comete una muerte se le mete en la cárcel, y cumple a él probar que la hizo en defensa propia o por un acto involuntario.

Pienso como usted, y lo he manifestado desde el primer momento, que muchos concurren sin intención, o más bien, con intención patriótica, al entronizamiento del caudillo; pero les exijo la prueba de su patriotismo, abandonando el error reconocido, poniendo el hombro a la verdad demostrada, y esto mismo es lo que hemos exigido a los blancos, usted como yo: que condenasen a Oribe, que condenasen a Quinteros, que reconociesen el derecho y la gloria de la Defensa de Montevideo; y es esto lo que jamás quisieron hacer los blancos que persistieron y persisten en cohonestar o excusar esas tradiciones con la misma cantinela que usted: que muchos blancos son gentes muy buenas, incapaces de lastimar un insecto, que el error es natural al hombre y que la pasión ciega, la ignorancia oculta la verdad y el fanatismo saca al más manso de sus casillas.

Y para probar con mi ejemplo que con buena intención concurrí como usted al entronizamiento de caudillos, recuerda usted que en 1853 redacté manifiestos y goberné con ellos.

Pero suprime usted una diferencia muy importante, y es que yo firmé el manifiesto que redacté, y es que formé parte del Gobierno que lo promulgó, y que usted no firmó el manifiesto que redactó a Flores, ni asumía una posición de autoridad al lado del jefe militar de la revolución de 1863.

Mi firma en el manifiesto y mi posición en el Gobierno, decían al país: que mientras yo permaneciese en el Ministerio habían de ser cumplidas religiosamente sus promesas; que el día que se intentase dejar de cumplirlas, yo protestaría, separándome del Gobierno. Era cuanto podía prometer y asegurar, porque el país sabía bien que un hombre solo no disponía de la omnipotencia para impedir todo mal y para realizar todo bien.

Y la seguridad que yo dí al país tuvo indeclinable cumplimiento.

Desafío a usted a que conmemore un solo hecho, durante mi permanencia en ese Gobierno, que no sea de respeto a la libertad del pueblo y a la dignidad del hombre. Y falsea usted la historia cuando afirma « que en 1863 se estaba en la lucha armada y no se había vencido todavía, mientras que en 1853 el movimiento armado había concluido, y el triunfo en el terreno de los hechos estaba asegurado. » Era todo lo contrario: el país entero estaba organizado en armas por el Partido Blanco, la Francia intentaba arrebatarlos con sus cañones la Aduana, toda nuestra renta, y el Brasil avanzaba su ejército sobre nuestra frontera y sus escuadras sobre nuestros puertos. Tan angustiados y tan terribles eran los momentos, que yo tuve que ir personalmente a casa del Ministro Francés para arrancar de allí por el brazo al general Pacheco y Obes, empeñado en convencer a Giró y a Berro, que perdía minutos preciosos en organizar las fuerzas que yo exigía marchasen ese mismo día a campaña para aplastar con un movimiento rápido y audaz la guerra civil, ya en camino, y ahorrar al pueblo la efusión de sangre. Era bajo tales auspicios que yo me

comprometía con el país a salvar todos los derechos mientras permaneciese en el Gobierno.

Interrogue usted a los documentos y a los hombres de la época, si fué cumplida religiosamente la palabra del manifiesto. Lea usted las circulares a los Jefes Políticos prohibiéndoles que se permitiesen atacar la persona, la casa o la correspondencia de ninguna persona del Partido Blanco por motivos de rebelión o de armamento contra el Gobierno provisorio. Pregunte usted al coronel Zipitriá si, tomado con las armas en la mano, no fué puesto ese mismo día en libertad, diciéndosele que si veinte veces fuera tomado prisionero, veinte veces sería puesto en libertad del mismo modo.

¿Qué seguridad tenía ni podía dar al país de que por un solo minuto el general Flores cumpliría el manifiesto que usted redactaba?

Mi manifiesto era una verdad, el suyo era un engaño. Mi manifiesto fué cumplido hasta que caí vencido por la fracción de Flores.

El suyo fué violado desde el primer instante.

El bravo de nuestro amigo don Bonifacio me reprocha haber flaqueado mi ánimo en 1857 después de haber incendiado el de los otros, y haberlos dejado colgados, salvando mi número uno.

Ya he repetido a usted que yo no creo en el poder de un hombre para crear una revolución. El día que yo fuí preso en Montevideo, la revolución no estaba creada. Lo más que podía hacerse era una resistencia de sangre a la arbitrariedad, era una protesta en favor del derecho, como abono e impulso a la revolución que más tarde debía producirse. Hoy creo que semejante protesta de sangre era una imprudencia y una ligereza. Pero entonces no lo creía, y confieso mi error de haberlo intentado. Para ella necesitaba fusiles, pólvora y balas, y pregunte usted a su padre don Juan Ramírez, si es cierto que pedí a él, a don Mateo Martínez, al general Díaz y a otros, 500 patacones a cada uno, para formar un fondo con qué comprarlas, y que el fondo no se formó, y a pesar de ello, pensando en la excitación de mi ánimo que nunca faltan armas al valor, inducía al coronel Tajés a que resistiésemos, cuando él me trajo la noticia de que Manuel Oribe iba a plegarse a nosotros con 400 hombres armados.

No sé si el doctor Martínez hubiera tenido suficiente heroísmo y abnegación de sí mismo para darse un abrazo con Manuel Oribe en las plazas de Montevideo.

Yo no lo tuve, confieso mi pecado; creí que tal alianza forzada nos perdería para siempre, y convencí a mis amigos de que se fueran a sus casas y me dejasen ser *solo víctima*, — fueron palabras textuales, que otros han recordado ahí en mi ausencia y por eso las repito.

Y no eran una hipérbole tales palabras. Yo tenía la conciencia, y usted debe tenerla, de que, al menor tumulto, al menor barullo de los colorados en esa noche, yo sería asesinado en la cárcel, en donde, para probármelo, me pusieron los blancos de guardianes a los conocidos Pozo, Vilaza y Cabrera. ¿Quién podía responder de que en la excitación de los ánimos ninguna pequeña explosión se produjese? ¿Quién no debía temerla? Entretanto, tuve la firmeza de rechazar las instancias para asilarme bajo las banderas extranjeras, de dejar atropellar mi domicilio y violentar mi persona, para constatar el atentado y consagrar la revolución, de poner con perfecta serenidad de espíritu mi cuerpo entre las garras y mi cabeza entre las fauces de la fiera.

Yo me felicito de que haya hombres como don Bonifacio Martínez, capaces de más alto valor y de abnegación más cumplida. Siempre es consolador descubrir en la naturaleza humana el fermento o la intuición de las supremas virtudes.

No sé quién me ha atribuido ahí, habérmele ofrecido para dictador. Debe estar trascordado.

Yo no comprendo la dictadura sino a lo Cincinato, la dictadura del bien y por un momento.

Puede ser que preguntándoseme si habría alguno capaz de tal dictadura, haya respondido: *yo*, refiriéndome a la voluntad y no a la aptitud, y que esta contestación mía sea hoy explotada.

Voy a concluir con dos consideraciones.

Es la primera, que ustedes creen circunscrito el horizonte político de la patria en el Yaguarón y en el Uruguay, y por eso me reprochan haberme abstenido en mis momentos de más trabajo.

Yo he procedido en el convencimiento de que mi país tenía dos enemigos externos más fuertes y terribles que el enemigo interno: la monarquía del Brasil y el partido federal de la Confederación.

Contra la monarquía he sido el primero y el más incansable obrero, y permítame usted jactarme de haberle sublevado la conciencia pública, no sólo en todo el Río de la Plata hoy, sino en el mismo Brasil, en donde los partidos liberales gritan hoy en alta voz contra la política tradicional y personal del emperador.

Contra el partido federal de la Confederación que nos llevó la grande invasión de Manuel Oribe con Rosas, y la invasión de Aparicio con López Jordán, usted sabe si le he hecho algunas heridas.

La segunda consideración es que si « está usted dispuesto a seguir combatiendo por la organización del país sobre la base de la soberanía popular, leal y legítimamente consultada, por radicar las instituciones y hacer una verdad del dogma santo que siempre hemos profesado, aplicado a todas las esferas de la actividad social sin *ceder en los puntos fundamentales de nuestra fe*, » tendrá usted que adelantarse algunos pasos más, para avanzar su línea de combate del terreno en que la ha colocado, que marchar más vigorosamente sobre el enemigo de tan patrióticos propósitos, que arriar la bandera de un excesivo amor propio, aceptando, como yo he aceptado, *el rol de simple figurante en el drama político que se desarrolla, si así es necesario o conveniente, y dejándonos llevar, usted y yo, al resultado por el que mejor personifique ese dogma y esa fe, sin que sea su preponderancia ni la mía el ensueño íntimo y secreto que nos bosqueje con falaces colores el futuro.*

He concluído.

Juan Carlos Gómez.

(El Siglo del 1.º de Octubre de 1872.)

La exclusión en marcha

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

Acababa de remitir a la prensa mi carta de ayer, cuando recibí el número de *Los Debates* del miércoles, que proclama su lista de *Representantes* por el Departamento de Montevideo.

Usted es excluído de esa lista.

Bauzá es uno de los jóvenes de la generación que en estos quince años ha hecho subir algunos grados a la razón pública y operado la transformación social y política de que usted hace el patrimonio de los que no se han hallado ausentes de la patria.

Bauzá me ha dicho, como usted, que ha combatido ahí a la dictadura y a su herencia, al extremo de hacerse cerrar a balazos la imprenta en que tremolaba la bandera de principios de nuestro partido.

Bauzá ha mostrado también inteligencia y energía, espíritu de causa y constancia en la tarea.

¡Y Bauzá lo excluye!

Sus diez años de lucha en la prensa no son admitidos por Bauzá como tradición de la otra juventud, posterior a la de usted, de que él se erige a su vez en patriarca.

Los principios de usted no son reconocidos por él como los del verdadero credo del partido.

Usted es *ayer* para él. La última hora de la verdad es él, y no usted.

Luego, usted debe ser relegado al olvido como miembro inútil de su partido, y llamarse a los que representan más eficazmente lo que él entiende que debe simbolizar la lucha y la solución de Noviembre.

Para la fracción personal que se encaramó en el Poder con la dictadura del general Flores, el génesis de la política comienza en su cacareada *Cruzada Libertadora*. Para usted data desde su brillante oposición a los desmanes de la dictadura. Para Bauzá nace en el Ministerio de Fernando Torres y en su protesta contra la cesión del gobierno de cuatro departamentos al Partido Blanco. Y usted me afirmaba, sin embargo, que todos se hallaban ahí unidos en un común propósito, empeñados en la regeneración del país sin odios, sin rencores, sin prevenciones, sin excluir a nadie de la obra patriótica, y que sólo yo, mi idea, mi tentativa era la manzana de la discordia que los amenazaba con los peligros de la resurrección de una época de prevaricaciones y de horrores.

Parece imposible que en una lista de Diputados por Montevideo no aparezcan los nombres de José María Muñoz, de Fernando Torres, de José Cándido Bustamante, de usted y de otros más jóvenes que usted, que representan tradiciones de nuestro partido en distintas épocas y con distintos caracteres.

Así comprendería yo que estarían ustedes en el terreno de la unión del partido, teniendo en alto la bandera de sus principios y agrupando en derredor de ella todo lo que las diversas fracciones de sus anteriores disidencias habían dejado de utilizable para el bien de la patria.

No esperaba que eso sucediese, a pesar de sus afirmaciones. Los creía a ustedes subdivididos en varios círculos, que echaban suerte sobre la túnica del Poder público.

Pero, francamente, no imaginaba que las escisiones eran tan hondas y las exclusiones tan implacables.

¿Y es así cómo se aprestan ustedes a entrar en lucha con el enemigo tradicional que tienen ustedes al frente en línea de batalla?

¿Y son ustedes los que nos reprochan dividir y excluir a los elementos útiles de nuestro partido?

Antes aseguré a usted que en 1853, lejos de excluir al general Flores, fué mi candidato, y de muchos de mis amigos, para la Presidencia de la República.

En 1857 llamamos a los amigos del general Flores para formar parte de la Comisión presidida por don Joaquín Suárez, que debía dirigir los trabajos y los esfuerzos del partido. En 1863 escribía yo a don José C. Bustamante, — y debo a los amigos que sacaron copias de estas y otras cartas, poder atestiguar ahora la consecuencia de nuestras opiniones, que mi habitual indiferencia por lo que yo escribo, no me hubiera permitido sin eso patentizar con ellas; — le escribía: « el general Flores ha tenido fe en producir el resultado. Lejos de reprochárselo, encuentro que hizo lo que debía... Sólo, sí, que debe aceptar la responsabilidad, por lo mismo que toma la iniciativa... Mi prédica a todos los amigos ha sido que no debíamos coartar en lo más mínimo su dirección, que no debíamos asumir dirección ni iniciativa de ningún género, sino ayudar al general Flores en lo que él creyese conveniente... El general Flores puede ir adelante en su obra, con confianza de que ninguno le negará ni le esquivará su concurso para el triunfo de nuestro partido... Si él no lleva la bandera del partido hasta el Fuerte de Montevideo, suya será la culpa... Pero ¿qué entiende usted, qué entiendo yo, por plantar la bandera del partido en el Fuerte? ¿Es por ventura sentarse el general Flores de Presidente en el sillón de Berro, o hacer sentar en él a Muñoz, a Rivas, a mí? No, amigo. Esto sería la muerte del partido, el triunfo del principio personal, que es el principio del Partido *Blanco*. Sería poner en el poder al Partido *Blanco* con divisa colorada. La obra del general Flores debe ser fundar la *soberanía del pueblo*. »

Y en una carta reciente, cuando ustedes trataban de la paz, que usted no quiso publicar, manifestaba de esta manera la opinión que un amigo me pedía: « La única solución que a mi juicio puede dar la paz, es la *dictadura del partido*. Y esta dictadura no puede existir sino por un Gobierno que, representando todas las fracciones del partido, tenga el concurso y apoyo de todas. Esas fracciones usted las hallaría bien representadas en un Gobierno compuesto de José María Muñoz, que responde a los recuerdos y a las aspiraciones de los viejos y de los nuevos conservadores; de José C. Bustamante, lo más enérgico y sobresaliente de la fracción *florista* y sus adherentes; de Juan M. Martínez, que halaga las tendencias moderadas del centro político a que pertenecemos. »

Ni en 1853, ni en 1857, ni en 1871 hemos excluído a los hombres de la fracción de Flores, ni hemos dejado de prestarle nuestro concurso, a condición de militar con nuestra bandera. Lo único que no hemos aceptado es el rol de *súixos*, pero nos hemos presentado siempre, como los garibaldinos, en dondequiera que pudiéramos ostentar nuestra camiseta colorada y nuestro penacho republicano, seguros de que jamás la razón pública puede imputar a los adalides

de un principio que un Canavarro trafique la causa republicana con Pedro II, o un Julio Favre prosterne la gloria republicana ante un Guillermo I.

Hoy, como meses antes, como años antes, la fracción política a que pertenezco sólo exige que sean consagrados sus principios, y no excluye para este resultado a hombre alguno que venga a sostenerlos, cualesquiera que sean sus antecedentes políticos, porque por el hecho de decidirse a sostener estos principios, abjura los errores que lo indujeron a combatirlos, como he repetido a usted con insistencia.

Resulta que la única posibilidad que hoy existe en el Estado Oriental, de unión del antiguo Partido *Colorado*, está en nuestro centro político, en la fracción política excluída por la dictadura Flores y el gobierno Batlle, y de la cual soy un humilde, pero infatigable obrero.

Respecto del centro que usted ha querido constituir con las nuevas generaciones, el joven Bauzá ha descornado el telón, nos ha mostrado que todo ha sido una alucinación de usted, que se ha estado engañando a sí mismo, y que se va a encontrar con una hueste dispersa y desorientada frente al enemigo tradicional, reconcentrado y organizado, no para buscar su triunfo en las elecciones de Noviembre, que le importan un bledo, sino para esperarlo con seguridad de la disolución que en el seno del Partido *Colorado* van a operar esas elecciones y los elegidos.

¿Qué puede usted aguardar, qué puede prometerse el país, de la mayoría de una Asamblea que no tenga entre sus miembros vínculo alguno de principios, de tradiciones, de ideas y de propósitos?

Piénselo bien, mi querido Ramírez. Ustedes se han incorporado sin bandera a un club, a un centro que, representando otras cosas que ustedes, los absorbía necesariamente, imponiéndoles una abdicación previa, a que ustedes se resignaron so condición de serles permitido echar discursos sobre principios y libertades, como les era permitido a Rochefort y a Gambetta hacer alarde de sus antecedentes democráticos en los salones de Luis Bonaparte. Otro grupo de jóvenes, con Bauzá, se ha resistido a esa abdicación en el centro de ustedes y buscan otro centro en que a su turno se sientan forzados por su propia impotencia a repetir su ejemplo.

Las subdivisiones y las exclusiones continuarán hasta lo infinito, antes y después de las elecciones de Noviembre y de las elecciones de Marzo, y ustedes habrán concluído la obra de la disolución del Partido *Colorado*, iniciada por el elemento personal de nuestro partido en 1846, continuada tenazmente por la persecución de los *conservadores*, y a la cual darán ustedes la última mano con la negación de las tradiciones del partido, que hacen ustedes tácita y silenciosamente, porque no tienen la audacia de la fracción de Flores para hacerla públicamente, temiendo ustedes aún, lo que ella no temía: a la voz íntima del juicio propio, y al fallo más o menos cercano, pero infalible, de la conciencia pública.

Allá me las den todas, repetirán los que no divisan el ascenso de la marea de la razón del pueblo, y los que creen más en el poder de los matrones que junta un caciquillo de departamento, que en la omnipotencia de la opinión convertida en voluntad y acción, cuando pasa de convencimiento a deseo y empeño.

No lo diga usted, porque nada hay que resista una hora a la decisión de un pueblo convencido de una verdad y decidido a hacerla triunfar. Vea usted

lo que acaba de suceder en Lima, en la ciudad de las tapadas y de los maricones, en donde las voluptuosidades del clima y del suelo enervan las fuerzas morales y físicas del hombre; vea usted ese pueblo en un momento de convencimiento y de decisión, cobrar fuerzas atléticas, desenvolver las energías más varoniles, luchar contra poderes titánicos, y alzar con brazo robusto su libertad y su soberanía, hundiendo en el polvo para siempre a sus caudillos militares y a sus partidos personales.

Apóstol de los principios, usted no ha enseñado al pueblo a tentar esas conquistas viriles, usted lo ha inducido a cobijarse en las sombras anónimas de elementos políticos descaracterizados, y en premio recibe usted la recompensa: es usted, a su vez, excluido de toda participación en la dirección política de su patria por una parte de su misma generación, que usted se engreía de representar y que lo reniega, que usted se persuadía de encaminar y que le da la espalda, que usted quería remontar a la cima y lo empuja al abismo.

Consuélese, mi estimado amigo, como los pobres de espíritu del proverbio, con que a otros les ha tocado transitar esa vía crucis de la política en las épocas revolucionarias, no se desaliente por las decepciones, recójase y medite, y acabará por decirse conmigo, como nuestro divino Maestro: nuestro reino no es de este mundo, nuestras personas tienen que inmolarsen en holocausto de nuestras ideas.

Seamos nada, para que la patria sea todo.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 6 de Octubre de 1872.)

La exclusión. — El concurso de todos

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

Usted no se escucha, mi distinguido colega.

Unas veces hace usted de la situación del Estado Oriental un océano de leche y miel, en que no hay más que acercarse a beber a sorbos las felicidades terrenales y las bienaventuranzas del Paraíso.

Pero, *cosa bella e mortal passa, non dura*, y al poco rato la situación oriental es un erial sembrado de dolores y de peligros, en que abre hondos abismos para tragarnos la tierra.

Voy a colocar uno de sus cuadros frente al otro, voy a ponerle frente a usted mismo.

En uno de los cuadros se ve: « que en el transcurso de estos quince años se ha levantado una generación que marca algunos grados de progreso en la escala siempre ascendente de la perfectibilidad humana, y se han operado

en el país transformaciones de todo género, de que mi inteligencia es incapaz de darse cuenta; se ven pasados aquellos tiempos en que un periodista no podía aparecer en el escenario de la prensa sino para fulminar el rayo de la exclusión y del odio, y los partidos tradicionales, con su eterno antagonismo, que reconocen causas justificadas de existir, pueden afrontar ya la lucha en otros términos y en otras condiciones que el odio y la exclusión de otros tiempos; ya los partidos entre sí y las fracciones dentro de los partidos, no pueden lanzarse a la arena sin más bandera y sin más propósito que combatirse y excluirse; ya la historia del pasado no se discute por sistema y por lujo, sino que se opera una transformación gradual que empieza por abatir todas las prepotencias personales, y concluirá por descaracterizar a los partidos, por modificarlos y convertirlos en verdaderos partidos de principios. »

Ya se amarran los perros con longanizas, y ya pasaron aquellos tiempos en que se oían las atroces palabras de tuyo y mío, ya se pueden pronunciar discursos sobre el siglo de oro y escribir romances de la República de Batuecas.

Contemplemos el otro cuadro: « Estamos con el enemigo tradicional al frente, atravesamos una crisis peligrosa, y de ella depende que volvamos a caer en las aberraciones del pasado. No se puede discutir ni política ni historia; aceptar semejante discusión sería trabajar por que la solución de la crisis se produjese en el peor sentido. Hay que sellar los labios y taparse los oídos, porque si semejante prédica pudiera ser escuchada, no transcurriría mucho tiempo sin que se produjesen las escenas del pasado con todos sus horrores y prevaricaciones. »

¡Qué cambio de decoración! Nos vemos transportados del idilio de Don Quijote a una noche de Young.

Cuando se trata de realizar su programa, todo es color de rosa.

Cuando se trata de admitir a examen el mío, todo es negro y fúnebre.

La explicación de esta metempsicosis de la situación oriental a los ojos de usted resalta a primera vista, aun de los miopes.

Adolece usted de un error frecuente en los jóvenes de alta inteligencia que los sucesos políticos ponen en las avanzadas de la línea de combate.

Quieren datar el Génesis desde su aparición en la escena. Nada ha existido antes de ellos.

Son los patriarcas que salvan en el arca de su inteligencia y de su corazón los principios de existencia y regeneración perdidos en el diluvio del pasado desquicio. Todo lo que se ha agrupado y crecido en derredor de ellos es lo único que existe y tiene razón de existir.

Los vestigios de una vida anterior son fósiles antediluvianos, testimonios de una vida imperfecta que sólo pueden admitirse en los museos como demostración de los progresos de la perfectibilidad de los nuevos seres. Por mi parte, no incidí en esa alucinación de la juventud, creí siempre que mis ideas y mis trabajos tenían abuelos; jamás dije al pasado: *cállese*, jamás dije a la discusión: *no me cruce el camino*.

En una situación en que el debate histórico-político puede encender odios, operar exclusiones y originar peligros de caer en prevaricaciones y horrores, su discurso sobre la libertad en el club electoral que usted transcribe íntegro, bellísimo por la idea y por la forma, me hace el mismo efecto que su manifiesto de la revolución de 1863, y le veo el mismo resultado de engaño al país, que no entra, de cierto, en su intención, pero que está en la naturaleza de las cosas.

¿ Quién odia? ¿ quién excluye?

Los que no quieren oír, los que imponen silencio a la razón y mudez al pensamiento.

No somos nosotros, de cierto, que, como ha dicho usted muy bien, reconocemos causas de existir a los mismos elementos políticos que combatimos, que estamos lejos de creer un mal las disidencias de su antagonismo, y conceptuándolas, por el contrario, un bien en política, atribuimos a la benéfica eficacia de la acción de los partidos el progreso de los pueblos.

No somos nosotros, de cierto, que, demasiado *prácticos* en política, creyendo que las fracciones y las personalidades políticas representan en el grado de civilización de cada país algo que no podrían dejar de representar sin perder su fisonomía y su eficacia en la acción, hemos trabajado siempre porque así lo comprendamos, y porque aprendamos a vivir entre esas disidencias, respetando las convicciones ajenas y hasta lo que consideramos los errores y extravíos de otros, porque, de lo contrario, no seríamos capaces de instituciones republicanas y democráticas.

Y esto es lo que me propuse patentizar a usted principalmente en la reseña histórica, cuyos hechos acepta usted como verdaderos y como premisas bien establecidas.

La fracción política a que usted y yo pertenecemos, no odió, no excluyó jamás. Ella dijo a los blancos: venid a la vida de la libertad con vuestras creencias y vuestros propósitos; venid a dejar en el rodar del torrente de las ideas esas asperezas bárbaras de vuestros recuerdos y de vuestras pasiones, y a suavizar y pulir en la corriente de las ideas y de los sentimientos la brutal energía que puede servir al engrandecimiento de la patria.

Ella dijo al elemento personal del Partido *Colorado*: venid a la vida común de nuestra asociación política con vuestras simpatías individuales, con vuestras ambiciones de hombres, con vuestra solidaridad de círculo; venid a dejar en el contacto con otras ideas y otros sentimientos, esa inquieta actividad y esa aspiración desmedida que deben convertirse en poderosos motores de grandeza del pueblo.

La conciencia de lo pasado, formada por la demostración histórica, dice a usted, por el contrario, que la *exclusión* ha sido un sistema invariable tanto en el Partido *Blanco* como en la fracción personal del Partido *Colorado*, que lo excluyó y lo desterró a usted y me permitió el placer de apretarle la mano en el ostracismo.

Los hombres y los partidos políticos conservan eternamente el sello de su origen, su fisonomía de familia, los rasgos característicos de su estirpe, la marca hereditaria en la frente del protagonista de la novela de Walter Scott.

El Partido *Blanco* será siempre *exclusivo*. La fracción personal del Partido *Colorado* *excluirá* siempre que predomine.

Bajo el predominio de uno u otro elemento político, habrá parias en la familia oriental, en todos los ramos de la actividad social. Cuando no sean excluidos por el degüello, por el destierro, por alguna de las torpezas de la arbitrariedad o de la fuerza, lo han de hacer por los mil medios de favorecer a unos y perseguir a otros, con que se deprimen en las esferas del trabajo a la aptitud, a la contracción, a la probidad, y se levantan la nulidad, la indolencia y la falta de escrúpulos. Bajo el predomínio de uno de esos elementos políticos, cuando usted no sea desterrado por sus opiniones, no ha de poder

ganar su vida como abogado, porque al ver hostiles a los Jueces y desatentos a los Escribanos, sus clientes han de huir de su estudio al de cualquiera de los leguleyos bien parados con las influencias predominantes. Y lo que sucederá a usted en su estudio pasará al comerciante en su escritorio y al industrial en su taller. La exclusión de partido descende así de las altas regiones del Gobierno hasta los humildes menesteres de la vida, que convierte en un martirio diario para el bueno y en una senda de flores para el que se aviene a arrancarse del pecho todos los sentimientos de patriotismo y dignidad para inclinarse ante el becerro de oro.

Importa, pues, altamente a la libertad y a la prosperidad de la patria que no vuelva al gobierno un elemento político *excluyente*, a quien jamás faltarán pretextos para excluir, un día la razón de gobierno, otro la razón de partido y otro la razón de la sinrazón, la que daban a usted para desterrarlo, la que usted me da a mí para separarme.

Usted era díscolo, yo soy imprudente.

Algo hemos avanzado, sin embargo. Rosas nos llamaba *salvajes*, Urquiza *demagogos*, Flores *discolos*, ustedes, ahora, *extravagantes*. El idioma se va dulcificando a medida que la razón pública va creciendo y comprendiendo que la verdad y la razón no son las semillas de los odios y de las persecuciones, en cualquier estación y en cualquier terreno en que se siembren, fructificando siempre, aunque sea tardía la cosecha, por no ser siempre propicio el momento o el suelo.

Usted ha aceptado como verdaderas las premisas que yo he sentado. Niégueme que no son lógicas las consecuencias que saco.

Ya demostré a usted, en un anterior artículo, que en el seno de los elementos políticos que combato, los ciudadanos de más grandes cualidades se pierden, y con ello pierde la patria no sólo los bienes que pudieron hacer y no hicieron, sufriendo los males que no debieron hacer y que hicieron, sino hasta la gloria y el brillo que redunda a un pueblo de sus grandes hombres, y los ejemplos y modelos que forman la educación de sus generaciones.

Conforme sube la razón pública, el individuo en la proporción va reduciendo su talla; las grandes cualidades proporcionales van tomando el nivel común, y en la época presente es fuera de cuestión que encontrará menos caracteres y tipos.

¡Cuánto más fácil será que sean anuladas y pervertidas estas cualidades de segundo orden en el seno de un elemento político disolvente de todas las virtudes! Ni usted ni yo resistiríamos, de cierto, su acción, y para no acabar como Gabriel Pereira siendo malos, tendríamos que concluir como Basilio Bustamante siendo momias.

¿Aceptaría usted hacerse cómplice de tal inmolación de un buen ciudadano?

La segunda consecuencia que hoy deduzco, es que sólo en la fracción política en que militamos puede la regeneración de la patria contar con el concurso de todos sus hijos, porque los demás elementos políticos de nuestro país profesan el sistema de la exclusión de los disidentes, y lo han practicado y practicarán siempre en todas las esferas de la actividad social, porque sólo nosotros hemos proclamado *que bajo la bandera de la patria caben todos los orientales*; y siempre que hemos tenido un pedazo de autoridad o de influencia en los acontecimientos, hemos hecho efectiva la proclama.

Me admira que usted y la generación que en torno de usted se ha levan-

tado en estos quince años y hecho subir algunos grados la temperatura en el termómetro del progreso, no se haya dado cuenta de esta diferencia esencial que ha distinguido siempre a las dos fracciones del Partido Colorado.

Y me admiraría más de que, habiéndose dado cuenta de la diferencia, y empeñado, como usted dice que lo está, en buscar el concurso de todos para la obra común, no haya dicho a la fracción *excluyente* de ese concurso: basta de exclusiones, ustedes son los que las hacen, ustedes estorban la unión de todos los elementos contra el enemigo tradicional, y, en vez de hablarle en estos claros términos, sea a nosotros a quien se dirija, a nosotros que jamás hemos excluido, a nosotros que tenemos por sistema buscar el bien con el concurso de todos, y nos diga con un mal humor impertinente: ¡Eh! no vengan a dividirnos, no vengan a encender las pasiones que nos excluyen, los odios que nos eliminan; no vengan a cruzarnos la obra amasada con esos odios y esas pasiones. ¿Qué les importa a ustedes si la obra resulta una Bastilla en que sepultar la libertad del pueblo, en vez de un Capitolio adonde subir los principios en triunfo y cerrar con la mano de la libertad el templo de Jano?

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 6 de Octubre de 1872.)

¿Qué debe hacerse?—Ceñirse a los principios

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

Voy a complacer a usted en parte. Renuncio a continuar las deducciones de los hechos que usted ha reconocido verdaderos y ha admitido como premisas bien establecidas. Mi propósito era patentizar en una serie de artículos:

1.º Que todos los buenos ciudadanos, que son las fuerzas activas y bienhechoras de un pueblo, se pervierten o se anulan en el seno de un elemento político personal, constituyéndose en representantes de ese elemento, convirtiéndose en su personificación, o en términos más precisos, yendo a las Presidencias, a los Ministerios, a las Legislaturas, a los Tribunales, a gobernar con y para ese elemento; y el número de ciudadanos, cuya conciencia o cuya inteligencia es pervertida, o cuya importancia moral es anulada, viene a ser considerable en las proporciones de cada pueblo.

2.º Que los elementos políticos personales son esencialmente excluyentes, y excluyendo todo lo que no se deja pervertir o anular moralmente, reducen las fuerzas con que un pueblo cuenta para hacer su propio Gobierno, su prosperidad, su progreso, al extremo de imposibilitar toda aspiración de engrandecimiento.

3.º Que este aniquilamiento de las fuerzas populares que la exclusión opera,

obliga necesariamente a todo Gobierno de un partido personal a buscar en el concurso extranjero las fuerzas que en el país no tiene, y de ahí la necesidad de esas alianzas y de esas intervenciones que suprimen la soberanía de un pueblo y el gobierno del pueblo por sí mismo, con las deplorables consecuencias que tales alianzas e intervenciones han traído en todas partes, y que me proponía enumerar respecto de nosotros.

4.º Que la eliminación de ese concurso de fuerzas naturales y espontáneas, operada por la exclusión personal, por una parte minora la riqueza pública, y por la otra impone un aumento extraordinario de gastos y desembolsos, por la necesidad de suplir con fuerzas ficticias las naturales eliminadas; y me proponía patentizar a usted con las cifras de esa Contaduría, la enorme suma que en impuestos cobrados y en deudas contraídas, cuesta al país el predominio del elemento personal.

5.º Que siendo imposible a un partido personal o a la fracción personal de un partido político sacar al gobierno de un pueblo de esa huella funesta, en que la naturaleza de las cosas lo obliga a marchar, nuestro país iría fatalmente a la más desastrosa de las ruinas, probablemente a la desaparición total de su autonomía, si por un arranque enérgico de soberanía popular no se salvase a sí propio, llevando al gobierno la representación de los principios y de los intereses populares.

Todo esto pensaba demostrar a usted; pero oigo en el fondo de mi corazón la voz de la conciencia de mi país, que me grita: *lo sé, harto lo sé*, y persuadido de que sobra con haber llamado su atención a tales resultados, que él palpa en todas sus fibras doloridas, me apresuro a abreviar esta discusión y llegar a su término.

Hoy se trata de que el país se dé un gobierno, que no será la última expresión de la legalidad y el derecho, pero que puede ser la expresión del voto público y tener el carácter de verdadera representación de la voluntad del pueblo.

Este carácter bastaría para hacer fecunda en bienes la acción de ese gobierno.

¿Por qué no aprovechar la oportunidad que nos brinda la Providencia?

¿Qué necesitamos para aprovecharla? Nada más que la voluntad decidida de cada ciudadano de cumplir a todo trance su deber, de no arredrarse ante ninguna dificultad para cumplirlo, de no detenerse ante ninguna contemplación, de persuadirse de que cada uno y todos son responsables individual y colectivamente de los males que a la patria sobrevengan.

Los pueblos merecen los gobiernos que tienen, dicen hoy a una voz todos los publicistas, y esta doctrina que es hoy opinión de publicistas, será muy pronto el convencimiento de la humanidad entera.

Muy pronto, y con razón, la humanidad despreciará a los pueblos que se dejen humillar y arruinar por Gobiernos imbéciles e indignos, y los pueblos que aspiren a merecer el respeto y simpatía de los otros, a gozar de crédito y de consideración en el exterior, tienen que empezar por ser dignos de sí mismos en el interior, por saber cumplir sus deberes y mantener sus derechos.

En vez de adular a los pueblos, en vez de lisonjear las susceptibilidades del orgullo local, éste es el lenguaje que un buen ciudadano debe usar para con su país, y el pueblo oriental, que tantas pruebas de virilidad y energía ha dado en su dolorosa historia, sería imperdonable si en una crisis electoral se

mostrase muy abajo de la firmeza de voluntad y del vigor de acción que ha mostrado en una gran crisis revolucionaria el pueblo de Lima, que antes de ahora no figuraba en la historia entre los pueblos varoniles.

Y el pueblo es cada ciudadano en semejantes crisis. Cuando la voluntad de cada ciudadano está resuelta a cumplir el deber, a operar el bien, a no ceder al mal, la acción colectiva popular se produce por sí sola, y no se deja esperar el resultado.

El pueblo oriental se salvará, si quiere, en la próxima crisis electoral de Noviembre y Marzo, formándose cada ciudadano la inquebrantable voluntad de quererlo.

Tener la voluntad, he ahí toda la dificultad del momento.

Hecha la resolución de tenerla, la organización de los medios de acción es obra de pocos días.

La organización de los medios de acción se reduce a que los ciudadanos se reúnan en cada centro de sus respectivos vecindarios a manifestar decididamente esa voluntad que los anima, y a estorbar e impedir que ella sea coartada, o que su expresión sea adulterada por falsas manifestaciones de tropes y tumultos.

Cada sección de Juzgado de Paz, cada parroquia, cada pueblo o villa de campaña sea el centro en que sus verdaderos vecinos se reúnan, impidiendo que vengan a perturbar la libre expresión de su voluntad esos grupos turbulentos que acuden a hacer presión sobre los ánimos, cuando sienten que su preponderancia se les escapa de entre las manos.

Esos centros de sección, de parroquia, de pueblo o villa, deben limitarse a nombrar delegados en corto número, que vayan a reunirse en un centro común y a armonizar allí las aspiraciones de cada sección, para constituir con todas la gran fuerza electoral que resuelva el problema de la soberanía.

En el centro común, en esta convención de partido, como llaman los norteamericanos, no deben ser admitidos más que los delegados de las secciones o parroquias, villas o pueblos, no debe permitirse ni tolerarse que vengan esas turbas sueltas, mandadas por los circulitos políticos, a desnaturalizar los actos sencillos y solemnes de la verificación de la soberanía con falsas explosiones de entusiasmo, con mentidos estrépitos de popularidad, con todas esas prácticas viciosas con que han falseado el sistema representativo los ambiciosos vulgares y los partidos personales.

Los delegados de las secciones o parroquias, pueblos o villas, con una discusión y votación tranquilas, declararán la verdadera voluntad de todas las fracciones del partido político que representarán ellos, y entonces esa declaración puede ser llevada a los clubs y centros de entusiasmo.

Estos son los procedimientos que enseñan los principios del sistema representativo republicano, estas son las prácticas de que nos dan ejemplo los pueblos libres, estos son los únicos medios que conducen a realizar la verdad de la soberanía del pueblo, y allí donde todos los ciudadanos se cifien a estos principios, se ajustan a estas prácticas y ponen en ejecución estos medios, allí la soberanía del pueblo es un hecho, la libertad y la justicia son una verdad, no hay caudillos que despoticen ni círculos que preponderen.

Pero ¿qué voluntad deben expresar los ciudadanos de nuestro partido político, qué voluntad popular les cumple declarar en el centro común del partido? Ésta es la cuestión de que ustedes huyen, mi querido Ramírez, y a la

qual es forzoso que se acerquen. ¿Cuál es la solución definitiva de la crisis por que están ustedes pasando?

La elección de Presidente. ¿No es cierto?

El candidato a la Presidencia de la República, he ahí el verdadero problema que les presenta la esfinge de la situación, y de que usted no se ha atrevido a ser el Edipo.

Un Presidente blanco sería la guerra civil en veinticuatro horas. Un Presidente que significase las tradiciones y los intereses del elemento personal del Partido Colorado sería la desmoralización de la conciencia pública y desorganización del país en todas las esferas de la actividad social y progreso del pueblo.

La reparación del pasado, la estabilidad del presente y el desenvolvimiento del futuro en el Estado Oriental, reclaman un Presidente que sea la expresión genuina y consecuente de los principios del Partido Colorado, de sus legítimas y nobles aspiraciones, de la alta moralidad del pueblo oriental, de la conciencia recta del país y de la dignidad de cada ciudadano, y el pueblo no puede abandonar a una mayoría de Diputados de una Asamblea Legislativa la designación arbitraria y caprichosa de un ciudadano, para responder a tan vastas aspiraciones de su alma.

Ningún pueblo libre abandona a los electores del primer magistrado la designación del ciudadano que debe ser elegido.

En los Estados Unidos, tanto para la elección de un Presidente, como para la elección de cada Gobernador de Estado, la designación del primer magistrado es hecha por el sufragio popular de cada partido, y los electores que deben nombrarlo aceptan de antemano el compromiso de darle su voto, o más bien dicho, son nombrados esos electores precisamente porque han revelado de antemano su voto, porque han contraído de antemano el compromiso político.

Estas son las prácticas que se ajustan a los principios del sistema republicano representativo, y en donde ellas se observan, son una verdad sus instituciones.

Adoptémoslas nosotros una vez por todas: que los delegados de cada sección del partido político a que pertenecemos designen el candidato a la Presidencia de la República, que debe ser el símbolo de nuestro partido en el Poder, y designen los Representantes o electores que hayan contraído o quieran contraer el compromiso de darle su voto.

Dos resultados prácticos nos daría la adopción de estos procedimientos.

El primero sería la unión de nuestro partido político, porque haciendo del candidato a la Presidencia la bandera del partido, quedarían suprimidas de hecho las designaciones de sus diversas fracciones, y las individualidades hoy resistentes podrían, sin mortificación del amor propio, agruparse en torno de esa bandera, porque el reconocimiento o acatamiento de los principios jamás puede humillar ni lastimar a los hombres de corazón honrado y de sincero patriotismo.

El segundo resultado sería la educación en las prácticas de la libertad, que no volvería jamás a desviarse del precedente establecido por estas elecciones.

Mucho temo que se prefiera escamotear la voluntad popular, silenciando ahora toda candidatura, escondiendo como los piratas la bandera, hablando sólo de Representantes a la Asamblea, como si estos Representantes no fueran

los electores del Presidente, y esperando sacar a última hora, debajo de algún cubilete de circulillo, algún Lorenzo Batlle.

Y lo temo tanto más, cuanto que veo a los jóvenes de alta inteligencia como usted, envueltos en esas huestes que marchan entre las tinieblas a un término invisible, que los *baqueanos* del partido personal conocen, y al cual se encaminan guiados por los ruidos del suelo y los effluvios del aire, que el inexperto oído y el inacostumbrado olfato de los que no han transitado por sus malezas, ni siquiera sospechan.

No ha sido mi intención dar a usted una lección política en las cartas que voy a concluir con la siguiente, ni querer imponerle una línea de conducta, ni un abandono de propósito. Reconozco su perfecto derecho, y si usted me permite la palabra, la perfecta *soberanía de su individuo* para pensar y obrar cuando y como quiera y se lo aconsejen los dictados de su mente y de su corazón, para creer y proclamar que yo estoy equivocado y usted no, que usted marcha por buen rumbo al puerto y que yo voy a naufragar en los escollos de las tempestades y de las vorágines.

Pero a mi turno reconózcame usted también el mismo perfecto derecho para pensar y decir lo que pienso sobre la situación de mi patria, sobre lo que entiendo deben hacer mis conciudadanos, sobre el derrotero por el cual su inteligencia arrastra a algunos en política, y en el cual creo yo descubrir que no advierte usted las corrientes que abaten la marcha de la nave y pueden estrellarla contra las rocas de una costa inhospitalaria.

Dejando de lado nuestras recíprocas susceptibilidades y pasando la esponja sobre los alfilerazos del debate, felicitémonos de que se haya podido mantener una discusión, juzgando sucesos y hombres contemporáneos, sin descender a los lodazales de la injuria, ni siquiera bajar los escalones de la cortesía; que hayan llegado para nosotros aquellos tiempos de rara felicidad que contemplaba Tácito, en que era lícito pensar como se quería y decir lo que se pensaba, porque la luz de la libertad encendida por Cristo había alumbrado las saturnales de los Tiberios y de los Claudios, de las tiranías feroces y de los despotismos asquerosos.

A usted el honor de ser uno de los que han alimentado el fuego sagrado que hace irradiar esa luz en lo íntimo del corazón del hombre y del alma del pueblo.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 8 de Octubre de 1872.)

Candidato para Presidente.— Don José María Muñoz

Señor doctor don José Pedro Ramírez.

Me asegura usted, en una de sus cartas, que estoy propuesto Representante, es decir, elector de Presidente de la República, por el Departamento de Maldonado.

¿Quién me ha propuesto? Probablemente usted, que asume así el rol de un caudillo de localidad, incurriendo en los mismos vicios del sistema personal, que tan rudamente ha azotado usted en sus filípicas.

En 1853 no consentimos al general Flores que dictase al pueblo candidatos. Nos reunimos en el teatro San Felipe dos mil ciudadanos, protestamos contra la imposición personal al partido, votamos nuestros candidatos, nos aprestamos a luchar contra todas las influencias oficiales y el círculo político de un hombre, lo forzamos a renunciar su pretensión y salvamos el principio popular comprometido.

Soy consecuente conmigo mismo.

No puedo hacerme cómplice con la aceptación de la candidatura por usted recomendada quizás a algún satrapita de campaña, del escamoteo de la libertad del sufragio de un número cualquiera de mis conciudadanos; no debo permitir que oyendo a usted llamarme maestro, se crea que aprendió usted en mi escuela a conciliar las prácticas personales con los principios populares, de todo punto incompatibles e irreconciliables.

Pero si un centro cualquiera de mis compatriotas y correligionarios políticos creyese que mis antecedentes y mis convicciones responden a las esperanzas que en la composición de una Asamblea abriguen, antes que me propongan al sufragio del pueblo tienen derecho a contar con la seguridad de mi actitud en esa Asamblea, y tengo el deber de declarar de antemano, sin reserva mental alguna, con absoluta franqueza y perfecta lealtad, la inapeable resolución de mi voto.

La menor reticencia, la menor ambigüedad en los candidatos para electores del Presidente de la República es, a mi juicio, en tan solemnes momentos, un acto de verdadera traición a la santa expectativa del pueblo, un cálculo pérfido y egoísta con que se engañaría al país, adormeciéndolo en una confianza a que no se abandonaría si temiese un doloroso desengaño.

La política que arroja la muleta en el Vaticano es indigna de los dogmas de la República, en donde el pueblo debe caminar a la luz clara del día, por las anchas vías de la publicidad y de la opinión, viendo y palpando los obstáculos que se oponen y derribar le cumplen.

La tartufería jamás será un rasgo de la fisonomía del *ciudadano*, ella sentará bien a las fracciones palaciegas del *súbdito* o del *vasallo*; pero sería un afeite indecoroso en el rostro abierto, franco y rudo de la libertad con que cada verdadero ciudadano debe jactarse, como Dantón, de estar dotado por la Providencia.

Con esta convicción cumplo el más imperioso deber declarando a mis com-

patriotas que en la situación actual de mi país no veo a otro ciudadano que represente de una manera tan evidente y absoluta los principios del gobierno popular y los antecedentes políticos del Partido Colorado, como el doctor don José María Muñoz.

Es para mí la personificación más genuina de la inmortal Defensa de Montevideo, no sólo en sus glorias militares y cívicas, sino también en sus grandes ideas de libertad y de democracia, que hicieron de esa hermosa tradición un hecho impersonal, patrimonio de todos y ninguno, monumento impercedero del pueblo.

Es para mí la encarnación perfecta de la lucha contra todas las prepotencias personales, contra todas las desviaciones de los principios, contra todas las indignidades del egoísmo y contra todos los atentados de la fuerza al derecho.

Es para mí la probidad en el Gobierno, la integridad en la Administración, la verdad en la ley y la conciencia en la política.

Es para mí el poder de la opinión en el Gobierno, la fuerza inmovible del concurso de todos, sin opresión de los antagonismos naturales, la firmeza de la convicción sólida con el reposo sereno del Hércules, sin las convulsiones nerviosas de la energía febril de las ambiciones impacientes y desautorizadas.

Es para mí la inteligencia seria y práctica que sabe lo que quiere, que sabe adónde va, y que ha medido a palmo en la dolorosa prueba de la revolución las asperezas del camino señalado a nuestra patria por el cielo.

Por eso, si un número de mis compatriotas me eligiese su Representante, elector del Presidente de la República, no daría mi voto por otro ciudadano que don José María Muñoz.

Espero que revele usted su candidato, mi estimado doctor Ramírez, que lo declare al país, y ese candidato me hará conocer la verdadera bandera que usted tremola en su apostolado, y cuyos colores aparecen muy indefinidos a mis ojos, o porque están muy destefidos, o porque los años han nublado ya demasiado mi vista.

Y sobre ese punto le reconozco el derecho de decirme, como sobre otros: hablaré o callaré como me plazca, soy el juez de las oportunidades de mis ideas.

No, no es usted el juez de la oportunidad, porque no es usted el autor de la crisis electoral en que se halla el país al borde del abismo.

La oportunidad de la elección de un Presidente, de la designación de un candidato la han creado los sucesos sin usted y tal vez a pesar de usted.

Y dada esa oportunidad, hecha la situación, hablar es el deber, callarse es retraerse de su cumplimiento.

Y los deberes no son apreciaciones metafísicas, sino nociones obvias, patentes a todos y de que todos somos jueces.

No se trata de callar, como Traseas, retirándose del Senado envuelto en su túnica y en su silencio, al oír la moción de santificar al parricida Nerón. Se trata de confesar la fe, como el apóstol, cuando si tenía delante las fieras del circo, sonaban en sus oídos los ecos de las arpas del cielo, confortándolo en la obra de la redención del género humano.

Llegan a sus oídos los ecos de las esperanzas del pueblo para templar su espíritu en ese circo electoral, en que no rugen las fieras y apenas silban las alimañas despavoridas de los partidos personales; oye usted condenar y maldecir a los Nerones, puede usted tomar la iniciativa de la moción, consagrar el nombre de sus veneraciones, pronunciar el sacramental *! ecce homo !*

¿Qué consideración excusaría a usted de embozarse en la túnica del silencio?

En vez de esa actitud en que, hablando a usted con mi habitual franqueza, no vería sino un acto de deslealtad al país, confío en que usted, por el contrario, con el vigor de su talento, con la vehemencia de su propaganda, forzará a los tartufos embozados a arrancarse la careta y a descubrir al pueblo sus secretos designios y el funesto resultado a que encaminan sus trabajos.

Cuando otras candidaturas se hayan levantado en oposición a la que yo conceptúo expresión de la voluntad consciente de mi país, única a la cual he declarado prestaría mi voto, me reservo el derecho de examinarlas y discutir las si mi conciencia me dice que debo hacerlo, y me reservo también el derecho de llamar la atención de mi país cada vez que yo crea comprometido un interés o un derecho suyo y me persuada de que puedo contribuir a que él se precava del daño.

Por ahora, suceda lo que sucediere, yo he cumplido mi deber.

Cumpla cada uno el suyo según su conciencia.

El porvenir dirá quiénes habrán sido sinceros, quiénes habrán ajustado la acción al convencimiento, quiénes tendrán razón de complacerse en la satisfacción de sí propios, de reclamar la recompensa que no decretan los Poderes oficiales y sólo alcanzan los que la han merecido: el título de hombre de bien y de buen ciudadano.

Hago alto en toda la línea.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 10 de Octubre de 1872.)

Al doctor José P. Ramírez

Señor doctor don José P. Ramírez.

Esperaba su flecha del Partho.

En vano había descubierto a usted el flanco.

Abrí los brazos y le presenté sin guardia el pecho.

Ahora me da usted ocasión de cerrarlo en ellos en un abrazo, que, si le arrebatara su punto de apoyo, no será el de Anteo, sino del que cierra a su corazón el hermano que intenta alejarse.

Usted escribió antes de recibir mi última carta, y debe aguardar sus comentarios de ella, para evidenciarle en mi resumen y epílogo que, si vamos al mismo rumbo por líneas paralelas, no caminamos por la misma línea, y que navegando usted con el solo cálculo de las latitudes, sin tener en cuenta las longitudes, puede sucederle lo del marino, que creyendo haber doblado el Cabo

de Hornos, se encontró de vuelta en el mismo puerto de partida, habiendo perdido su tiempo y su trabajo y afrontado sin provecho los huracanes del polo.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 15 de Octubre de 1872.)

Mi alegato de bien probado

Señor doctor don José P. Ramírez.

I

Tengo una ventaja sobre usted, y es no necesitar meditar lo que escribo porque cuando las convicciones, por la acción de los años, se han convertido en partes de nosotros mismos, en elementos constitutivos de nuestro ser, depurando el alma de falaces ambiciones, de pasiones de actualidad y de insidiosos prestigios de sí mismo, — interés o gloria, — es uno siempre lógico por la razón de ser siempre sincero.

Escribo a usted al dictado, al correr de la pluma del joven que tiene a bien servirme de secretario, dejando caer en el papel los pensamientos como vienen, y confiando tal vez más de lo que me debía en la buena fe de los que me leen, pues no se me ocurre, al escribir, que puedan leerme con la argucia y no con la conciencia, y descubrir en mis palabras un concepto contrario o diverso del formulado por mi mente. Pero así son las cosas de este mundo; el día en que todos seamos perfectamente sinceros, las luchas, las discusiones, las controversias quedarán reducidas a una expresión mínima y estaremos a dos pasos de la armonía del género humano.

Todas las cartas que a usted me he permitido dirigir encierran una síntesis, que representa a la situación presente de nuestro país, el problema que cumple a los deberes del pueblo en masa, y de cada ciudadano individualmente, resolver una vez por todas.

Tradiciones del pasado, principios de todos los tiempos, bandera de actualidad: he ahí mi síntesis.

Está usted de acuerdo en proclamar como las buenas tradiciones de nuestro partido político las que yo reivindico para su honor y engrandecimiento, y en rechazar como malas tradiciones, que degradarían y anularían la acción política de nuestro partido, las que yo condeno.

Está usted de acuerdo con los principios que, en mi opinión, debieron y deberán guiar a nuestro partido, y sólo fueron la nota y el desiderátum de una de sus fracciones, conculcados sin pudor por la otra.

Está usted de acuerdo con que la candidatura que propongo a nuestros conciudadanos para la Presidencia de la República representa, personifica, encarna esos principios, citando usted, en testimonio de su convicción a este respecto, sus opiniones anteriormente expresadas.

¡Usted piensa como yo, usted quiere lo mismo que yo, y sin embargo no nos entendemos!

II

Veamos nuestros prospectos y examinemos sus diferencias.

Copia usted mis palabras para probar dos cosas: que estamos en la misma línea; que estoy en contradicción conmigo mismo concluyendo por aconsejar lo mismo que usted ha estado haciendo y que yo le reprochaba.

«Hoy como meses antes, como años antes, la fracción política a que pertenezco, — decía yo, — sólo exige que sean consagrados sus principios, y no excluye para ese resultado a hombre alguno que venga a sostenerlos, cualesquiera que sean sus *antecedentes políticos*, porque por el hecho de decidirse a sostener esos principios, abjura los errores que le indujeron a combatirlos.»

«¿Qué otra cosa he sostenido yo? — me contesta usted. — ¿No está ahí el programa político electoral consagrando los principios de la fracción política a que usted se refiere? Y si los ciudadanos de todas las fracciones políticas del partido lo *suscriben*, como lo han *suscrito*, ¿no estamos en el caso previsto por usted?»

He aquí ya nuestra primera diferencia.

Usted entiende que basta firmar un pedazo de papel que se lleve el viento, o en que se pueda borrar con el codo lo que se traza con la mano, y yo opino que los *programas de papel* son palabras, palabras, y nada más que palabras, como decía Hámlet, y que la solución política de la actualidad, entre nosotros, es cuestión de ser o no ser: *to be or not to be*.

Y la experiencia del valor de las firmas del elemento personal de nuestro partido en programas de papel escrito, está hecha hasta el cansancio, y es imperdonable en hombres políticos serios volver a incurrir en las candideces de la inexperiencia.

Tan bueno como su programa electoral fué su manifiesto al general Flores, y tan bueno como el suyo fué mi manifiesto al Gobierno provisorio de 1853. No faltaron las firmas de los que después hicieron pedazos esos programas, de los que antes, como ahora, aceptan como bueno todo medio conducente a sus fines, y contraen por la mañana la obligación que niegan a la tarde.

Su programa escrito no importa, de consiguiente, otra cosa que facilitar a su enemigo político la emboscada en que deben caer sus amigos con armas y estandartes.

La abjuración que yo les exijo del error pasado, lejos de exponer o de comprometer el resultado, lo asegura.

Mi programa no es una hoja leve de papel llena de signos más o menos cabalísticos, de jeroglíficos más o menos indescifrables, de palabras más o menos sujetas a interpretaciones o contrasentidos.

Mi programa es un hombre, un alma, un conjunto de ideas y de sentimientos, puestos en evidencia por una vida de cincuenta años, convertida en poder público por el voto libre de los ciudadanos, por un acto solemne de soberanía del pueblo.

Los que pongan su firma a este programa saben de antemano que no queda a su arbitrio borrarla cuando quieran.

Los que den su voto a ese candidato, los que lo nombren Presidente de la República, saben desde ahora que el programa se va a convertir en ley, en autoridad, en fuerza que va a obligar a todos a su cumplimiento.

¡Es nada la diferencia entre su programa y el mío! La que va de la palabra a un hecho, la que hay entre una tentativa engañosa y una realidad indestructible.

Con el programa de una candidatura, ¿con qué derecho, con qué razón, con qué pretexto excluirá usted al Ministro de Flores don José C. Bustamante o al Ministro de Batlle don Fernando Torres?

La adhesión de esos señores a la candidatura Muñoz importaría decir en alta voz al país: «reconocemos la excelencia de las buenas tradiciones y de los verdaderos principios, podemos habernos desviado de unas y otros por error de juicio, pero en prueba de que no hemos traicionado la conciencia, de que no hemos prevaricado en el ejercicio del Poder público, venimos a esforzarnos por elegir el Presidente y constituir el Gobierno que con más energía y rectitud ha de hacer efectivas nuestras responsabilidades.»

¿Negaría usted a Torres o a Bustamante el derecho de ser responsabilizados por sus actos como Ministros de Flores o Batlle?

¿O pretenderá usted sustituir la responsabilidad ante la ley y ante la opinión por la *responsabilidad ante el Club Libertad*, en que ustedes, por sí y ante sí, se erijan en jueces infalibles de Administraciones y reputaciones?

Ve usted, y si usted no lo ve lo verán otros, que yo estoy en la mayor severidad de los principios, que yo no prejuzgo como hombre, con la exclusión de Bustamante o Torres, el fallo sobre los actos de los Ministros de Flores o de Batlle, que podría tocarme la ocasión de pronunciar como Representante del pueblo.

Ve usted, o verán otros, que en la mayor rigidez de los principios, el club político no puede hacer efectiva otra responsabilidad, con la exclusión, que la del compromiso político de sostener la bandera que consagra sus tradiciones y radica los principios que garantizan la libertad de todos por la responsabilidad de todos.

Yo soy consecuente conmigo mismo, porque me remonto arriba de las personalidades a la región serena de las ideas, adonde no llegan los tiros sin alcance de los pigmeos resentimientos de los liliputienses políticos.

Allí los hombres desaparecen de mi vista con sus intereses de pulpería, sus rencorcitos de aldea, sus envidias cretinas y sus pasioncitas de jeme y medio.

Allí no veo más que el grande interés del pueblo, las grandes pasiones de la verdad y del bien, los grandes sentimientos del amor patrio que abren los brazos a todas las individualidades, prontos a lavar todo error, a perdonar toda culpa y hasta ser misericordiosos con el delito.

Usted, por el contrario, lleva su inconsecuencia hasta reprocharme que yo no excluya a Bustamante, con quien está usted de manos dadas en el *Club Libertad*, no sólo sin haber abjurado sus errores políticos, sino, por el contrario, haciendo alarde y mérito de ellos, y proponiéndose levantar estatuas al caudillo en cuyo pedestal fija como cartel de zarzuela el programa con usted firmado.

¡Es nada la diferencia! En mi plan político, Bustamante o Torres, nom-

brando Presidente a Muñoz, se separan totalmente del elemento personal, abdicando su personalidad, desaparecen como hombres para resucitar como ciudadanos.

En el plan de usted, ellos vienen a traer a su programa el prestigio de su nombre, vienen a multiplicar por sí mismos su individualidad, elevándola así a potencia, y como un hombre puede poner debajo de su planta un pedazo de papel estrujado entre sus manos en la irritación de la primera contrariedad, el programa habrá desaparecido y quedará de pie el hombre.

Y ya que tocamos este punto, permítame usted un poco de filosofía de la política, aunque no sea más que como distracción de la aridez del debate. Para mí, la individualidad es sagrada, es un elemento constitutivo de la sociedad, esencial del orden, que no podría ser eliminado sin faltar una columna al templo y amenazarlo de derrumbe.

El romanismo, con su máxima de que la salud del pueblo es la suprema ley, suprimiendo el individuo, puso el cimiento de todas las tiranías.

La divisa de las armas inglesas: *Dios y mi derecho*, que consagra la soberanía del individuo en presencia de la soberanía del pueblo, como entidades coexistentes, concurrentes e inviolables, ha fundado la libertad moderna, erigiéndola inexpugnable alcázar en la gran República del Norte de la América.

Como todo principio que se exagera y se extravía, la individualidad nos ha dado en política el rey, el tirano, el caudillo, el gobierno personal en sus múltiples manifestaciones.

Colocada en su centro la individualidad, *en el derecho*, como la ha colocado la divisa británica, ella es fecunda en grandeza y en virtudes. Colóqueme usted a José C. Bustamante o a Fernando Torres sobre el cimiento sólo del cumplimiento de todos sus deberes y del ejercicio de todos sus derechos de ciudadanos, en donde yo me esfuerzo por colocarlos, en vez de juzgarlos por clubs políticos o por artículos de periódicos.

Lo probable sería que ellos mismos se excluyesen del elemento político que hiciese efectivas sus responsabilidades, si en efecto las tienen, como usted afirma, por otra causa que el error o el extravío político. Dejemos a ellos pronunciar su propio fallo, no nos anticipemos a la justicia de su propia conciencia exponiéndonos a ser injustos con antiguos compañeros que tal vez pudiesen acreditar inculpabilidad en los errores, exageración en los cargos: cosa de que usted y yo, como abogados y como hombres de mundo, hemos visto demasiados ejemplos, creyendo en muchos delitos que nos han demostrado otras tantas inocencias.

III

Persistiendo en su falaz programa y huyendo de darle cuerpo y ser a una candidatura cualquiera que yo le he invitado a declarar con franqueza, no encontrando usted tacha que oponer a la mía, cuyos méritos se hace usted un título de haber reconocido antes que yo, me hace usted un argumento que no está a la altura de su carácter y de su inteligencia. «Estoy muy lejos de creer, — dice usted, y así lo creo por estimación de mí país y de mí mismo, — que no existan otros ciudadanos en la República dignos de la primera magistratura y capaces de responder a las exigencias del patriotismo y de las necesidades de la situación.»

Permítame usted decirle que hay en este argumento una adulación indigna de la vulgaridad, una explotación desleal de las susceptibilidades de las medianías, un recurso de la mala ley a que apela la sinrazón en la agonía.

Yo, que no adulo al pueblo y tengo el coraje de decir las más dolorosas verdades a los partidos y a los hombres, porque Dios no ha puesto pelos en mi lengua, ni miedos en mi corazón, ni cálculos de egoísmo en mi cabeza, yo sostengo que no dice usted la verdad; sostengo que no hay en la República más ni tan digno de la primera magistratura, porque se reúnen en él condiciones de inteligencia y de experiencia, de probidad y de prudencia, de energía y de moderación que no se encuentran a la vuelta de cada esquina; porque las exigencias del patriotismo no han de encontrar otro ciudadano que represente con más verdad la gloria, la grandeza y la dignidad de la patria; porque la situación en vano buscará con la linterna de Diógenes por todos los ámbitos de la República el ciudadano que mejor personifique en el gobierno los principios del gobierno popular y mejor represente la moralidad, la rectitud y las virtudes del pueblo.

Y si hay otros, ¿por qué no los nombra usted, por qué me calla sus nombres? Soy cartilla vieja de mi país. Conozco sus hombres públicos uno por uno, y he declarado a usted que entraré con la vista alta a discutir los actos y las personas de los candidatos que se me nombren.

Pronuncie los nombres, y veremos cuál de ellos queda de pie en la liza a que los provocho.

No son propias de hombres serios y patriotas esas frases huecas con que se pretende hacer comulgar al país con las ruedas de carreta de que poseen un ejército de Jerjes de candidatos.

La última situación de Italia no tuvo más que un Cavour, la última situación de Alemania más que un Bismarck, la última situación de Francia no tuvo uno solo digno de la primera magistratura, y el pueblo francés, en las supremas convulsiones del infortunio, se vió forzado a ir a desenterrar a Thiers entre las ruinas del pasado, levantando la lápida bajo la cual yacía la política de la monarquía de Julio, sobre la cual se alzaba la columna Vendôme del bonapartismo.

Los hombres de Estado son *rara avis* en todas partes del mundo. Hay muchos pueblos que ninguno cuentan en su historia. En otros aparecen de siglo en siglo. Los más felices tienen uno en cada período decisivo de su existencia, y usted quiere persuadirnos de que somos un pueblo más grande que los Estados Unidos, que la Inglaterra, que la Alemania y que la Francia, puesto que en un período decisivo de nuestra existencia podemos traer al mercado de la política los hombres de Estado por cargueros para escoger como entre peras.

Cuénteselo a alguno de esos creyentes que se quedan con la boca abierta a una palabra retumbante, a una sonora frase.

IV

Combate usted lo que yo entiendo deber de lealtad para con el país: contraer el previo compromiso del voto, argumentándome con que se trata de elegir legisladores capaces y no electores ciegos.

Pero los candidatos de la primera magistratura de un pueblo no son im-

provisaciones de última hora, no brotan del suelo de la noche a la mañana al influjo de un rayo de sol o de una gota de lluvia, como ciertas plantas y ciertos organismos.

Un candidato es una entidad política que viene elaborándose largamente por una serie de coincidencias, de concordancias y de armonías entre la vida de un pueblo y la vida de un hombre.

La conciencia de un pueblo no necesita de intermediarios para saber cuál es el ciudadano entre cuya vida y la suya existen esas armonías y esas concordancias.

Los más capaces entre los ciudadanos para representar a un pueblo serán siempre los que descubran y comprendan esas relaciones entre el pueblo y el ciudadano, que hace de éste un candidato porque hará de su gobierno el gobierno del pueblo por sí mismo.

Lejos de ser un inconveniente, es una garantía más que tiene el pueblo de las aptitudes de sus Representantes, esa declaración previa de su candidato, garantía de que comprenden los intereses populares, garantía de que estiman y aprecian las cualidades necesarias de un buen gobierno.

Esto está en su conciencia, mi estimado doctor Ramírez. Yo me atrevo a afirmar, sin temor de ser desmentido por el porvenir, a cuyo fallo apelo, que los ciudadanos más inteligentes y más honrados, los más aptos para Representantes y legisladores, serán los que menos dificultad tendrán en declarar al país su candidato y contraer el compromiso de su voto antes de ser propuestos al sufragio.

Si hubiera el peligro que usted teme, de ser electores y Representantes indignos, ¿cree usted que los pueblos libres de la tierra, allí donde ha llegado la verdad del sistema representativo, hubieran concluido por adoptar en definitiva esta práctica electoral como la que mejor garante la verdad de la soberanía del pueblo?

¿No sostiene usted la conveniencia de reformar el sistema electoral de nuestra Constitución para llegar a la misma práctica? ¿Qué necesidad tenemos de la reforma si podemos sin ella ponerla en ejecución, si nadie puede entender que usted y yo violáramos la Constitución manifestando previamente al país las convicciones que nos animan, nuestras apreciaciones y nuestros juicios? ¿Qué necesidad tenemos de la reforma, si podemos sin ella y sin violar la ley, hacer que en realidad sea el pueblo el verdadero elector de su Presidente, el que en realidad constituya sus Poderes públicos por una acción más directa y más eficaz de su soberanía que la del falso sistema de las camarillas electorales?

No, lejos de oponerse, los buenos principios y las buenas prácticas del sistema representativo aconsejan la exigencia del compromiso previo del voto de cada Representante elector, a que ninguna ley vigente se opona tácita ni expresamente.

V

Guárdeme Dios de forzar a nadie a hacer lo que no quiera, y no ha sido ni es mi ánimo imponer a usted el cumplimiento de deberes políticos que no quiere usted cumplir, porque no quiere. Su negativa a cumplirlos no importa que ellos no sean deberes, y su teoría de la *conciencia juez del deber*, que acepto en toda la plenitud, aunque no le reconozca tanto, me hace apelar a su conciencia de hoy para ante su conciencia de mañana.

Por lo que a mí hace, no me preocupa la victoria o la derrota. Yo sé bien que el triunfo o la caída de las opiniones depende, no de su evidencia o de su absurdidad, sino de la conformidad o de la oposición que hay entre ellas y el estado de los espíritus.

Y esto que sé ahora, lo sabía antes cuando era actor en política y luchaba contra los mismos enemigos y contra los mismos principios, cuando sabía de antemano que, en vez de triunfos y de palmas, iba a tener derrotas y espinas.

Mi trabajo, antes como ahora, era sobre esos espíritus cuyo estado, por la conformidad o la oposición a la verdad, le alza altares o le cava sepulcros.

Toda mi vida ha sido consagrada a alimentar en los corazones el fuego sagrado de la adoración de toda virtud, de todo lo grande, de todo lo digno, de todo lo bello, convencido de que la semilla arrojada a manos llenas en suelo fecundo de sentimientos generosos, ha de producir un día opima cosecha.

Entre usted y yo, en nuestro debate, hay esta otra diferencia: mi tarea se aplica a formar la conciencia pública, a producir la convicción en el pueblo, a despertar su voluntad, a templar su alma, a empeñarlo en que se alce grande, digno, libre. Su tarea de usted es triunfar, en las próximas elecciones, de los blancos, y si es posible también, triunfar del elemento personal colorado.

Si usted creyese poder triunfar de ambos, se pondría en mi misma línea; pero usted no tiene fe, y se encastilla en una utopía: en la *unión del partido*.

Sabe usted, como yo, que los elementos populares y los elementos personales son absolutamente irreconciliables. Uno u otro tiene que abdicar en la fusión que se intenta de ambos.

Nuestra lucha de 1853 a 1863 ha sido porque la fracción de principios no quiso abdicar y se esforzó por disolver a la fracción personal como elemento político, salvando los individuos.

Usted ha sostenido con insistencia que su actitud de hoy es la misma nuestra de tiempos anteriores.

Pero la actitud del elemento personal prueba a usted lo contrario: siempre se abstuvo o siempre nos excluyó, temiendo hasta nuestro contacto.

La actitud de ese mismo elemento de manos dadas y partiendo migas con usted en un club político, prueba a usted que no procedimos del mismo modo.

La unión del partido, como usted la entiende y como usted la practica, es una utopía. O viene la lucha en el seno del partido, o una de las dos fracciones abdica.

Usted me responde que, por su parte, no abdicará, no cederá en el capítulo de los principios fundamentales. En tal caso, apréstese, distinguido colega, a sostener el campo, que va a ser asaltado por los malones de los sucesores civilizados de la pampa.

Usted cree haber mantenido el palenque, y no ha hecho más que perder terreno.

¿Con qué fuerzas cuenta usted para la lucha en el seno del partido si usted no abdica y sobreviene, porque tengo de cierto que el elemento personal no ha de suicidarse?

Los antiguos conservadores han sido por usted relegados por intransigentes. La emigración de Buenos Aires, toda de colorados, con una excepción de una docena de blancos, de colorados con su foja de servicios cada uno, con sus títulos al aprecio público y al recuerdo de sus conciudadanos, de colorados

que, como se verá por el último censo, son algunos miles, con publicistas y juriconsultos notables, con militares distinguidísimos, con industriales laboriosos y activos; esta emigración que, si no convenía que tomase iniciativa en los sucesos, debe ser contada como un concurso político importante, como lo fué la emigración francesa, como lo fué la emigración argentina, ha sido despreciada y relegada por usted al rincón del epigrama.

Tentó usted edificar sobre la base de las generaciones nuevas y formar el *partido de la juventud*; pero huyendo usted de arrojar a desatar las ligaduras de los Prometeos del pasado, o acostarse con ellos sobre la roca para sostener su protesta contra la fuerza y arrojar el guante de desafío a las prepotencias en nombre de las generaciones del porvenir, no podía ser usted el Prometeo que llamase a los jóvenes corazones a acompañarlo en la obra titánica.

Yo no voy a sufrir desengaños. Si el estado del espíritu en mi país no está a la altura del esfuerzo de voluntad que los sucesos le exigen para asentar las instituciones sobre la base de la verdad en el presente, replegaré tranquilamente mi tienda y seguiré laborando mi campo.

Usted puede sufrirlos, porque ha esperado por la habilidad de una combinación un resultado inmediato que dé un Gobierno al gusto de su paladar, que puede no ser el paladar del pueblo. No teme usted que sea elegido un *bribón*; pero Lorenzo Batlle no era un *bribón*; comenzó a gobernar con usted, y muy de acuerdo con ustedes; y terminó por tener a usted como su más implacable adversario.

¡Guay! ¡no hagan ustedes del estimado amigo don Tomás Gomensoro un segundo Lorenzo Batlle!

Esta polémica no tiene objeto, y le pongo punto con algunas palabras a la juventud que usted, por su parte, Bauzá, por la otra, y Carlos María Ramírez, a su vez, quieren constituir en elemento político aparte, sin más tradición, sin más ley, sin más razón de ser que el no haber vivido bastante para haber apurado la copa de amargura.

Permítame decirle a la juventud que, si ella entiende que los pocos años son un título para la preponderancia política en los destinos de la patria, llame a los *crudos imberbes* de todos los ámbitos de la República a formar la falange a quien debe pertenecer la túnica del pueblo.

Permítame decirle que, si por el contrario, ella entiende por juventud el culto de las ideas adelantadas y de los sentimientos generosos, se guarde bien de renegar a los viejos perpetuamente jóvenes, que habiendo desterrado de su corazón todos los egoísmos y nutridolo de todas las abnegaciones, tienen en el alma la primavera eterna de la isla de Calipso.

Permítame decirle que las ideas cambian con los tiempos, que otras han de suceder a las nuestras, y lo que importa no es tanto la verdad de las ideas predicadas, cuanto la conciencia, la sinceridad, la constancia de los predicadores; que amen las ideas de la época en que les toque vivir y consagren a su defensa el alma y el cuerpo, sin contaminarse con la bajeza de transacciones impuestas por Poderes no regulados por la justicia, y si la suerte les asigna la miseria, el destierro o la muerte precoz, las amen muriendo, o, lo que es peor, las amen viviendo en el destierro o la miseria; que sus palabras expresen la ley de su vida y que su vida sea el testimonio de sus palabras, y así, a su turno, cuando hayan desaparecido de su frente los crespos cabellos que huyen aprisa,

ostentando las canas venerables, podrán repetir a su turno a las nuevas generaciones: nosotros también sentimos todos los nobles entusiasmos, nosotros también somos capaces de todos vuestros sacrificios, nosotros también somos jóvenes.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 18 de Octubre de 1872.)

LA GUERRA DEL PARAGUAY

Polémica con el general Mitre

El doctor Juan Carlos Gómez y el general Mitre

Querido Héctor:

La guerra a un tirano es para mí santa siempre, sin preguntar la razón de ella.

Por eso he simpatizado con la que Buenos Aires ha hecho a López, sintiendo que una funesta alianza haya esterilizado sus sacrificios.

No tengo, pues, inconveniente para asociarme a toda manifestación en honor de los que han combatido a la tiranía dejando a los hombres de Estado la responsabilidad de haber adulterado la lucha, y acepto y agradezco la distinción con que me han honrado mis hermanos menores de la prensa.

Su viejo amigo

Juan Carlos Gómez.

Diciembre 9 de 1869.

(EL SIGLO del 14 de Diciembre de 1869.)

Contestación del doctor Gómez

Señor don Bartolomé Mitre.

Mi querido amigo:

Su carta me ha entristecido.

Las palabras que cambiamos ayer me hicieron esperar, o una demostración luminosa, como usted sabe hacerlas, de lo que deben el honor, la paz, la libertad, el porvenir de los Estados del Plata a la alianza brasileña, o una confesión digna de un hombre de Estado, de altura, de haber padecido un error, cuyas consecuencias se forzaría usted en reparar con todas sus fuerzas.

En su carta ha desaparecido el hombre de Estado, que debe a su país toda la sinceridad de su conciencia de los sucesos, y sólo se descubre al polemista hábil de la prensa, que escapa de una dificultad por la tangente de una declamación sonora, para embotar al pensamiento con la entonación embelesadora de la frase.

Desciende usted a los soldados brasileños, cuyos merecimientos no he menoscabado, y filosofa usted sobre la política de las guerras de redención, que no he encomiado; protestándonos que acepta usted una responsabilidad que no está en su mano declinar, porque las responsabilidades no son el efecto de nuestra voluntad, sino de un poder superior a nuestro libre albedrío.

¿Qué tiene que ver el comportamiento militar de los brasileños con el acto político de la alianza de los Gobiernos?

El soldado brasileño se ha batido bizarramente, el pueblo brasileño ha conquistado la palma del sacrificio y del heroísmo. Los pueblos y los soldados han cumplido una noble misión combatiendo a un tirano.

Estamos de acuerdo.

¿Por ventura la alianza de los Gobiernos dió el sentimiento del honor a los pueblos y el aliento varonil a los soldados?

¿La alianza creó, acaso, de la nada pueblos y ejércitos, con tradiciones de gloria, de patriotismo, de abnegación y de energía?

No; todo eso existía, todo eso ha sido explotado por la alianza, y todo eso ha sido esterilizado, frustrado, derrochado en pura pérdida.

«Te he comprado un palacio y me reprochas mi administración,» podría alegar a su pupilo un tutor que le hubiese despilfarrado una fortuna con qué comprar diez palacios.

La tiranía del Paraguay era un hecho monstruoso, que importaba que desapareciese de la faz de la tierra.

Dios, la Providencia, el destino, la filosofía de la revolución, la lógica de los hechos, como quieran decirlo, había encargado al pueblo del Río de la Plata (argentinos y orientales) la ejecución de esa obra. No preverlo era ser miope.

Está bien que los pueblos no se metan a redentores ni se erijan en qui-jotes; pero no por eso escapan a su misión de redentores, y, muchas veces, ni aun al rol de qui-jotes, que los acontecimientos les imponen.

Los Gobiernos, o directores de los pueblos, cumplen con su deber con no provocar los acontecimientos, con no lanzar a los pueblos en las aventuras; pero faltan a su deber cuando mantienen a los pueblos desprevenidos, expuestos a los peligros, inconscientes de sí mismos e inútiles para la realización de su cometido providencial, que siempre es la realización de su propio bien.

Los Gobiernos del Río de la Plata ni sospecharon la misión de estos pueblos en el Paraguay, ni soñaron jamás que un día tendrían que estrellar sus legiones contra los bosques abatidos de Curupaití.

Un día lo sorprendieron los sucesos cayendo las hordas de López sobre la Provincia de Corrientes como llovidas de las nubes.

Un día se vió nuestro pueblo a brazos con la tiranía secular del Paraguay, centro y resumen de todos los elementos reaccionarios de estos países.

La Providencia nos llamaba al cumplimiento de nuestra misión, mandándonos poner de pie, embrazar la égida de la libertad y empuñar el hacha de la revolución.

¡Qué momentos para un hombre de Estado como Lincoln o como Bismarck, con la intuición del porvenir, el convencimiento de las fuerzas a su disposición y la firmeza para arrostrar la derrota del momento y forzar a la victoria!

Usted tendió la vista en derredor suyo, se encontró sin poder material inmediato, recordó su reciente pasado, no creyó en el poder moral del pueblo del 8 de Noviembre, y se echó en brazos de la alianza, para no verse reducido a entregar las llaves de la ciudad de Reconquista al ridículo sátrapa de Humaitá.

Los proveedores y los mercachifles le baten palmas. Según ellos, era imposible resistir a López con nuestros solos elementos, hubiéramos sido vencidos y arruinados, mientras hoy nadamos en oro y vamos a ceñir el laurel del triunfo a la sien de nuestros bravos.

Pero la polvareda de los intereses y de los egoísmos de actualidad va a ser disipada pronto por la razón pública y el criterio de la política y de la historia, y espero ver en tortura su brillante inteligencia para justificarse y justificar a los que con usted han hecho y sostienen a la alianza, de los siguientes cargos:

1.º La alianza ha reducido a los pueblos del Plata a un rol secundario, de meros auxiliares de la acción de la monarquía brasileña.

2.º Principal actor en la lucha, la monarquía brasileña ha hecho su obra, y no la nuestra; deja establecida su conveniencia, y suprimida la nuestra, en el Paraguay.

3.º No pudiendo esquivar la misión providencial, que nos está impuesta, a pesar nuestro, tenemos que recomenzar los sacrificios y los esfuerzos, respecto del Paraguay, más tarde o más temprano.

4.º Hemos adulterado la lucha en el Paraguay; la hemos convertido, de guerra a un tirano, en guerra a un pueblo; hemos dado al enemigo una noble bandera para el combate, le hemos engendrado espíritu de causa, le hemos creado una gloria imperecedera, que se levantará siempre contra nosotros y nos herirá con los filos que le hemos labrado.

5.º Hemos perpetrado el martirio de un pueblo, que en presencia de la dominación extranjera, simbolizada por la monarquía brasileña, y no de la revolución que hubiera simbolizado sola la República de los Pueblos del Plata, se ha dejado exterminar, hombre por hombre, mujer por mujer, niño por niño,

como se dejan exterminar los pueblos varoniles que defienden su independencia y sus hogares.

6.º La alianza acabará, pero el pueblo paraguayo no se acabará, y la defensa heroica del Paraguay ha de ser allí la gran bandera de un gran partido, que ha de predominar, como lo ha sido la defensa de la Rusia y de la España contra Napoleón, a pesar de los zares y de los Fernando VII, y entre nosotros la Defensa de Montevideo y de Buenos Aires, a pesar de pesares.

Quando tales sucesos o tales debates vengan, no sé qué pensará o qué contestará usted.

Ahora quizá me responda usted: ¡allá me las den todas! *Après moi, le déluge!*

Seré siempre su leal amigo.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 15 de Diciembre de 1869.)

Señor don Bartolomé Mitre.

Puesto que estamos discutiendo uno de los hechos más considerables de la vida de los pueblos del Plata con el interés y con la intención de evitarles sus malas consecuencias y alcanzarles los mejores resultados posibles, suprimamos del debate su alta y mi pobre individualidad, definiendo, una vez por todas, nuestras respectivas posiciones.

Usted me culpa de no haber sido algo, de no haber hecho algo, y haberme ocupado en condenar durante diez y ocho años las grandes obras que usted ha realizado. Responderé a usted con nuestro malogrado Balcarce:

*« ¡ Oh patria, si nada tu gloria me debe,
Jamás su destino del hombre pendió;
Yo he sido una gota del agua que llueve,
Perdida de noche, que el polvo bebió! »*

En diez y ocho años de la tormenta política que ha sucedido a la caída de Rosas, he hecho algo más que Sieyès en la Revolución Francesa: he sufrido. Hoy sufro su injusticia.

Me ha faltado ambición, lo reconozco. Yo sé cómo se sube en estos países a los puestos oficiales, sé cómo se agarra el Poder.

Basta halagar todas las inmoralidades, hacerse el centro, la garantía y la esperanza de todos los que aspiran a una posición personal, erigirse en jefe de un partido personal y servirse de las ideas y de los principios para la decoración del escenario, para dorar la píldora a los pueblos y hacerles tragar en Francia los Bonaparte del 2 de Diciembre, y en el Plata a los Urquiza y los Flores. El corazón es, mi querido amigo, lo que hace pesado el cuerpo del hombre político; arrancádoselo del pecho, se va uno a las nubes como un globo aerostático.

¿No quiere usted reconocerme que no he querido una dictadura Flores en el Estado Oriental? ¿Que no he tenido bastante resolución para envilecerme hasta ser el instrumento del Brasil, el aliado de Manuel Oribe y el corruptor de mi patria? ¿Prefiere usted creer que mi posición política es la obra de mi nulidad, de mi cobardía o de mi pereza? Tal vez tenga usted razón: ¡es tan difícil conocerse a sí mismo!

Por lo que hace a usted, ¡cuán ingrato es usted en condenar mi política, que lo ha hecho a usted grande hombre, no lo digo con ironía; usted es el hijo mimado de la política de la Providencia.

Ha hecho usted todo lo posible para perderse y anularse. La Providencia lo ha tomado de la mano en cada caída y lo ha levantado a mayor altura.

Vicente Fidel López da a la Confederación Argentina su actual organización. Usted la combate con todas sus fuerzas en las memorables sesiones de Junio. La obra de Vicente Fidel López prevalece y se establece con la derrota de usted en Cepeda. López está expatriado, anulado en Montevideo, con toda su alta inteligencia y su previsión política, y usted es llevado a la Presidencia de la República por la obra de López, que usted combatió, y después de ser vencido por ella.

No todos mis vaticinios han resultado falsos. Después de la derrota de Cepeda, yo escribía al Brasil que usted sería el Gobernador de Buenos Aires y el Presidente de la República. La profecía era un poco aventurada, entonces, y sin embargo se cumplió al pie de la letra.

La resistencia al acuerdo de San Nicolás no fué la obra de su iniciativa. Usted fué desterrado por ella como uno de tantos.

La revolución de Setiembre se hace sin su concurso, triunfa sin usted, y lo llama del destierro para dar a usted el puesto más importante, más brillante, más decisivo, el del general Lafayette: jefe de la Guardia Nacional de Buenos Aires.

¿No agradece usted a la política de la Providencia que hacía sin usted su camino?

¿Condené yo la resistencia al acuerdo de San Nicolás, la revolución de Setiembre, su elevación por la Guardia Nacional?

¿No concurrí a todos esos hechos con mi humilde grano de arena?

Es usted injusto.

Sobreviene la reacción, y usted, Ministro de Estado, declara que la defensa es imposible, que no hay más que entregarse y pasar bajo las horcas caudinas de la mazorca. El pueblo se pone de pie contra su opinión y a pesar de su desfallecimiento, y se conquista la gloria de la Defensa de Buenos Aires.

No es usted el Melchor Pacheco de la Defensa, abandona este rol a don Lorenzo Torres, y la política de la Providencia hunde en el polvo a Torres y lo pone a usted de relieve para el porvenir de la patria, por fortuna.

¿Condené yo la Defensa de Buenos Aires? No es fundado su reproche.

Luchamos contra Urquiza hasta Cepeda, usted en su espectral, yo en mi obscura misión; usted fué derrotado, y digo usted, porque no lo fué nuestro ejército, según sus propios partes, y la historia dirá un día, perdóneme la osadía de creerlo, que, si en vez de retirarse a San Nicolás, avanza usted audazmente con su infantería al Rosario, nos hubiéramos ahorrado a Pavón.

Se hizo en Buenos Aires una conspiración contra usted, contra su porvenir, contra todo lo que usted representaba, y en favor de Urquiza, que se con-

virtió en el pacto de Noviembre. Esta es la única grande obra que yo condené y condenaré siempre, y usted, su primera víctima entonces, la aceptó y realizó luego aclamando a Urquiza como el hombre más espectable de la República y subiéndolo a la Gobernación de Buenos Aires.

Permítame recordarle que yo me regocijé de la reacción del espíritu público y batí palmas a su triunfo de Pavón, su más grande obra, que hubiera sido muy grande, siempre a mi pobre juicio, si usted, en vez de detener la victoria popular haciéndola retroceder a los pactos de Noviembre, la hubiese impulsado hasta la convocación de un Congreso Constituyente.

Esta es una opinión que me permitirá usted abrigar, y que no importa condenar su obra, sino pensar que pudo deberle más el pueblo.

Su política no nos dió, pues, ni a Cepeda, ni al pacto de Noviembre, ni la espectabilidad de Urquiza, que hicieron a usted Gobernador de Buenos Aires: fué la política de la Providencia, a que se muestra usted tan desagradecido.

Y fué la política de la Providencia quien indujo a Derqui a rechazar los Diputados de Buenos Aires, que habían ido sumisamente en cumplimiento de los pactos de Noviembre que no fueron su obra, sin lo cual no hubiera sido usted el vencedor de Pavón.

Y permítame una opinión más, por respeto al derecho de opinar, aunque sea erróneamente, que fué la política de la Providencia quien hizo asustar a Urquiza en Pavón y tomar las de Villadiego, a pesar de haberse retirado usted a San Nicolás con su infantería vencedora, como en Cepeda, y que merced a la política de la Providencia, vino usted necesaria y fatalmente a la Presidencia de la República para llevar a cima:

1.º La organización dada a la República por don Vicente Fidel López con el acuerdo de San Nicolás.

2.º Los pactos de Noviembre hechos por los enemigos de usted para anularlo y anular con usted al partido que lo ha contado siempre con orgullo.

3.º La alianza brasileña y la destrucción del Paraguay, que pasaremos a discutir.

De todo esto concluyo yo, — acaso es vanidad, — que la política de la Providencia no ha encontrado en mí un instrumento dócil o hábil para sus fines, sino un Satán rebelde, que se ha permitido querer ajustar sus acciones a convicciones y propósitos indeclinables, mientras que en usted ha encontrado un hombre siempre dispuesto a servir sus altos designios, cualquiera que fuera la vía por donde lo condujese a sus fines.

Y hablando a un hombre de su altura, creería innecesario concluir con una salvedad, si no nos oyesen otros, que se regocijarían de todo lo que pareciera que lo empujara. Es también mi convicción, — y me hago un deber en declararla en alta voz, — que usted no ha obedecido a móviles mezquinos de ambición egoísta en las inconsecuencias de su vida pública, y que si a pesar de usted mismo, los sucesos lo han alzado a la dirección de la marcha de la República, es porque se reunían en usted grandes antecedentes, grandes cualidades, y es usted capaz de grandes sacrificios cuando se los exija el pueblo.

Usted ha pensado que el hombre público debe ceder a los errores y los extravíos de su país, y acompañarlo en ellos, para sacar el mejor partido. En Francia, juraría usted el derecho del Imperio de Luis Napoleón, como Thiers, como Favre, como Pelletán, como Gambetta, para tomar un asiento en las Cámaras imperiales en que combatirlo, habiendo empezado por rendirle vasallaje. Usted

no hizo el acuerdo de San Nicolás, el pacto de Noviembre, ni otras cosas malas.

El pueblo, su mayoría extraviada, la sustenta; usted tributa a esa mayoría pleito homenaje, y suprime su convicción y se abandona a la corriente de los acontecimientos que lo lleve a donde vaya. Tal vez usted, Thiers, Favre, Pelletán, Gambetta tienen razón. Tal vez son unos insensatos Mazzini, Hugo, Ledrú-Rollín. Así, al menos es uno siempre actor en política: bajo güelfos y gibelinos no hay abstención posible, no se peregrina como Dante y no se muere en el destierro como Bolívar, que en el terremoto de Caracas tuvo la osadía de resistir a la Providencia. Así siempre se cae del potro como Mazzepa, ciñéndose una corona.

II

Entro a la discusión de la Alianza protestándole que, habiéndole hecho a usted justicia, y convencido de que me la da usted también, no volveré a hablar de nuestras individualidades, aunque rocen las susceptibilidades de mi alma sus palabras.

Me hace usted una confesión importante, y es que solos, sin la Alianza, hubiéramos triunfado del mismo modo en el Paraguay, aunque con mayores sacrificios de sangre y de dinero.

Yo iba más lejos. Aunque hubiéramos empezado por ser derrotados, debimos batirnos por nuestra cuenta y riesgo.

En materia de honor nacional, la cuestión de sangre y de dinero es lo de menos.

El tiranuelo del Paraguay dió un bofetón a la República asaltando a la Provincia de Corrientes y a los vapores de la República.

Si al general Mitre se hubiera atrevido alguien a darle un bofetón, ¿hubiera llamado a alguien para que lo ayudase a lavar la afrenta?

¿Hay dos leyes del honor: una para los hombres y otra para los pueblos?

Al hombre se le impone dar toda su sangre por vindicar el ultraje y al pueblo se le predica que ahorre su sangre, y lo que es más indigno, que ahorre sus pesos, que gaste lo menos posible en mantener su honor, que economice su plata y su vida, porque al fin la fama pasa y el provecho queda en casa.

Con la política de redención o de conveniencias, hubiera comprendido la alianza. Si el Gobierno Argentino, escandalizado de la tiranía del Paraguay, se hubiera decidido a ponerle fin y tratase de provocar la guerra, comprendo que, tratándose del bien de un tercero o de reportar un lucro, hubiera invitado a los otros pueblos a ayudarlo en la empresa o a asociarse en las ganancias y pérdidas.

Así se explica la alianza de la Francia y de la Inglaterra contra la Rusia. La Rusia no había afrentado a la Francia ni a la Inglaterra.

Estas naciones quisieron contener la prepotencia del autócrata del Norte y le llevaron la guerra.

Pero, en una cuestión de honor, buscar o aceptar siquiera la alianza, es, ante las leyes de la dignidad humana, un acto desdorado.

La primera acusación a los autores y sostenedores de la Alianza, es haber desdorado la dignidad y la grandeza de la patria, haber deslustrado ese pabe-

Hón azul y blanco que nuestros padres levantaron a tamaña elevación en las guerras de la independencia y del Brasil.

Admitiendo por un instante que hayamos estado igualmente representados en la Alianza, y que la mitad de las victorias nos pertenezcan, habremos conseguido un semitriunfo, una semireparación, una semigloria.

¿Y es esta grandeza a medias el legado que dejan al porvenir los descendientes de Belgrano, de San Martín y de Lavalleja?

Sólo los pueblos enervados, que han perdido la estimación de sí propios, pueden conformarse con estas medianerías, y el general Mitre no desconoce que hay todavía en el pueblo del Plata ese aliento varonil que, con algunos sacrificios, hacía innecesaria la Alianza para alcanzar la victoria.

Pero no es cierto que hubiéramos precisado mayores esfuerzos y mayores sacrificios. Por el contrario, la Alianza nos ha impuesto más que los que nos hubiera exigido la guerra. El general Mitre no asienta la verdad cuando tal afirmación se permite. Su palabra no es el Corán, y las pruebas no le dan razón.

Cuando López nos trajo la guerra, invadió con todas sus fuerzas disponibles la Provincia de Corrientes y el Estado Oriental. Los elementos argentinos y orientales bastaron para contener la invasión. El ejército brasileño no contaba entonces como fuerza, porque el Brasil no tenía ejército. Fueron los pueblos del Plata los que pusieron a raya la marcha del tiranuelo, rindieron a uno de sus ejércitos y obligaron a repasar el Paraná al otro.

Y los pueblos del Plata no habían puesto en acción ni la décima parte de su poder. Con un poco de actividad y de energía teníamos numeroso ejército y escuadra en poco tiempo.

Repasado el Paraná por López, tiempo de sobra teníamos para organizar el triunfo.

Me anticipo a la objeción. El tiranuelo del Paraguay tenía un auxiliar en Urquiza, en los federales de Corrientes y Entre Ríos.

Esos auxiliares no se movieron, ni hubieran podido moverse, desde que nuestro ejército de línea y nuestra Guardia Nacional ocupasen el Entre Ríos. Con esas solas fuerzas dominábamos la situación interna desde el primer momento, como fué dominada en efecto, porque la ayuda brasileña era entonces nula, y no hubiera impedido a Urquiza y los federales pronunciarse.

Además, el general Mitre sabe bien, como hombre político, que no es un grano de anís sublevarse contra la patria y contra un Gobierno establecido, sin ejército regular y base establecida de recursos.

El general Urquiza nunca se hubiera pronunciado en favor de López sin la previa derrota de nuestro ejército, y nuestro ejército no podía ser vencido en Corrientes por el paraguayo, como lo declara el general Mitre.

Entretanto, si algún peligro remoto de traición existía de nuestro lado, mayor peligro de defección existía del lado de López. La prueba es que él fusiló a Robles, el general en jefe de su ejército invasor. Y el peligro era mayor, insisto, porque es noble abandonar la causa de un tirano por aspirar a la libertad de su patria, y las malas causas están siempre preñadas de deserciones, mientras que es difícil traicionar la causa del honor y la libertad de la patria en obsequio a un espantoso déspota.

Rechazada la invasión de Corrientes, y repasado el Paraná por el ejército

de López, con los solos elementos de los pueblos del Plata, como sucedió, con tiempo para organizar la victoria, ¿qué sacrificios teníamos que hacer en territorio paraguayo, pues los hechos en territorio argentino fueron insignificantes?

En primer lugar, podíamos optar entre invadir y no invadir desde luego el territorio paraguayo, pues el general Mitre sabe bien que la invasión no es indispensable siempre para el triunfo, de un pueblo contra otro.

La Alianza no nos dejaba elección, nos ataba a su carro, nos imponía la invasión, nos conviniere o no.

¿Puede el general Mitre asegurar que no hubiéramos triunfado sin invadir? ¿Puede afirmar a la historia que los elementos capitaneados por Robles, Barrios, los hermanos del mismo tiranuelo, todos fusilados por él, no hubieran atacado su retaguardia más tarde, y dejádonos abiertas las puertas de la entrada?

Se repite mucho que los paraguayos habían abdicado todos su razón ante la personalidad de López, y estaban resueltos a morir por él de fidelidad o de miedo. Yo no lo creo. El mundo tuvo pueblos más bárbaros, más atrasados que el paraguayo, y no encuentro el ejemplo de ese fanatismo al miedo o al hombre. Y el Paraguay contaba una minoría inteligente y resuelta, que se personificaba en Barrios, Robles, Benigno López, etc. Ese fanatismo hasta el martirio es incompatible con tal minoría, y sin ella, jamás, y sin excepción, es el resultado de otra cosa que de un sentimiento o de una pasión por algo que se liga con la comunidad del pueblo, religión, independencia, etc.

El fanatismo que ha precipitado a los paraguayos a morir en los acorazados brasileños, y a fugar de Buenos Aires, en donde rebotaban de bienestar, en busca de las miserias y peligros de los ejércitos de su tirano, dígame lo que se quiera y declámeselo hasta lo infinito, hallará siempre en el corazón de los hombres y en la historia psicológica de la humanidad, otra explicación que el miedo o el servilismo.

¿Hubieran opuesto a los pueblos del Plata los paraguayos, hermanos de raza, de familia, de antecedentes y hasta de esperanzas, la misma desesperada resistencia que a la alianza brasileña?

Todo nos responde que no. El furor de los paraguayos durante la lucha, su gran encarnizamiento se ha manifestado en todas ocasiones contra los brasileños. El general Mitre, como historiador, debe de haber aprendido en los libros y en el corazón humano que « la raza es una de las fuentes principales que contribuyen a producir ese estado moral elementario; que lo que se llama la « raza son esas disposiciones innatas y hereditarias que el hombre trae consigo « a la vida y generalmente están unidas a diferencias marcadas en el temperamento y en la estructura del cuerpo; que la raza es la primera y la más rica « fuente de esas facultades dominantes de que derivan los acontecimientos históricos, y se ve, desde luego, que si ella es poderosa, es porque no es una « simple fuente, sino una especie de lago, un profundo *réservoir* en donde las « otras fuentes han venido a amontonar sus aguas durante una multitud de « siglos. »

Con las palabras de uno de sus colegas, de la más moderna escuela histórica, tal vez dejemos convencido al historiador Mitre de que la raza da la explicación del fanatismo desesperado de los paraguayos en presencia de las legiones brasileñas. Como oriental, sin reputarme bárbaro, yo siento en mi corazón que hubiera muerto como un paraguayo en una invasión del Brasil al Estado en que vi la luz.

Pero, admito que los pueblos del Plata opusieran el mismo fanatismo de las muchedumbres paraguayas. No teníamos para qué estrellarnos contra él. En la guerra contra el tirano del Paraguay, el tiempo estaba en nuestro favor; nos fortalecía y nos enriquecía, y empobrecía y debilitaba al tirano. Sin la Alianza teníamos la libertad de esperar la ocasión de la victoria.

No es cierto, pues, que nos hubiera costado mayores sacrificios la guerra sin la Alianza. Por el contrario, muy pocos habría demandado el triunfo.

Y recojo aquí una rectificación del general Mitre:

«La cronología de mi Providencia andaba un poco atrasada. Cuando el Paraguay declaró de hecho la guerra a la República Argentina, ya estaba en guerra con el Brasil.»

Gracias por el recuerdo.

La guerra al Brasil no la hacía el Paraguay por culpa nuestra, no éramos responsables de ella, ningún deber de honor, ninguna responsabilidad de decoro nacional nos obligaba a hacernos los campeones del Brasil en esa guerra, ni sus sostenedores siquiera.

Estábamos desligados de todo compromiso y de todo miramiento.

¿Qué más queríamos?

El Paraguay estaba en guerra con el Brasil; tanto más débiles eran las fuerzas que podía oponernos, tanto mayores eran las seguridades para nosotros de la victoria.

Nos provocaba el tiranuelo del Paraguay, con un insulto, a una guerra en circunstancias y condiciones tan desfavorables para él; tanto peor para el tirano.

¿Por qué desperdiciamos las ventajas que esas circunstancias y condiciones nos garantían?

Y ahora es mi turno de hacer una acusación grave al general Mitre, con sus propias palabras y doctrinas. ¿Tienen los Gobiernos el derecho de *renunciar a las ventajas* que las circunstancias brindan a los pueblos? ¿Tienen el derecho de meterse a quijotes y lanzarse a las vicisitudes y aventuras de una alianza, cuando sin ella tendrían todos los beneficios de la alianza y ninguno de sus perjuicios?

No aprovechar la circunstancia de estar López ya en guerra con el Brasil, para triunfar nosotros pronta y fácilmente, y someterse a los peligros y a los males de una alianza que no nos daba el concurso de un hombre más, de un barco más, de un peso más, era salir de esa política circunspecta que cede a los sucesos en cuya eficacia estamos de acuerdo, y echarse de bruces en la política de estrépito, de ostentación, de vanidad, que, como el perro de la fábula, suelta el bien sólido del pueblo a trueque del fascinante reflejo del generalato de los grandes ejércitos, de la dirección de los acontecimientos en que — no le reprocho — no buscaba usted el prestigio de su persona, sino el prestigio de su patria, que se engreía usted de poner a la cabeza de las naciones de Oriente de Sud-América.

Tenemos mucho que conversar todavía como buenos amigos y correligionarios políticos.

B. S. M.

Juan Carlos Gómez.

El romance histórico

Al general don Bartolomé Mitre.

Su última carta me ha revelado una nueva faz de su talento. Teníamos un Wálter Scott sudamericano en el autor del *Facundo*. Ahora descubrimos en usted un Alejandro Dumas.

Los hechos se someten flexibles a su pluma de historiador, a tal extremo, que los mismos testigos y espectadores de los sucesos nos quedamos admirados de la novedad de los sucesos. Tiene usted razón, general: «imposible atinar por dónde va usted a empezar, adónde va usted a concluir con su rica imaginación.» Sólo podíamos saber de memoria la historia. Las creaciones de la fantasía son siempre imprevistas.

Inculca usted en hacerse un alto mérito del simple cumplimiento de su deber de soldado. Militar usted, no tenía elección, estaba forzado a tomar el puesto que le señalaban en la línea. Así es cómo se encontró usted en la Defensa de Montevideo, porque era usted oficial del Ejército Oriental, y en la defensa de Buenos Aires, porque llevaba usted en sus hombros las charreteras de los jefes.

No lo seguiré en su autobiografía, aunque tenga como usted la resolución de decir toda la verdad, por más que ella hiera dolorosamente a mis más queridos amigos, en primer lugar, porque comprendo que tiene usted en ella un interés de actualidad, a que no quiero prestarme; y en segundo lugar, y principalmente, porque ella nada importa a la discusión de la Triple Alianza. Si algún día me viniese el capricho de borrar historia, estoy seguro de que encontraría en su vida mayores méritos que el valor vulgar de haber expuesto su cuerpo a las balas en nuestros entreveros. Don Bernardino Rivadavia, más alto que usted en la historia argentina, sería un pigmeo a su lado, en su teoría de los servicios a la patria.

Un hecho sobrevivirá a su política y a su influencia en la vida de los pueblos del Plata, que usted ha hecho cuanto un hombre puede hacer por enterrar en la nada, y es la *nacionalidad*.

Habrá *nación* contra usted, y sin usted, por la obra del pueblo.

Los sucesos han sido más fuertes que usted, y por eso no ha desaparecido ni desaparecerá la nación, que nos legaron los revolucionarios de Mayo.

La Triple Alianza ha sido su último ataque a la nacionalidad, y usted se escuda de su pecado de imprevisión con el *éxito*.

Pero no siempre el *éxito* es la justificación de los hombres y de los Gobiernos. El *éxito* estuvo por los fariseos contra Jesucristo, que era el porvenir de la humanidad.

Entre sus servicios a la patria cuenta usted el *beneficio práctico de la nacionalidad*, amén del de la libertad, por no haber seguido usted en 1859 mi consejo de tomar el látigo de Crómwell y echar a la calle al parlamento del 8 de Noviembre.

Pero olvida usted que cuando en 1857 el partido federal se nos presentó imponente en la lucha y los ánimos más fuertes vacilaron y dudaron del por-

venir de la República, usted fué de los desfallecidos que nos propusieron por remedio la separación absoluta de Buenos Aires constituido en *República del Plata*.

¿Qué era entonces del varón fuerte que al levantarse la tormenta en el horizonte hacía frente a la muerte y sostenía el corazón en la vida?

Y no era un simple ardid de guerra para arrancar la bandera del aislamiento de las manos de Lorenzo Torres, disculpa con que se excusaba usted cuando sublevamos contra usted el sentimiento público de la nacionalidad los que lo combatimos: era un propósito en usted la disolución de la República.

Tengo en mi poder instrucciones escritas por usted de su puño y letra, para nuestro enviado a Río de Janeiro, instrucciones que no quiso firmar don Pastor Obligado, en que le prevenía usted se cerciorase de la actitud que asumiría el Brasil en el caso de que Buenos Aires se declarase nación independiente.

¿No sabía usted de antemano, usted, *hombre político*, usted, conocedor de la historia sudamericana, que la separación absoluta de Buenos Aires, que la disolución definitiva de la nacionalidad era el desiderátum tradicional de la política brasileña?

Consultar ese punto al Gobierno del Brasil y a los hombres de Estado brasileños, era conciliarse su concurso y hacer en 1859 la alianza que ha reducido usted a tratado en 1865.

Gracias al provincialista don Pastor Obligado su pensamiento fracasó entonces, y la alianza brasileña con el solo Estado de Buenos Aires, no nos ha hundido en medio siglo de infortunio.

Una carta semihumorística, que publica hoy *La Tribuna*, y si no me engaña el *bouquet* del estilo, pertenece a Mármol, retrotrae la alianza a la invasión de Flores al Estado Oriental, y me culpa de aceptarla en cuanto propendió a levantar en el Estado Oriental a mi partido.

El Ministro Paranhos, hoy en el Paraguay, en un discurso de muchos días, pronunciado en las Cámaras brasileñas, afirmó que las bombas y granadas con que los brasileños arrasaron a Paysandú salieron del parque de Buenos Aires, lo que no pudo suceder sin el asentimiento del Gobierno de usted, a quien lava Mármol de la responsabilidad de los sucesos orientales.

Si el hecho asegurado por Paranhos es cierto; si usted estaba aliado a Flores y a la acción brasileña, en el Estado Oriental, antes de cuestión alguna con el Paraguay, ¿cómo me hace usted cargos con una carta de Flores recordándole sus compromisos con el Brasil?

¿Iba usted en los sucesos a la rastra del caudillo oriental? ¿Estaba usted en la lucha sin condiciones? ¿Regalaba usted los recursos argentinos y comprometía usted en una guerra a su patria, sin previas obligaciones de los favorecidos por los sacrificios que la patria hacía y los peligros a que se exponía?

¿O buscaba usted por todos los medios, y en todos los caminos, la alianza brasileña que don Pastor Obligado impidió a usted hacer efectiva en 1859 para la desmembración definitiva del Estado de Buenos Aires?

Al cargo a mí de nuestro amigo Mármol, responderé solamente que el general Flores antes de su invasión me pidió una conferencia, a que me presté y él esquivó, porque tenía el convencimiento de que rechazaría todo concurso del Brasil en la revolución oriental; que protesté contra la ingerencia del Brasil

en ella, separándome absolutamente de mis compañeros políticos que la aceptaron; que lamenté la imbecilidad del Gobierno de Montevideo en no haber levantado la bandera de la guerra nacional arriando la bandera de la guerra civil, que mantuvo alzada, y mi conciencia está satisfecha de mi actitud, aunque el general Mitre me reproche no haberme metido en el barro, y levantarme sobre el fango en las alas de querubín, de las esperanzas del futuro.

¿Estaba realizada de hecho la alianza brasileña en 1864, como lo afirma Mármol y como lo jura Paranhos, con las remesas de bombas de nuestro parque?

Importa al general Mitre desvanecer este cargo, porque, de lo contrario, él sería el autor de la guerra del Paraguay, su política respondería a la patria de toda la sangre derramada y de todas las vicisitudes que el porvenir nos reserva, como consecuencia de esta lucha.

Mi sinceridad me obliga a manifestar todo mi pensamiento. Creo en la imprevisión, y no en el cálculo del general Mitre.

De todos los hombres públicos de estos países, el general Mitre ha sido siempre el más imprevisor, el más inconsciente de los acontecimientos; su política ha navegado a merced del último viento y de la última ola, sin derrotero y sin rumbo; ha sido una barca sin timón, que la casualidad ha llevado a una mala rada, que él se imagina un puerto seguro. En vísperas de Pavón, encerrado en un buque con Urquiza y Derqui, suscribía a todas sus condiciones. Fué necesario que el señor Riestra rompiera las negociaciones, a pesar suyo, para que le coronásemos con el laurel de la victoria y lo hiciésemos Presidente de la República, siendo de lamentar que don Manuel Ocampo haya devuelto la correspondencia del general Mitre, que nos retrataría al hombre en esos momentos. Antes de Cepeda, quería escapar del diluvio en el arca de Noé de la República del Plata garantida por el protectorado del Brasil. Antes de Curupaytí, se prometía llegar en tres meses a la Asunción y parar su reloj en la hora de la victoria, ya que no podía parar al sol en su carrera como Josué.

Imprevisión, casualidad: he ahí toda la política que hoy viene justificándose con el éxito, como el héroe por fuerza de la comedia, encumbrado al heroísmo por el caballo en que lo montó la fortuna.

El general Mitre no tenía conciencia del poder del Paraguay, de la situación vidriosa de la República, de las reacciones que debían producirse en el interior, de la falta de concurso del Estado Oriental, de nada de lo que hoy pondera, porque si la hubiera tenido, no nos hubiera asegurado que la Asunción estaría ocupada dentro de tres meses.

Creyó él que la guerra del Paraguay era un paseo militar, a banderas desplegadas y tambor batiente, que iba a redimir de la esclavitud al pueblo paraguayo a costa de muy poca sangre y a conquistar para la patria y para sí la palma de Libertador.

Hoy se justifica de los grandes sacrificios arrancados al pueblo, del torrente de sangre derramada, del martirio del Paraguay y del cataclismo que lega al porvenir, con su programa *ex post facto* y sus doctrinas para el caso. En el tratado de Alianza nos declaró, con la solemnidad de la ley, que la del Paraguay era una guerra de redención de un pueblo, contra un tirano solamente, y en su proclama nos respondió que el derrocamiento del tirano sería la obra de un soplo de la revolución, *tres meses de tiempo* y una marcha triunfal hasta el alcázar de Francia. Ahora se exaspera contra los que no lo creímos

entonces, y no viendo derrocado al tirano, después de cuatro años de batallas; y contemplando exterminado, en vez de redimido al pueblo, mentidas las promesas de la Alianza, perjuras sus protestas, nos viene a última hora con que no debía hacer guerra de redención, que hubiera exterminado lo mismo al pueblo paraguayo, si, en vez de Solano López, hubiera estado gobernado por Washington, y que es más provechoso, más fecundo, moral, justo, santo, engrandecer y fortalecer una monarquía a costa de la república en América, que haber enaltecido el principio republicano afianzando la libertad y dejando vindicados el honor y la moral y consolidada la paz en lo venidero.

¿Cuándo hablaba verdad? ¿cuando hacía historia, o cuando hace romance el general Mitre? ¿Cuando firmaba el tratado de Alianza para redimir al Paraguay de su tirano, cuando nos juraba que en tres meses la obra estaría consumada en la Asunción, o cuando me contesta que sin la Alianza nuestros sacrificios hubieran sido enormes, y que la alianza con la monarquía hubiera sido tan santa para exterminar al pueblo de Washington como para exterminar al pueblo de López, aunque hubiéramos tenido medios de vindicar el honor y garantizar la paz sin el exterminio?

Entretanto, me promete usted novedades sorprendentes, a trueque de las vulgaridades que pueda yo decirle, y se las sabe usted de memoria. No se forme esa ilusión, nada va a sorprenderme, desde que me sorprendieron menos sus *tres meses de la Asunción*, que a usted los *abatís* de Curupaytí.

II

Usted ha publicado la biografía de Belgrano y tiene en sus carpetas la de Artigas.

El estudio filosófico de la historia ha de haber enseñado a usted una triste verdad, cuya lección no ha debido usted olvidar en la vida política, y es que los bandidos como César, como Rosas, como Artigas representan en ciertos momentos de la vida de los pueblos los grandes y esenciales principios de su existencia y de su vitalidad futura, mientras que hombres virtuosos como Belgrano y el mismo Rivadavia representan, por el contrario, en tales momentos los principios letales, disolventes, de las sociedades a que pertenecen. Esto no exime a los primeros de su responsabilidad personal por sus crímenes, ni amengua en los segundos la venerabilidad de la virtud y de las grandes cualidades del alma. Dejo a usted la libertad de explotar contra mi pobre individualidad esta evidencia histórica denunciándome como el adalid inconsciente de los caudillos y tiranos, a pesar de haber usted enaltecido la figura de Artigas, Güemes, más allá de su importancia efectiva histórica.

Un historiador como usted no podía dejar de ver, sin ceguera, sin immeditación, sin una inconsciencia e imprevisión supinas; no podía dejar de ver en Francisco Solano López lo que habían sido en nuestros pueblos Artigas, Güemes, Quiroga, su *espectable* Urquiza, y, en más alta escala, Rosas.

Un hombre político de meditación y de conciencia hubiera comprendido que el medio de empequeñecer y anular a López no consistía en aglomerar contra él el poder material de bayonetas y cañones, sino en despojarlo de su representación, de su personificación, de su pedestal popular, de su bandera, de su poder moral, en una palabra, desnudándolo de su carácter político y dejándolo hombre, déspota, malvado.

La enseñanza de nuestros propios infortunios nos patentizaba cuán difícil y ruda es la lucha contra los Artigas, los Quirogas, los Urquizas y los Rosas, los Césares y los Bonapartes, en más vastos teatros, mientras ellos pueden decirse la expresión de la democracia, del sentimiento popular de independencia, de igualdad, o de cualquier otro instinto de los pueblos que los tienen a su frente.

Un hombre de Estado hubiera empezado por arrancar a López esa púrpura popular de encima de los hombros, y exponerlo a las miradas de su pueblo y de la humanidad con todas sus horribles deformidades, para que apartasen la vista de él con espanto y desprecio.

Entonces la guerra hubiera sido al tirano, y no al pueblo; entonces el pueblo se habría asociado a sus redentores; entonces la guerra hubiera sido fácil, y en tres meses nos habrían recibido en la Asunción bajo arcos triunfales y lluvias de flores.

Esto es lo que usted se hace que no comprende, entendiéndolo más cabalmente que yo sé explicarlo.

Esto es lo que habría sucedido sin la alianza brasileña, y esto fué lo que sucedió mientras la lucha tuvo lugar en nuestro territorio.

¿Por qué los soldados de Estigarribia no se hicieron matar en Uruguayana, como en Estero Bellaco y Tuyutí, y se rindieron sin disparar un fusil? ¿Por qué en Yatay se dejaron carnear (es la palabra), arrojándose a los arroyos sin intentar la resistencia? ¿Por qué Cáceres bastó para detener al ejército de Robles, y la invasión paraguaya, con todos sus auxiliares, no tuvo el poder de hacer abandonar la Provincia al Gobernador de Corrientes, nuestro amigo Lagraña? ¿Por qué los paraguayos no ahogaron a Paunero en su desembarco en Corrientes, en donde se retiraron con décupla fuerza?

¿Eran los mismos paraguayos que deshacían nuestros batallones con su mala caballería y ponían respeto a los acorazados brasileños con sus canoas?

Huye usted de explicar esta diferencia, prescinde usted de los hechos, se fastidia de que le recuerden lo que sabe de memoria, y exige que le dejen hablar solo, porque tantas reminiscencias le incomodan. Tenga paciencia, amigo mío; el mosquito suele vencer al león, como el león suele necesitar que el ratón despreciado le roa las redes en que se deja atrapar a veces.

Usted no explicará esta diferencia, este contraste de polo a polo entre el pueblo paraguayo de Yatay y la Uruguayana, y el pueblo paraguayo de Tuyutí y el Estero Bellaco, sino por el *poder moral* que faltaba al primero y que sobraba al segundo.

Si los paraguayos de Estero Bellaco y Tuyutí se hubieran portado como los de Yatay y la Uruguayana, usted hubiera estado a los tres meses en la Asunción, sin la menor duda.

¿Qué cambio se operó en la guerra? ¿Tuvo López mejores soldados, vieron en su ayuda generales estratégicos, bajó del cielo la intervención del Apóstol Santiago o de los dioses de Homero?

El cambio que se había operado es que Solano López, en vez del tirano de su pueblo, había sido convertido en la personificación de su pueblo; que la guerra de redención estaba convertida en guerra internacional, en que el programa de la Alianza había sido reemplazado por el programa de la conquista brasileña.

La política de usted dió a López posición nacional, carácter popular, sig-

nificación política. Su política hizo de López, tiranuelo oscuro, vulgaridad personal, un personaje histórico, por más que me duela y me pese, tanto o más que a usted, divisar en las galerías de la posteridad a los que hemos visto de cerca su repugnante figura.

Y esa personificación de un pueblo que le dió su política con la alianza brasileña, y no hubiera tenido sin ella, ha podido costarnos la derrota más vergonzosa que podría sufrir un heroico pueblo, por la imprevisión de sus Gobiernos.

Dejo a usted también en libertad de explotar esta frase, lisonjeando el sentimiento popular. Muy grandes pueblos han sufrido derrotas. Canas y Waterloo abatieron las águilas de Roma y de Francia.

Usted, con su acostumbrado aplomo, afirma que nunca pudimos ser vendidos, con alianza y sin alianza.

El general don Juan Andrés Gelly, militar de voto en la materia, me ha asegurado cien veces que un general que no hubiera tenido la estupidez de Solano López, hubiera sepultado diez veces a los ejércitos aliados en el Paraguay o el Paraná.

A más de un militar he oído, y no es necesario ser militar para pensarlo, que con un poco más de resolución y energía en López, los aliados no se hubieran rehecho del rechazo de Curupaytí.

El triunfo de la Alianza ha sido, pues, una casualidad.

Entretanto, usted ha expuesto a su país a la derrota y sus consecuencias. Y el éxito casual que se ha conseguido, y por el cual debemos tributar gracias a la Providencia, ha sido a costa de un mar de sangre y de una montaña de dinero, que representa sacrificios de la riqueza y del bienestar del pueblo.

Me ocuparé en estudiar lo que importa ese éxito en lo presente y en lo futuro, aunque a usted le importune esta voz agria de la razón y de la conciencia, y sentado en su trípode de oráculos, quiera usted descifrar solo, en el silencio de la multitud atenta a su palabra mágica, los enigmas del pasado y las revelaciones del futuro.

Juan Carlos Gómez.

(EL SIGLO del 19 de Diciembre de 1869.)

La Santa Alianza

Waterloo. — Napoleón el Chico. — La sucesión de los partidos. — Los deberes del partidario. — Tratado de Alianza. — Conculcamiento de principios. — Desconocimiento de conveniencias. — Desdoro de la República. — Relajamiento de los vínculos de nacionalidad. — La patria del porvenir.

Señor general don Bartolomé Mitre.

El calificativo es de usted, que ha bautizado Santa a la Alianza. Con este bautismo ha evocado usted la historia, muy reciente, de acontecimientos que nos reflejan el porvenir en el espejo de la política contemporánea.

Un déspota traía inquietas y sobresaltadas a las naciones europeas, principalmente a la libre y opulenta Inglaterra, y esas naciones reunieron sus fuerzas para concluir con el despotismo armado y asegurarse el sueño apacible de la paz a la sombra bienhechora de sus instituciones seculares.

El déspota fué vencido en Waterloo, aprisionado, enjaulado en una isla circundada por la inmensidad del Océano, en la cual se le cavó la tumba bajo un sauce ignorado.

El éxito más completo coronó los esfuerzos de la alianza.

Un gobierno al paladar de los aliados fué impuesto a la patria del déspota.

Los doctrinarios del éxito, los que responden a las objeciones con la *Victoria*, los que dicen amén a la razón del triunfo, a la razón de la fuerza predominante, *ultima ratio regum*, impusieron silencio a los que protestaban en nombre de los sentimientos del patriotismo y de la desgracia de lo venidero. El júbilo rebosaba en los Gobiernos aliados, y no hubo honores y premios bastantes para el general vencedor, que creyó, en su engrimiento, haber asentado el mundo sobre sus quicios.

Corrieron treinta y tantos años, vivían todavía los vencedores de Waterloo, y toda la obra colosal de la Alianza fué derrumbada, e irguióse como un gigante, alto de cien codos, sobre todas las naciones europeas, Napoleón el Chico, sin el genio del cautivo de Santa Elena, pero más fuerte que él por la tradición de la derrota.

Los poderosos aliados doblaron la frente humillados ante el pigmeo, que no era más que el resultado de su victoria de treinta años atrás.

La libre Inglaterra envió a su virtuosa reina a hacer la corte al saltador de las libertades francesas.

La Alemania pagó en Magenta y Solferino la deuda atrasada, y Malakoff vió flamear sobre sus almenas el pabellón tricolor que Alejandro hizo arriar en París para pasearse en sus plazas.

Y lo que es peor que la reacción material, cayó irrevocable sobre la Alianza, los aliados y sus partidarios de Francia, la condenación de la moral política y de la posteridad infalible, para no dejarles ni el último consuelo del infortunio: la satisfacción de la propia conciencia.

¡Quién hubiera penetrado un momento en las profundidades del alma de Wéllington, al recordar a Waterloo bajo los olmos de Hyde Park, en presencia de la República y del Imperio de 1848! ¡La Providencia lo hizo vivir bastante para darse cuenta de lo efímero de su gloria y del mezquino alcance político de los renombrados estadistas que observaron el porvenir con el microscopio de sus pasioncitas de circunstancias y de sus vanidades de posición!

Y ese período intermedio de treinta y tantos años, no fué siquiera de desencanto. Revoluciones y guerras, sangre y ruina, señalaron sus etapas en el calendario de la política. Tres monarquías y una república, cuatro tremendos caclismos sacudieron hasta sus cimientos la Francia organizada por los aliados.

Oigo al general Mitre repetirme: «eso lo sé de memoria, es viejo, vulgar, lo saben hasta los muchachos de la escuela; diga algo nuevo o cálese.»

No me he de callar, general, porque estoy tan interesado como usted, tan apasionado como usted, sin la irritación que rebaja su altura, porque la alianza no es un suceso puramente de la Confederación Argentina, a cuyo nombre me niega usted ruinmente el derecho de discutirla como extranjero, sino también un hecho oriental, que ha costado a los orientales mucha sangre, derramada por su imprevisión política y su desacierto militar, y porque la verdad es antigua como el mundo, *nihil novum sub solem*, y precisamente la experiencia de los hechos pasados sirve de consejo y enseñanza para saber conducirnos, cuando de nuestros actos, de nuestros cálculos y errores depende la paz, la libertad, la grandeza del pueblo, y el menor traspíe cuesta años de dolores a una o más generaciones. Aquel de cuya inteligencia está suspensa la salud, el presente o el porvenir de una Nación o de un Estado, no debe tener el orgullo vano de creer saberlo todo, de no necesitar las lecciones de la historia, las observaciones de los pensadores y hasta las vulgaridades del buen sentido; una bellota puede enseñarle, como a Newton, las maravillosas leyes de la gravedad, y cúmplesle acoger humilde la indicación que puede serle reveladora.

Esperamos que el general Mitre vivirá tanto como Wéllington, para contemplarse en la posteridad y presenciar el porvenir de su *Santa Alianza*.

Para mí, es desde ya evidente como la luz de mediodía, que el Gobierno y la situación fundados, o que quedarán fundados en el Paraguay por la Alianza, serán derrumbados, arrasados y moralmente condenados por los acontecimientos que van a sobrevenir después de trastornos y sacudimientos desastrosos.

El general Mitre me contestará: «Usted no puede saber el porvenir, usted puede equivocarse, no siempre se repiten en la historia, como en la literatura, los desenlaces dramáticos; quizás, y probablemente del Gobierno establecido en el Paraguay por la Alianza, salga una era de paz, libertad y progreso no sospechada por su inteligencia de corta vista.»

Con el mismo título que usted me niega saber el porvenir, yo se lo niego a usted. Tengo a mi favor la experiencia y la historia, que no abona su esperanza y excusa mi desconsuelo.

Pero ignorando ambos el porvenir, no siendo usted y yo infalibles, la consecuencia es que usted *lega un problema* a resolver por el tiempo, un enigma que no tiene en el presente su Edipo, que por ahora sólo presenta la faz de Waterloo y parece asomar los mostachos calmuco de un Bonaparte el Chico a través de los celajes del tiempo.

A esta incertidumbre del problema me refería cuando argüía a usted que sólo podía contestarme con el presente, y que objetándole yo con el futuro,

usted me contestaría con el argumento favorito de estos casos: eso nadie lo sabe, allá me las den todas; después de nosotros, a ver como no viene el diluvio: reminiscencia literaria en que descubrió usted un alfilerazo pérfido a su individualidad, que no está en mi carácter, y que lo ha irritado a usted hasta descender en el debate muy abajo de su habitual cultura y de la natural elevación de sentimientos de los hombres que se estiman a sí propio en los otros.

I

Usted es historiador y publicista, enseñado por el estudio a contemplar la marcha ordinaria de las sociedades humanas, que se llaman pueblos o naciones, y a comprender las eternas e inmutables leyes a que esa marcha progresiva está providencialmente sujeta.

No se escandalizará usted, por consiguiente, como no dudo sucederá a los políticos adocenados de ambas orillas del Plata, de que yo afirme que la sucesión de los partidos políticos en el orden público es un hecho inevitable en las naciones, y que es insensato e imbécil el partido político que se cree dueño del Poder público por los siglos de los siglos.

En unos pueblos a más cortos intervalos, en otros a más largos períodos, esa sucesión fatal se opera, modificándose los partidos por la acción de otro, pero conservando cada uno sus facciones prominentes y originarias.

Dé usted el plazo que quiera al predominio de nuestro partido, alargue usted cuanto le plazca el término para que se fecunden nuestras ideas y se gesten nuestros hombres, germinen los propósitos y maduren los hombres del partido que ha de sucedernos, no es menos cierto que el término ha de vencerse y el plazo cumplirse.

Es más que probable que el problema que lega el Waterloo de nuestra Santa Alianza, el éxito y triunfo de los aliados de hoy, va a ser resuelto por el Partido Federal, con el cual usted no ha contado como elemento reaccionario de la actualidad.

Piense usted por un momento, sin la pasión que nos declara usted animarlo, y con la tranquilidad filosófica del publicista que mira los peligros y los males con que amenaza al porvenir ese vuelco radical en las ideas y en las pasiones preponderantes.

El Partido Federal, demócrata, o como quiera llamarse en lo sucesivo, — usted sabe que el nombre nada importa, ni significa más que una designación, para conocerse, — es fuera de cuestión, desde ahora, que deshará toda la obra de la Alianza, que reaccionará contra ella y la conducirá en todos los móviles y resultados, con o sin justicia.

Esa reacción contra su Waterloo del día y su Santa Alianza, ¿por cuáles tendencias o impulsos será guiada o precipitada?

¿No lo prevé usted hombre de Estado? Me guardaré de emitirle mi opinión, para que no me reproche usted que le hago prospectos del siglo xx, como me ha imputado trazarle planes de batalla de leyenda, por haberme permitido tener una opinión sobre su política y sobre su táctica, como la tendrá usted sobre la teología del Concilio, sin haber abierto los cánones.

Si fuese violenta esa reacción, en vez de ser pacífica, hija de la reacción y del patriotismo, ¡cuántos nuevos dolores para la patria!

II

¡Siempre vaticinios del porvenir, siempre el grito del murciélago o de la lechuza, siniestros y fatídicos, — exclamará usted con la sonrisa clásica de los satisfechos del presente! — Sí, siempre la deducción indeclinable de las premisas. Don Eduardo Acevedo me acusaba, con su entonación sarcástica, de tener miedo, cuando yo quería moderar su impetuosa violencia en la víspera de la revolución que debía poner en peligro su cabeza más que la mía, y derribarlo de su alta influencia al ostracismo y a la nulidad en la política. Don Melchor Pacheco y Obes me denunciaba como falso profeta de las desgracias que han sobrevenido al Estado Oriental después de 1853, por resistir y contrarrestar hasta donde pude una revolución en que él estaba seguro de conquistar el triunfo del momento, por disponer del ejército de línea. ¿Qué ironía puede usted lanzarme, a que no se le haya anticipado otro?

Las premisas de la marcha futura del partido adverso las sienta siempre el partido que gobierna, y olvida siempre que será medido con la vara que mide.

No hace muchos meses conversábamos los dos amistosamente sobre este tópico, fumando nuestro cigarro en mi pobre apartamento, como en tiempos más felices de expansión sincera del alma, y me encantaba en oír su palabra fácil y armoniosa desenvolver la idea que me trabajaba y le hacía entrever yo en mi media lengua, sobre la necesidad de ensanchar los horizontes de nuestro partido, no por falsas fusiones y mentidos abrazos, sino por la realización de los grandes y generosos principios que abren las puertas de la preponderancia política a todos los partidos, habiéndolos ligado férreamente de antemano con los indisolubles lazos del derecho, de la justicia, de la libertad, del patriotismo y de la elevación de los sentimientos y de las aspiraciones.

Pocos hombres hay más elocuentes que usted en esas expansiones familiares del alma sin escenario y sin espectadores. Yo lo envidiaba.

Pero usted ha sido Presidente de la República; más que eso, dictador revolucionario, con una Constitución de lujo, y ha dispuesto del tiempo suficiente para hacer esa alta educación de los partidos y aplanarles la arena de las lizas populares de la libertad.

¿Qué grandes horizontes, qué elevados sentimientos, qué nobles aspiraciones, qué grandes tendencias ha impreso su política en el alma de los partidos y en el corazón de los ciudadanos?

El gobierno personal de Urquiza, robustecido por usted en Entre Ríos; el gobierno personal de Taboada, favorecido por usted en Santiago; la fusión elevada a la categoría de *gran política*, con sus inmundidades disolventes; la reacción contra usted, forzosa como necesidad de defensa de su partido, con la elevación de Sarmiento; la lucha contra una gran fracción del partido, y usted caudillo civilizado, nuevo Dorrego, elocuente y brillante; el fraccionamiento y disolución del Partido Unitario, que conquistó libertades e instituciones; la exclusión absoluta de la vida política del Partido Federal, encerrado como un tigre corrido en su retiro, con todos sus viejos rencores y sus geniales iras; riqueza de palabra, pobreza de hechos: he ahí su legado político; he ahí su educación de los partidos y de los ciudadanos; he ahí su preparación del porvenir, en que otros con usted y con otras ideas y otras pasiones tendrán que gobernar al pueblo y dirigir los sucesos.

III

A nuestro partido disuelto, desquiciado, desmoralizado, sin brújula y sin timón, o al partido contrario, que ha de venir algún día, por la ley de la sucesión, al gobierno de la República, confía usted la solución del problema que deja pendiente la alianza brasileña.

Esa alianza es un tratado en que están consignados sus principios, sus compromisos y sus propósitos, y un triunfo militar, un Waterloo, que ha implantado los hechos.

El tratado es una espantosa contradicción, un mentís dado a sí propio, una burla audaz del pueblo, de la razón y de la conciencia humana.

Sin embargo, agrega, derrocado el tirano y redimido el pueblo de su cautiverio, arrasaremos la fortaleza de ese pueblo, lo despojaremos de sus armas, le señalaremos sus límites, reglamentaremos su navegación (libertad de los ríos), y le permitiremos que tenga un gobierno que no sea hostil a los intereses de la Alianza.

La guerra no es al pueblo, sino al tirano. ¿Y si el pueblo se identifica con el tirano, si se personifica en él, como se ha visto en Roma con César, en Inglaterra con Crómwel, en Francia con Bonaparte?

¡Ah! es un caso no previsto por el tratado, nos alega el general Mitre; entonces no hay más remedio que hacer la guerra al pueblo, y si se resiste tenazmente, exterminarlo.

¿Y por qué el tratado no previó un caso ordinario de la vida de los pueblos y de las sociedades de los hombres?

¿Pudo dejar de prever lo que no podía ocultarse, lo que estaba de manifiesto a toda inteligencia? ¿Lo previó y lo calló, para engañar o seducir a los pueblos con una reticencia?

El tratado mentía indignamente; y una mentira tan mal disimulada a la perspicacia de la intuición de los pueblos, es siempre un desdoro, una vergüenza para los Gobiernos que se permiten tales ardidés y fascinan con tales cubiletes.

El tratado declaraba guerra al pueblo paraguayo y no al tirano, que caería envuelto por su excomunión como un accidente transitorio.

¿A quién se debía desarmar, desguarnecer, desfortalecer, imponer la libre navegación, demarcarle límites y consentirle gobierno bajo condición de ser del mismo pelo, como diría uno de nuestros gauchos?

¿A quién, si el tirano ya estaría derrocado, aherrojado en Fernando de Noronha u otra isla oceánica, o sepultado debajo de la tierra?

Al pueblo paraguayo; su ya soberanía quedaba así suprimida por la Alianza.

El general Mitre, que sabe muchas historias, como Sarmiento sabe *muchos latines*, nos revela ignorar una historia, que probablemente ha olvidado o ha estudiado con el ánimo prevenido en favor de la monarquía nuestra aliada, y es la historia de la monarquía portuguesa y brasileña en América, que ha corrido por un mismo cauce, entre mil sinuosidades, a un invariable término, como un arroyo al mar, sin desviar jamás su marcha por la diversidad de declives y de obstáculos que le han salido al encuentro.

Este principio de la *soberanía popular* es el oso negro de la monarquía que se apellida representativa, por una *ficción* semejante a las *ficciones* ro-

manas para remedar o parodiar el derecho en donde se toca su vacío. La monarquía importa en principio la sumisión de la *soberanía del pueblo* a la *soberanía de la dinastía*.

La dinastía es *inviolable*, está arriba de la ley y del pueblo. Importa, pues, a la consolidación de la monarquía, que ese principio popular no se realice en vigor, en toda su plenitud en ninguna parte, y mucho menos en sus inmediaciones.

En el tratado de 1828, que sucedió a Ituzaingó, no perdonó la monarquía esfuerzo para dejar conculcado y desconocido el principio. Allí se hizo al Estado Oriental, por la monarquía vencida en Sarandí, el presente griego de la nacionalidad sin consultar su soberanía, la soberanía que había estado única y militarmente representada por el sable oriental del ejército de Lavalleja en Sarandí y por el voto oriental de la Asamblea de la Florida.

¿Qué era de la soberanía del Estado que solo y sin ayuda de los otros Estados de la nación, arrojó al rostro de la monarquía el guante, homérico de los Treinta y Tres, le puso el pie sobre el pecho en la memorable Horqueta, y sepultó en el pasado irrevocable su odiosa dominación con el acta monumental en que la Junta del Pueblo declaró írritos y nulos para siempre los actos de la monarquía en el Estado, e independiente a éste de todo Poder extranjero y soberano como el pueblo más soberano del universo?

Y como si no bastase para dejar bien constatado que el gran principio de la soberanía popular quedaba suprimido en la vida constitucional del Estado Oriental, impuso y estipuló que la Constitución oriental sería sujeta a la *aprobación* o beneplácito de la mayoría.

La consecuencia de tamaña conciliación de principios, es que el Estado Oriental no ha tenido hasta ahora, ni tendrá jamás, mientras guarda en su tabernáculo las falsas tablas de la ley de una Constitución *aprobada por la dominación extranjera*, ningún gobierno que sea la verdadera y genuina representación del pueblo, sean blancos o colorados, güelfos o gibelinos los que predominen.

El tratado de la Alianza desempeña ahora con el Paraguay el segundo acto de la misma comedia: lo condena a constituirse, a gobernarse, a vivir políticamente bajo los auspicios de la monarquía brasileña, y como el derecho pugna por enderezarse contra la fuerza que lo encorva, a vivir en incesante lucha, en perdurable esfuerzo, encontrando siempre enfrente de sí a la intervención o a la influencia de la monarquía brasileña, cuando empieza a fortalecerse el elemento del derecho.

El general Mitre no me opondrá que esto es metafísica, teoría, declamación: esa vulgaridad está bien en las bocas de los gansos del periodismo, y degrada a los publicistas de los países libres. El general Mitre sabe, y está profundamente convencido de ello, que ningún buen principio o idea se siembra o se acoge en la ley o en el gobierno de un pueblo, que no dé benéficos resultados, y que, por el contrario, ninguna falsa idea o violación de un principio se introduce en la ley o en el gobierno de un pueblo sin que lo pague con dolores, con tiranías, anarquía, lágrimas y sangre, vergüenza y miseria. El publicista, el hombre de Estado *sabe esto de memoria*, y sin embargo tolera, consiente, conviene, estipula la importación de violaciones de principios y de falsas doctrinas en la existencia del pueblo paraguayo, ayuda él mismo a administrar el veneno que ha de emponzoñar a una o más generaciones de un

pueblo hermano, tan atrasado cuanto se quiera, pero tan digno, como todo pueblo, del amor de los hombres y de las simpatías de la humanidad.

IV

Caccia via! me grita el cajista, y tengo que ceñirme y dejar en la obscuridad mi pensamiento, que no tengo tiempo y don de improvisación para formular con claridad, ya que no con elegancia.

Había en el Paraguay para los pueblos del Plata conveniencias de un carácter permanente, y su rompimiento con el Brasil nos creó conveniencias de circunstancias.

Tiranizado cuanto se quiera, el pueblo paraguayo era una asociación republicana, democrática, de la misma familia, con los mismos antecedentes de las que habitan en los Estados del Plata. Faltábanle, es cierto, la vida constitucional, representativa, las prácticas de libertad y los hábitos de la civilización.

Pero hace diez y siete años faltaba todo eso a la Confederación Argentina. Éramos una república y una democracia, y de familia española, con su índole franca, expansiva, apasionada, apta para asimilarnos todos los elementos extraños de progreso y para realizar prodigios. Pero nos despotizaba Rosas, tan bárbaro y sanguinario como López, que fusilaba mujeres encinta, ponía en los banquetes las cabezas de los deudos a los invitados, prohibía el calzado de charol, cortaba las patillas y los faldones a las levitas, obligaba a llevar como librea de esclavitud vincha colorada, y hacía del territorio feraz un solitario desierto y un vasto cementerio.

Hoy ¿qué es la República de cuya Presidencia acaba de bajar el general Mitre? ¿acatan la soberanía, la libertad y el derecho del pueblo?

¿Cuánto tiempo el gobierno representativo hubiera tardado en hacer del Paraguay, sino una Atenas de cultura y gusto, al menos un pueblo feliz en medio de un paraíso de la naturaleza?

¿Cuánto tiempo?

¿Diez, veinte, treinta, cuarenta años? ¿Qué son en la vida de los pueblos?

¿Cuánto tardará hoy el Paraguay, que ha exterminado y va a organizar la Alianza, en llegar al mismo resultado?

Mucho, muchísimo más tiempo. En el Paraguay anterior a la Alianza, bastaba suprimir un tirano. En el Paraguay de la Alianza, hay que rehacer un pueblo.

Nos hemos quitado un hermano de la familia, separado, alejado de nosotros, lleno de resabios, digno de lástima, atrabiliario y turbulento, cuanto se quiera, pero hermano.

¿Qué nos hemos dado en cambio? Según yo, un enemigo rencoroso e implacable, si no deshacemos el mal que hemos hecho y le conquistamos el bien que le debemos, un enemigo taimado que en los vuelcos de la política ha de aliarse mañana contra nuestros aliados de hoy para dar a algún nuevo Urquiza ejército y escuadra con qué atacarnos en futuros Cepedas, y piróscafos con qué proteger las defecciones de nuestras naves y perseguir en nuestras aguas a los campeones de la libertad en otros *Araguays*.

Pero éste es el efecto de la guerra, y no de la alianza, se me objetará; «de la guerra, cuya necesidad y conveniencia usted reconoce, y cuya aceptación, por la provocation de López, usted aplaude.»

No. Ya hemos expresado nuestra opinión y hemos demostrado con la comportamiento de los ejércitos paraguayos en nuestro territorio y de los mismos ejércitos en el suyo, con las mismas convicciones expresadas anteriormente por el general Mitre, en actos solemnes, que sin la alianza hubiéramos ido por la guerra *en tres meses a la Asunción*, y que con la alianza, y sólo por ella, que creó y robusteció el poder moral del tirano paraguayo, no hemos podido llegar a la Asunción sino pasando por encima del cadáver del pueblo, porque así defienden los pueblos atrasados, y varoniles y constantes, por lo mismo que son atrasados, sus eras y sus hogares, enterrándose en los muros desplomados de Zaragoza, para que lean las naciones su heroísmo en las ruinas, o incendiando a Moscú, para que la llama del patriotismo alumbre al mundo como una antorcha.

V

Siquiera hubiéramos salvado dos cosas que oponer a los sacudimientos de esta parte del mundo americano, tan convulsionado por los terremotos sociales: nuestra gloria militar y nuestro sentimiento nacional.

La gloria militar, ¡oh! nuestros oficiales y nuestros soldados han batallado y han muerto como héroes para honra y prez del Imperio.

La gloria militar de la campaña, que es cosa distinta del heroísmo individual del soldado y del oficial —salvedad que hacemos de antemano para que el general Mitre no explote contra nosotros la susceptibilidad del ejército, arma que sería traicionera en sus manos — la gloria militar es toda de la monarquía del Brasil.

Y los brasileños hacen mal en tratarme como enemigo. Yo, como cualquier *brasileño republicano*, amo al pueblo del Brasil y detesto a su monarquía, y a los partidarios de ésta misma no les hago cargos por haber tenido la habilidad de tomarse la parte del león en los resultados de honra y provecho de la Alianza. Ese cargo lo hago a nuestros hombres de Estado, que no supieron reportarlos para la República, y reconozco que los estadistas y los generales del Brasil han hecho muy bien en hacer por su país lo más que pudieron.

En cuanto a posición militar en la alianza, empezamos por no tener escuadra, por estar a merced de los leños brasileños. Los vencedores del Juncal hemos tenido que pedir por favor hasta las lanchas que tenían que conducir a nuestros valientes al pie de las trincheras en que caían diezmados.

Nuestro ejército ha figurado por menos de una tercera parte en los sucesos, y desde que el general Mitre ha sido el primero en proclamar que el heroísmo ha sido igual en el soldado argentino y en el brasileño, el resultado de las batallas hay que atribuirlo al número.

El tratado de alianza nos reserva, es cierto, la dirección de la guerra, el generalato de los ejércitos.

Peró, hecha la ley, hecha la trampa, como repiten nuestros curiales. De la subordinación a nuestro generalato quedó exenta la escuadra, y el ejército aliado sin la escuadra era un cojo sin muletas, empantanado en los bañados de las posiciones fluviales que constituían el gran poder del enemigo.

Nuestro generalato fué nominal sin el mando de la escuadra; nuestro general pudo concebir y trazar admirables planes de campaña, y todo quedó en agua de borrajas hasta que abandonamos a la monarquía la dirección de la guerra, nuestro título de gloria.

Y sea por esta causa, sea por lo que fuera, nuestro generalato fracasó en la derrota. Nuestros generales se retiraron quebrados y cabizbajos de Curupaytí: el uno vino a reasumir su presidencia en Buenos Aires y el otro su dictadura en Montevideo.

Aunque se pactó que desde entonces cada general mandaría su ejército, desapareciendo de la escena nuestros generales de *primo cartello*, descendiendo a ella el *gran general del Brasil*, éste tuvo ante los ojos del mundo y por la naturaleza de las cosas, la personificación moral, si no fué también material, del generalato de los ejércitos y de la dirección de las batallas.

Y para que nada faltase al abatimiento de nuestros generales y al amenguamiento de nuestra porción de gloria, bajo ese general se realizaron la sumisión del *tremendo Humaitá*, la ocupación de la Asunción, adonde no entró el general Mitre ni en tres meses ni en tres años, porque la Providencia quiso desautorizar sus pretensiosas palabras, y ese general tuvo la arrogancia de proclamar los ejércitos en uno de los más solemnes momentos, que *avanzasen seguros a la victoria, porque él no sería ni habría sido nunca vencido*.

Los generales argentino y oriental debieron morderse los labios y exclamar allá en sus adentros: «¡Oh patria, a la humillación que te he reducido!»

El menoscabo de la gloria y de la grandeza de las naciones es uno de los mayores males que sus Gobiernos pueden causarles, y por ello són acreedores a las más duras acusaciones.

VI

Utopía, sueño, desvarío, llámele usted como quiera, yo estoy persuadido, desde muy atrás, que sus antecedentes, sus intereses y las exigencias de su porvenir han de llamar, tarde o temprano, a los pueblos españoles del oriente de Sud-América a organizarse en una nación republicana.

Esta convicción me ha hecho desde muy temprano enemigo de la ingerencia de la monarquía en nuestros sucesos, porque los estadistas de la monarquía, más perspicaces que nosotros, se esfuerzan en impedir ese resultado que temen e indudablemente lo aplazan y retardan.

Usted pensará que tal esperanza es un delirio, pero al menos reconocerá que es un deber de los Gobiernos del Plata, incluyendo el Paraguay, propender por todos los medios a la armonía, a la unificación de intereses, a la comunidad de garantías y seguridades contra propios y extraños.

Llévenos o no a una sola nacionalidad esta política de armonía, unificación y comunidad, ella es un deber y una necesidad para nosotros.

No ha sido su política, y por eso ha caído usted en la alianza de la monarquía brasileña, que es fatal y tradicionalmente su adversaria.

En el interior ha sido usted el grande y buen amigo de los caudillos Urquiza, Taboada, Flores, los elementos resistentes a toda tendencia nacional, a toda aproximación y estrechamiento de los pueblos.

Aunque usted se pronunció un día enérgicamente contra la *banderita de pulperia*, que creía izada por el provincialismo de nuestro Milton, desplegó luego

al viento la de su *republiquitita del Plata*, para la cual quiso usted congratularse las simpatías de la monarquía.

Usted ha halagado, lisonjeado a las dos fuerzas contrarias al sentimiento nacional de los pueblos del Plata: los caudillos locales y la ingerencia extranjera y antirrepublicana.

Y se jacta usted de ser el fundador y el organizador de la nacionalidad, que existía en el corazón del pueblo y vivirá mientras sean tradiciones comunes Chacabuco y Las Piedras.

Los hechos consumados son ya irrevocables. No podemos hacer que ellos no hayan acontecido y dejado su huella en nuestro presente y su cicatriz en la fisonomía de lo venidero.

Su discusión no tiene ni puede tener más objeto práctico que restañar la sangre que brota de ellos y curar la herida que dejan abierta.

El general Mitre no puede suponerme el placer pueril de lastimar sus susceptibilidades ni de empañar su fama. Me conoce él lo bastante para dudar de que yo me regocijo con todo mérito que se levanta y entristece con toda luz que se apaga u oscurece.

Los resplandores de la gloria ajena, en vez de sombrear, iluminan el rostro del patriota.

No traiga su pasión, su dialéctica y su estilito a este debate el general Mitre. Sea superior a esas debilidades del amor propio. Ponga la mano sobre su conciencia, y si el sostenedor de la Alianza piensa que hay verdad en algunas de mis ideas, aunque no sean nuevas, y que estamos amenazados por consecuencias de la Alianza, o que importa prevenir, pongámonos, él su sostenedor, y yo su adversario, a la obra de reparación que tanto interesa a nuestros dos países.

Trabajemos por que el Paraguay tenga un pueblo libre y soberano en su seno, y porque de ese pueblo, no gobernado ni influenciado por una monarquía, nazca su propio gobierno bajo los auspicios de la libertad y del derecho.

Trabajemos por que cese en todos nuestros estados y provincias el reinado de los caudillos irresponsables — Urquizas o Taboadas, — y de los gobernillos de explotación y fraude, y por que sean efectivas en cada provincia la libertad y la soberanía.

Trabajemos por que todos nuestros pueblos, naciones y estados renuncien y condenen para siempre toda alianza política con Gobiernos monárquicos o extraños a nuestras tradiciones de familia y aprendan a hacer una realidad del *self government*.

Trabajemos por que los puestos de la política se abran a todos los partidos, con sus banderas, buenas o malas, y aspiren todos a la preponderancia y el gobierno con las garantías de la libertad y de la opinión.

Así, si en el porvenir no somos ambos ciudadanos de una sola patria, según mi creencia, habremos sido ambos los patriotas de una idea pura y de un noble trabajo.

Juan Carlos Gómez.

El 7 de Diciembre

Señor doctor don Mariano Varela.

En la discusión con el general Mitre, refiriéndome al 7 de Diciembre de 1852, yo escribí estas palabras:

« Sobreviene la reacción, y usted, Ministro de Estado, declara que la defensa es imposible, que no hay más que entregarse y pasar bajo las horcas caudinas de la mazorca. El pueblo se pone de pie contra su opinión, y a pesar de su desfallecimiento, se conquista la gloria de la Defensa de Buenos Aires. »

El general Mitre me contestó:

« Permítame decirle a usted que sus apuntes históricos están errados, como su cronología de la guerra del Paraguay.

« Apelo al testimonio de mis amigos y a mis enemigos de hoy y de entonces, para declarar si es cierto o no lo que voy a decir:

« El doctor don Valentín Alsina resignó el Gobierno retrocediendo ante la guerra civil, no queriendo que tomase el mando de una columna para ir a sofocar la revolución en la misma villa de Mercedes, como yo se lo proponía.

« El Gobierno que sucedía al doctor Alsina abría negociaciones con el enemigo al parecer triunfante, y bandas de caballería con la divisa colorada cruzaban las calles de la ciudad de Buenos Aires.

« Al entregar el Gobierno el doctor Alsina al general Pinto, su sucesor, me propone continuar en el Ministerio. Yo le contesté que tenía el caballo ensillado a la puerta de la casa de Gobierno para ir a cumplir un deber más sagrado.

« A caballo una vez, y con los pies bien afirmados sobre los estribos, me quité en media calle el frac negro de Ministro y me puse la casaca militar que me trajo un sobrino de Rosas que quiso ser mi ayudante.

« Otro sobrino de Rosas me alcanzaba mi espada y mis pistolas. Al pasar al galope por la barbería del barbero de Rosas, frente al Colegio, fui saludado por la carcajada de los que ya se creían vencedores. Al llegar a la plaza, el comandante Conesa (entonces) me dice: « Coronel, mi batallón se ha sublevado y mi cuartel lo han tomado. » « Vamos a retomarlos, » fué mi contestación. Proclamé en seguida a veinte Guardias Nacionales que estaban en la esquina del Coliseo, hoy Teatro de Colón. Los hijos de Florencio Varela, inspirados por el valor cívico de su ilustre padre, contestaron a mi proclama golpeando el tambor con brazo varonil. Noventa corazones valerosos de noventa Guardias Nacionales latían a compás del toque de alarma y me siguen por la calle 25 de Mayo, en medio de una procesión de mujeres que salían a las puertas con lágrimas en los ojos para darnos la última despedida. Llegamos al Retiro: son rechazadas las bandas de caballería que lo ocupaban, se reconquistan los cuarteles y los batallones perdidos, nuestros fusilazos dispersan la reunión que estaba tratando de paz en nuestro mismo Parque de Artillería; establezco el primer cantón de la defensa, trazo la primera trinchera, coloco la primera es-

cucha, organizó con Vila la primera guerrilla de caballería del sitio, y a la tarde de ese mismo día, hombres, mujeres y niños pueden venir a pasear en la plaza del Retiro bajo la protección de la intrépida Guardia Nacional de Buenos Aires, que se había reconcentrado bajo mis órdenes.

«Desde ese momento quedó organizada la Defensa de Buenos Aires, salvándose una vez más el recinto sagrado de la ciudad que encerraba la última esperanza de la libertad argentina.»

Como yo estaba en esos momentos en mi puesto en Montevideo, adonde pasé después de dejar triunfante a la revolución de Setiembre, no fui testigo de los sucesos, y sólo los conozco por las publicaciones de la época y las referencias de los amigos.

Es usted uno de los que fueron actores y uno de los que me los ha referido.

Tenga la bondad de transmitirme la verdad de los hechos, porque en su carta de hoy el general Mitre me reprocha no haberle dado la reparación de rectificar mi equivocada exposición, y no quiero que pese sobre mí jamás el cargo de haber desconocido los méritos de un hombre público.

Ruego a usted mande a la prensa esta carta y su contestación, para satisfacer de mi sinceridad al general Mitre.

B. S. M.

Juan Carlos Gómez.

Diciembre 18 de 1869.

(El Siglo del 22 de Diciembre de 1869.)

Al general don Bartolomé Mitre

I

Empuñando usted el lápiz del *Mosquito*, ha creído abrirme una herida profunda en la opinión con la caricatura de mi fisonomía política, que me hicieron antes sus enemigos y los míos con más originalidad y travesura.

Mi razón no pierde su alta o humilde serenidad por esas bromas, y sólo les exige la gracia, el buen gusto, el aticismo, que amenizan la árida esterilidad de la lucha de la inteligencia en los campos o en los circos de la política, cuando se pone uno al servicio de los intereses del pueblo, o cuando se busca el aplauso de los espectadores y de los ociosos.

Usted buscó el debate, y ha querido convertirlo en pugilato, para entretener a su público.

Recuerde usted que se dirigió usted a mí con una carta en que me im-

putaba rebajar con injusticia y ofensa el heroísmo de los aliados, que yo honraba con la Guardia Nacional de Buenos Aires, porque salvé mi opinión sobre el acto político de la Alianza, al aceptar el llamamiento de la prensa para concurrir al homenaje que preparaban a los que habían contribuido con sus sacrificios a darle el triunfo.

Su imputación carecía de razón y de causa. Usted sabía mis viejas opiniones sobre la alianza brasileña, que datan desde Chile, en donde ellas me hicieron sospechoso a mis amigos políticos. Comprendía usted que, por consecuencia conmigo mismo, debía salvarlas ahora, para que no me inculcasen mañana de haberlas renegado. Yo no había amenguado con una palabra a los soldados ni a los pueblos, y les reconocía el mérito de haber combatido un tirano.

Pero usted «quería aprovechar esta oportunidad para fijar la opinión respecto de la alianza y de sus consecuencias, — como nos lo ha revelado después, — ya que por tanto tiempo había guardado silencio; quería reducir a polvo todas las mentiras de conveniencia y todas las cobardías vestidas con el ropaje del republicanismo, que la indiferencia de unos y la debilidad de otros habían dejado acreditar como moneda de buena ley.»

Mi carta no era, pues, para usted, más que una oportunidad que estaba usted en su derecho y hacía muy bien en aprovechar, para justificar o glorificar su política.

Pero el aprovechar la oportunidad no lo excusaba de atribuirme injusticias e insultos que yo no había hecho, para tomarme por punto de partida y por blanco de sus catilinarias.

Contesté a usted en *La Tribuna* del 12 de Diciembre, mostrándole lo inexacto de las imputaciones que usted me hacía, y formulándole los cargos que resultaban contra la Alianza, sin tocar su personalidad militar y política.

Usted prescinde de esos cargos a la Alianza, me inventa contradicciones y retractaciones, y aplica al debate la tea de la pasión personal, esforzándose en hacerme ampolla con el apóstrofe de «apóstol de la frase, que no se lanza en medio de la corriente de su época, que no participa de la labor y de los errores de sus contemporáneos, que está fuera de la acción, sin polvo sobre sus alas ni sudor en su rostro.»

El tiro era por la espalda, y el general Mitre ha sentido en su corazón la necesidad de motivarlo, haciéndolo partir de una frase de Luis XV, caída en la improvisación, que no tenía ni podía tener alcance al patriotismo del general Mitre.

Pensé que el general Mitre quería apasionar la discusión para darle interés, y traer a la arena las personas, para dar relieve a la suya; pues tirar a mi persona, en el ostracismo político, sin posición ni aspiración posibles en la Confederación Argentina, con la altura política desde la cual podía apuntar y abatir con tanta certeza el caudillo de Buenos Aires, hubiera sido una ruindad inexplicable en los sentimientos que he creído ver siempre en mi antiguo condiscípulo.

Le hice el gusto, traje a la discusión su personalidad política, pasando de carrera por encima de la mía, y los que nos han leído juzgarán que si estimaba su política en poco, no he dejado de tributar el merecido honor a sus servicios, a sus talentos y a sus cualidades.

Usted se retira hoy de la discusión, que usted promovió, haciendo la pa-

rodía de mis ideas políticas, como había hecho la caricatura de mi individualidad, y cruzando los brazos e invitándome galantemente, como el ejército francés al inglés en Azincourt, a tirarle.

El ejército inglés, muy débil en fuerza, ultimó al francés en Azincourt, si no me engañan mis recuerdos de las lecturas de treinta años atrás, y tengo la modestia de no aceptar la invitación caballeresca del general Mitre para dejarse ultimar; desalojo el campo, y dejo al león la arena libre de los insectos que lo molestaban e impedían reconcentrarse en la profunda rebullición de los afanes que trabajan su espíritu.

II

Pérmiteme, sin embargo, al retirarme, disparar la flecha del Parto en defensa de las ideas políticas que llevo en mi bagaje.

Por más que haya usted abusado de los colores de su paleta, usted sabe que no soy un querubín que se ha cernido en los espacios sobre los dolores contemporáneos, ni el sibarita que en las calamidades públicas ha soltado la vela en la barca, coronado de flores, en busca de jardines y de fiestas. Si la presencia de un caudillo, de quien era enemigo político, me excluyó de la Defensa de Montevideo, error de joven, si usted quiere, que volvería a cometer de viejo, y cometió usted también abandonándola y reuniéndose conmigo en Chile, usted me ha visto metido en el barro de los sucesos contemporáneos, del otro lado de los Andes, en la revolución de Setiembre, en la de Julio en el Estado Oriental, en la lucha de Buenos Aires hasta 1857, en seguida en la otra orilla contra Pereira y Oribe, y aquí hasta que, sancionados los pactos de Noviembre y reducida la cuestión a los límites de cuestión argentina de organización interna, no tenía en ella rol ni cabida. Yo no era argentino ni soldado argentino, y he estado en sus más rudos sucesos, corriendo la buena o mala suerte de mis compañeros como simple voluntario o aficionado. Nunca me he retirado del puesto que he tomado o tenido en las luchas, sino al otro día del triunfo de mis amigos o de la paz ajustada por ellos. En dos ocasiones mi conducta ha merecido su elogio. El día que llegué desterrado de Montevideo, nos encontramos en casa de nuestro amigo Elizalde, y aprobó usted que no hubiese entrado en la falsa vía de los motines y de las revueltas, que condenó usted con severos calificativos. En un banquete al general Rivas, me hizo usted el honor de creer que la bravura de los soldados orientales tal vez recibía el impulso vigoroso de su publicista.

Y es usted el mismo que me condena hoy por no haberme metido en el barro de las revueltas orientales, y que no tuve en mi país, como usted en el suyo, la felicidad de encontrarme siempre en situaciones regulares, con Gobiernos populares establecidos, representantes de mis ideas y esperanzas, en cuyo sostén sacrificarme. Y es usted el mismo que hoy me acusa de haber desalentado a mis compañeros en el trabajo, en vez de confortarlos en las fatigas y en las caídas, como el médico al herido, bajo la metralla del enemigo. Ya se ve: *usted arroja a la basura* sus proclamas, sus discursos y sus opiniones, de un día para el otro.

Tengo una idea política fundamental, un programa indeclinable, una religión: el *derecho*.

Puedo acatar como un hecho la ley imperante. Usted sabe que la ley

no es el derecho. Pero trabajo hasta donde me alcanzan mis escasas fuerzas, por que *el derecho se convierta en ley, en hecho*.

Para usted, el *derecho* es el *hecho* que tiene el acatamiento de los que se le someten.

Esta es la diferencia esencial, capital, de nuestra religión política.

Para usted, el Acuerdo de San Nicolás, o la Constitución que de él nació, no era el derecho para Buenos Aires, porque Buenos Aires no la acataba.

Pero vino el caudillaje con las chuzas de Cepeda a las puertas de la ciudad, puso su trabuco al pecho del pueblo, le hizo firmar el pacto de Noviembre, para someterse a la Constitución del Acuerdo de San Nicolás, mediante las alteraciones que quisiese; programa que había sido rechazado por Buenos Aires en las proposiciones traídas por el señor Yancey, y usted, con su doctrina del *hecho imperante*, declara que el pacto de Noviembre, coacción de la fuerza del caudillaje a la soberanía popular, es el derecho, porque hasta ahora está acatado el acto de fuerza.

¿Cuánto dura la prescripción? ¿Hasta cuánto tiempo hay *acción popular* para decir de nulidad de la violencia?

¡Original pretensión del *apóstol de la frase* contra el *genio de la fortuna*, querer que las Constituciones y los Gobiernos de los pueblos libres tengan por piedra fundamental del edificio esa antigualla del *derecho*, que no da a los pueblos los gloriosos Césares, los magníficos Bonapartes y los espectables Urquizas, sino que los modela por el corazón de humildes impresores o pobres leñateros que se apellidan en la historia de la moral de la humanidad, el modesto Franklin, el honrado Lincoln!

Paso de largo por todo lo demás que contiene su carta de hoy. Lo dejo solo, le deseo la buena fortuna que ha protegido siempre sus pasos, y tanto número de sinceros amigos como ha tenido usted de cortesanos en el encumbramiento de su destino.

Y concluiré con una observación que he oído a usted y con la cual me encontró usted de acuerdo.

Franklin es más grande que Wáshington (lo dijo usted), porque ha encarnado más cantidad de sentimientos morales y de ideas justas, porque ha injertado más porción de su corazón honrado y bueno en el alma del pueblo americano, que debe a esos sentimientos y a esas ideas su verdadera grandeza.

Como Filipo de Macedonia, hágase repetir por su criado, todas las mañanas, al despertarlo, esa observación que honra tanto a su corazón como a su inteligencia.

Juan Carlos Gómex.

(EL SIGLO del 22 de Diciembre de 1869.)

La cuestión del Paraguay

La revolución oriental

Señor doctor don Rufino Elizalde.

« La invasión del general Flores no podía ni imaginarse siquiera. Fué acto de desesperación, inspirado por la Providencia, y que sólo protegido por ella pudo tener el éxito feliz que tuvo.

« Todos creíamos que el general Flores tendría un mal éxito y que marchaba a un fin desgraciado.

« El Gobierno del Brasil era casi el aliado del Gobierno de Montevideo.

« . . . una invasión que salía ocultamente con cuatro hombres, y que iba a luchar con el poder de un Gobierno establecido, apoyado en un partido que tenía conexiones con el Partido Federal de la República, y sostenido por los Gobiernos europeos, y decididamente por su aliado y protector el Gobierno del Brasil.

« El Brasil tenía un derecho que invocar, que no tenían los Gobiernos europeos: el Tratado de 1828; no cometía una impertinencia, pero la misión que nos enviaba importaba una injuria, que no podíamos aceptar, y entrañaba una alianza con el Gobierno Oriental.

« Este Gobierno (de Montevideo), fiel a su origen, buscaba la alianza del Partido Federal, la del Brasil y la del Paraguay, para hacernos la guerra.

« La revolución oriental, encabezada por el general Flores, estaba perdida e iba a concluir con otro Quinteros, más horrible aún, si el Brasil se arreglaba con el Gobierno de Montevideo.»

(Carta del doctor Elizalde.)

¡ Gracias por su carta, mi estimado amigo ! ¡ Gracias en nombre de mis ideas ! ¡ Gracias por mi vindicación personal !

Con la autoridad del testimonio del mismo Ministro de Relaciones Exteriores, que intervino en los sucesos orientales y firmó el Tratado de Alianza con el Brasil, viene usted a justificar plenamente la política que sostengo y a proporcionarme la oportunidad de disipar la sombra de indiferencia a las des-

gracias de mi país, encerrado en el orgullo de la tienda de Aquiles, que con mi desdénoso silencio he dejado echar y condensarse sobre mi vida. Mientras espero la demostración que me ha prometido el general Mitre, para decirle como Roberto Peel a sus adversarios, si me convence: *tenéis razón, he estado en el error hasta ahora*, o volver a la brecha por mis convicciones, usted, mi compañero de profesión, forma un incidente por cuerdas separadas, sobre sucesos orientales, en que tengo acreditada personería, y me obliga a evacuar el traslado.

En el pleito sobre la revolución oriental y la guerra del Paraguay, son varias las partes interesadas:

1.º Los que hubieran aplaudido el triunfo de los sucesores de Quinteros y Solano López, y hallan *inivias* la cruzada de Flores y la guerra a López, que impidió el triunfo de la triple alianza de López, Urquiza y Berro (blancos y federales). 2.º Los que aplauden la temeridad de Flores, su bochornosa Dictadura, la Alianza brasileña, etc., etc. (*floristas de Montevideo*). 3.º Los que guardando cierta imparcialidad en los sucesos orientales, defienden la guerra y la Alianza (*usted y sus amigos*). 4.º Los que condenando la agresión de Flores, aceptan la guerra del Paraguay como consecuencia de la provocación de López, fracción que se subdivide en tres: una que rechaza la Alianza y dos que la admiten, una sin el tratado y otra con el tratado y todo (Frías, Mármol, algunos periódicos). 5.º Y por último, los que consideran a Flores en su derecho de haber intentado volcar la situación del Estado Oriental, en su derecho a la Confederación Argentina y Estado Oriental de haber aceptado y hecho la guerra al tirano del Paraguay, y sólo deploran que el Dictador oriental hiciese abortar una gran revolución y el Gobierno Argentino infecundizase una guerra de libertad y gloria, entre los cuales su seguro servidor se cuenta.

La revolución en el Estado Oriental estaba hecha.

El error, natural error en los *floristas* de Montevideo, pero indisculpable en Frías, Mármol y otros pensadores, está en suponer que un hombre puede convulsionar un país y producir sucesos. Son los pueblos y no los hombres los que hacen las revoluciones y las guerras. Los hombres sólo son responsables de precipitarlas o demorarlas, de encaminarlas bien o mal, de inutilizarlas o aprovecharlas.

La revolución iba a producirse en el Estado Oriental, sin que poder humano pudiera impedirla. Todos los orientales lo sentíamos, por esa intuición del amor a la patria y del propio interés, y todos nos preparábamos a tomar nuestra parte, a meternos en el barro, según la imagen favorita del general Mitre.

Ni sospechaba todavía el general Flores su propia resolución de lanzarse a la otra orilla del Plata, cuando vino a verme de Corrientes don Julio Barrios, hijo de mi antiguo amigo don Matías Barrios, trayendo un encargo del hoy general don José Gregorio Suárez.

Barrios me manifestó que en torno de este jefe se habían agrupado en Corrientes unos doscientos orientales de nuestro partido, a quienes era muy difícil sostener por la escasez de recursos, y me consultaba, en nombre del general Suárez, si debía hacerlos dispersar o convenía que no se dispersasen, en cuyo caso arbitrásemos los medios para su subsistencia. Contesté a Barrios que la revolución oriental tenía que producirse en meses, que importaba a su más rápido éxito ese núcleo de hombres decididos y probados, y acordamos los medios de atender a sus más imperiosas necesidades.

Este grupo de hombres fué la primera fuerza que encontró el general Flores, después de una travesía de muchas leguas con cuatro hombres, y ese grupo de partidarios produjo los sucesos que explotó el caudillo.

En mi opinión, convenía que la acción esperase hasta el mes de Noviembre, en que la explosión de la revolución se haría por la lucha electoral, que habiendo desorganizado a nuestros adversarios políticos con una dispersión completa en bandos electorales irreconciliables, evitaría la guerra civil y su doloroso derrame de sangre, y por la rapidez de la solución no permitiría al Brasil ocasión de meter la mano en los sucesos sino después del desenlace, como en 1853, lo que lo obligaría a patentizarse promotor de la guerra civil entre los orientales, como entonces, y nos daría la oportunidad de anular para siempre su intervención en nuestra política, o haciendo imposible la guerra civil o convirtiéndola en guerra nacional, lo que hubiera acontecido en 1853, si la muerte repentina del general Lavalleja, las ambiciones personales del caudillo que quedó dueño del Poder público y la deserción a su compromiso del general Pacheco y Obes, no nos hubieran quebrado el sable de Sarandí entre las manos.

El general Flores estaba trabajado por la misma intuición de los sucesos que todos los orientales. Nacido y criado en la revolución, olfateaba la tormenta, como el caballo del árabe al simún en el desierto.

Su espíritu inquieto y activo no le permitía descanso.

Enérgico a veces, hasta la temeridad, en sus resoluciones, sin la paciencia que sabe escoger las oportunidades, sin la tranquilidad de razón que mide el tamaño de los obstáculos, y sin la previsión que calcula las jornadas en el camino inevitable que hay que recorrer, era muy de temer que hiciese lo que hizo.

En sus vacilaciones, dos veces me pidió una conferencia, que yo anticipé y él esquivaría: la primera, por nuestro común amigo don Tomás Rebollo, que fué aplazando él de un día para otro; la segunda, por el coronel Baltar, a quien rogué dijese al general Flores, por si no nos veíamos, que no se precipitase, que todos íbamos a encontrarnos sobre el terreno.

El general Rivas temió, como yo, que el general Flores se precipitase, y lo interpeló, manifestándole su resolución de tomar parte en la revolución de su patria, y rogándole le revelase con lealtad si pensaba lanzarse al Estado Oriental inmediatamente. El general Flores tranquilizó al general Rivas, calificando de calaverada semejante intentona y prometiéndole que aceptaría su concurso, llegado el caso.

Días después, el general Flores, con un profundo secreto guardado a sus compañeros políticos, pisaba la tierra natal con cuatro hombres en el Arenal Grande.

Mi amigo don José María Muñoz opinó que debíamos condenar la intentona del general Flores, declarando que no le reconocíamos como al representante de nuestro partido, porque no tenía ni podía tener más propósitos que levantar su dictadura personal, explotando una bandera política que él había defecionado y arrastrado por el lodo. Veía claro.

Otros amigos, por el contrario, me instaban por que nos subordinásemos al general Flores y le exigiésemos programas y compromisos.

El señor Aguiar vino a verme con una carta del general Flores, en que me nombraba para una comisión con el solo objeto de reunirle recursos.

Expuse al señor Aguiar mi convicción de que si el triunfo del general Flores podía no ser el triunfo de nuestro partido, su derrota sería indudablemente la derrota de nuestro partido, y estaba resuelto a hacer cuanto estuviese en mi mano por que no fuese derrotado; que la comisión que me daba el general Flores no tenía carácter alguno político y se reducía a procurarle recursos de armas, etc.; que yo entendía que cuando un hombre se ponía audazmente al frente de acontecimientos y aceptaba toda su responsabilidad, los demás no debían perturbar su acción cruzándola con exigencias en el presente o para el porvenir, pero que también tenían el derecho de no dejarse arrastrar con los ojos vendados al abismo; que, por consiguiente, no aceptaba el rol de mero instrumento que se me daba en la comisión, pero que me comprometía a proporcionarle todos los recursos para la obra que había acometido, y bastaba que escribiese expresando lo que le hacía falta; que así se llenaban los objetos que se había propuesto el general Flores al nombrarme en su comisión, y esta comisión se hacía inútil y nos evitaba la humillación de andar pidiendo limosna para la libertad de los orientales.

El general Flores no quiso utilizar mi vasto compromiso; pero a lo que se me exigió, con demanda suya, satisface en el acto.

Afirma usted que la revolución iniciada por el general Flores hubiera sido irremediamente vencida con una hecatombe más espantosa que la de Quinteros, si el Brasil no le presta su ayuda.

Está usted equivocado, y voy a dar a usted la razón, que es, a la vez, la que me dictó mi línea de conducta.

Las revoluciones no son la obra de los hombres, sino de los pueblos. Necesitan sus períodos de incubación, de formación, de crecimiento y de acción. El general Flores se presentaba en acción antes de tiempo, y, en vez de precipitar, contrariaba su desarrollo.

Pero la sietemesina debía fortalecerse, crecer, vivir, ser. Las mismas dificultades y contrariedades en que tropezaba y en que se estrellaba el general Flores, iban a desmontarlo de su bridón de caudillo, porque un partido no se deja vencer en obsequio de un hombre; iban a hacer forzosa la organización de la lucha, asignando al general Flores y a cada uno de nosotros su verdadero puesto; iban a poner en pie a nuestro partido, unido en un solo fin, y a dar a la acción militar el irresistible vigor que le imprime el sentimiento popular, el espíritu de causa, la opinión del pueblo.

Por esta consideración no acepté yo la línea recta de conducta que nos trazaba don José María Muñoz, y tengo el pecado de haber contribuido a la elevación de un caudillo y al entronizamiento de una dictadura.

Sólo la ayuda del Brasil o su intervención, podía perder a la revolución oriental.

No dejaba yo de prever que la política brasileña intervendría en los sucesos y extraviaría a la revolución. Por eso, era mi empeño de que la dejásemos madurar, esperando a la lucha electoral de Noviembre, a fin de que fuese tan rápida su solución, que no diese tiempo a la intervención extraña.

De dos modos podía intervenir el Brasil: o en favor del Gobierno nacido del partido que lleva la divisa blanca, cuyo aliado y protector era, como usted con su autoridad de Ministro de Relaciones Exteriores lo asegura, o en favor del general Flores, sea para hacerle triunfar, sea para reducirlo a fusionar con nuestros adversarios.

De cualquiera de los dos modos, teníamos que ser vencidos, porque puestos los recursos del Brasil en uno de los platos de la balanza, ella debía inclinarse del lado del partido que gravitase con tal peso.

Si se aliaba al general Flores, como se alió, quedaba él horquetado en su caudillaje; no necesitaba sentimiento popular, espíritu de causa, opinión pública, prescindía del país y sus legítimas aspiraciones, la revolución moría en vía de desenvolvimiento, pues la acción del pueblo era suplantada por el poder de los soldados y de los cañones. Según usted, la revolución triunfó por el concurso del Brasil; según mi manera de ver, la revolución sucumbió por la asfixia de ese concurso. Preví y temí este resultado, que daría razón a don José María Muñoz, y muchas veces he tenido la franqueza de repetírselo, que hubiésemos procedido mejor tomando la línea que él nos trazaba, y en que él no persistió por deferencia a todos los que le exigíamos una concesión a la inflexibilidad de sus principios.

Precipitada de la Roca Tarpeya, por la alianza brasileña, la revolución que hubiera subido al Capitolio, ¿por qué no fuimos a morir a Paysandú, a la paraguayana, en vez de volvernos a nuestro yunque del trabajo, que hemos situado muy arriba de los balcones del regalo?

Usted ha dado la razón, mi querido Elizalde. El Brasil era el aliado del Gobierno de divisa blanca. Este Gobierno no perdía la esperanza de separarlo del caudillo y congraciarse su patrocinio, y por eso no tentó jamás levantar la bandera de la guerra nacional, manteniendo izada la de la guerra civil, y si hubiéramos incurrido en la candidez de presentárnosle, nos hubiera metido en la cárcel y nos hubiera ahorcado por traidores, como Solano López a Carreras y Laguna, ofreciéndonos en holocausto de su reconciliación, a la monarquía del Brasil, su protectora desde 1853 y su aliada en Quinteros.

Ahora mi reproche a su política, por no haber adoptado usted respecto de la cuestión oriental la política que aconsejé a usted en 1857, cuando me preguntaba usted qué podía hacer por nosotros Buenos Aires, a cuya pregunta tiene usted la contestación en una carta mía de esa fecha.

La Confederación Argentina ha debido, y debe en lo sucesivo, guardar una estricta neutralidad en las cuestiones del Estado Oriental. Sobre este punto, es digna de todo encomio la estricta observancia de la neutralidad que protesta usted haber guardado en los sucesos orientales.

Y para que tenga usted una prueba más con qué desmentir usted a sus adversarios, voy a referirle a usted un hecho, que tal vez usted ignore. En previsión de que el general Flores, mejor inspirado que lo fué, esquivase la alianza brasileña y la revolución oriental siguiese su necesario curso, fui a ver personalmente al general Mitre para pedir una licencia de meses al general Rivas y otros jefes y oficiales orientales, y confíe al amigo, a condición de que no lo sabría el Presidente, la razón de mi pedido, la necesidad en que podríamos vernos colocados de un momento a otro de tomar parte en los sucesos orientales, y la decisión del general Rivas y otros jefes y oficiales de ponerse a la obra. El general Mitre se negó. *Que pidan su baja, me dijo, y se la acordaré.* Yo le repuse que no les daría ese consejo, porque si los sucesos no les permitían asociarse a la empresa del general Flores, les haría perder una posición tan rudamente conquistada, e inutilizaría su valioso contingente para los dos pueblos. El general Mitre permaneció inflexible, y nos pusimos a hablar sobre un hecho que me reveló el general Mitre, y era que el general Flores tenía por candidato a la Presidencia oriental a don Andrés Lamas.

Puedo, con esa negativa del general Mitre, dar testimonio, de que el Gobierno Argentino guardó la neutralidad, al menos en favor de la verdadera revolución oriental contra el Gobierno oriundo de Quinteros.

Pero escribe usted: « el Brasil tenía un derecho que invocar: el tratado de 1828. »

¿ Y la Confederación Argentina no tenía el mismo tratado de 1828, no tenía el mismo derecho ?

¿ No es acaso un contrato bilateral ese tratado ?

¿ Qué ! ¿ Sólo da derecho al Brasil para imponer a la Confederación Argentina la neutralidad, hasta con *impertinencia*, hasta con *injuria* !

¿ No da también derecho a la Confederación Argentina para obligar al Brasil a la misma neutralidad en las luchas orientales, sin necesidad de recurrir el Gobierno Argentino a la *injuria*, ni siquiera a la *impertinencia* ?

Ésta es la política que pedía a usted en 1857, y que acuso a usted de no haber practicado en su Ministerio: ser neutral la Confederación Argentina y obligar al Brasil a serlo del mismo modo y en virtud de las mismas obligaciones y de los mismos tratados.

Por no practicarla usted, la revolución oriental fracasó en el caudillaje, en la alianza brasileña y en la dictadura.

Por no practicarla, *el viento les ha traído el incendio de su lado*, como dice el general Mitre; y se han encontrado ustedes de la noche a la mañana, sin haberlo previsto, con Solano López al frente y la alianza brasileña sobre la espalda.

Usted, como todos los hombres políticos de la Confederación Argentina, olvida una lección de la historia del Río de la Plata, y es que Dios ha dado al Estado Oriental la iniciativa de todas las grandes revoluciones de esta porción del continente americano. Artigas es el padre legítimo de Rosas, Sarandí engendró a Ituzaingó, a la Defensa de Montevideo deben Mitre y Sarmiento representar el vuelco social de 1851 a 1869, toda una época; y cuando el general Flores atravesaba en una barca con cuatro hombres el Río de la Plata, pudo exclamar, parodiando a César: llevo conmigo el porvenir de la Confederación Argentina.

Soy de usted afectísimo amigo,

Juan Carlos Gómez.

Diciembre 20 de 1869.

(EL SIGLO del 23 de Diciembre de 1869.)